Reencuentro con el Barón



ENCANTAR UN LORD

USA TODAY Bestselling Author

SUZANNA MEDEIROS

REENCUENTRO CON EL BARÓN

ENCANTAR UN LORD

LIBRO 7

SUZANNA MEDEIROS

ZINIA PRESS

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Epílogo

Gracias
Encantar un Lord
Escándalos navideños
La autora

REENCUENTRO CON EL BARÓN

Ella le rompió el corazón una vez. Él no le dará la oportunidad de hacerlo de nuevo.

El barón Cranston no cree en los finales felices. La experiencia le ha enseñado que el amor es un riesgo que no vale la pena correr.

Obligada a casarse con otro hombre cuando era más joven, Abigail no supo que estaba esperando un hijo de Cranston hasta después de que él se alistara en el ejército. Ahora viuda y fuera del luto, ya no está atrapada en una unión que nunca deseó.

Cuando Abigail le cuenta a Cranston sobre su hija, no espera su propuesta. Pero su matrimonio por conveniencia podría darle la segunda oportunidad que jamás soñó posible. Ahora solo necesita convencer al cínico barón de que su corazón no está tan cerrado como él cree.

Copyright © 2025 Saozinha Medeiros

Todos los derechos reservados.

La siguiente es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y eventos que se mencionan en ella son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier similitud con personas vivas o muertas, negocios, empresas, sucesos o tiendas que existan en la actualidad o hayan existido en el pasado es puramente casual.

Título original: The Baron’s Return © 2023 Saozinha Medeiros

CAPÍTULO UNO

Londres
Julio de 1817

ERA el día perfecto para una boda. La temperatura era cálida pero no insoportable, y las nubes se habían despejado para la feliz pareja. El barón Cranston estaba rodeado de rostros sonrientes y felices, pero lo único que ocupaba su mente era cómo preferiría estar en cualquier otro lugar.

Hacía muchos años que había aprendido que el amor era una fantasía que la gente se contaba a sí misma para poder sobrellevar la monotonía diaria de la vida. Algunas de las personas que iban en busca de sus "felices para siempre" tenían la suerte de encontrar compañeros que compartían nociones igualmente absurdas. Esos eran los afortunados.

Luego estaba el resto del mundo. Personas que se contentaban simplemente con encontrar una pareja que no fuera intolerable, a quien pudieran exhibir como símbolo de estatus o que pudiera proporcionarles una vida cómoda. Pero para personas como él, que habían creído encontrar el amor y habían visto sus sueños de felicidad matrimonial destrozados, reconocían que el amor era una ilusión.

Cranston nunca más le daría a una mujer el poder de romperle el corazón. Incluso si quisiera intentarlo, una parte de él siempre

estaría en guardia. Siempre esperando la inevitable traición que vendría.

Aun así, no podía negar la punzada de envidia que lo atravesó mientras observaba al vizconde Ashford repetir sus votos. Aunque Cranston nunca lo admitiría.

Desechando la emoción inoportuna como un vestigio persistente de sueños destrozados, logró felicitar efusivamente a su amigo y a su nueva esposa mientras se reunían fuera de la capilla nupcial aquella cálida mañana.

El marqués de Lowenbrock le dio una palmada en el hombro.

—Puedes venir con nosotros en el carruaje de vuelta a la casa para el desayuno de bodas.

Los tres —Cranston, Ashford y Lowenbrock— habían formado un estrecho vínculo durante sus años de servicio militar. Su amistad era tan fuerte como siempre ahora que habían renunciado a su comisión y regresado a Inglaterra el año pasado. Pero siendo el único que aún no se había casado, Cranston era muy consciente de ser el que sobraba.

Cranston negó con la cabeza.

—Traje mi carruaje y los veré allí en breve.

Lowenbrock simplemente asintió y se dirigió hacia su propio carruaje. El que llevaba a su esposa de menos de un año y de quien Cranston se había enterado recientemente que estaba esperando su primer hijo.

Se encogió de hombros para aliviar la tensión que comenzaba a acumularse en la base de su cuello. Normalmente hacía un mejor trabajo ocultando sus sentimientos, pero no había duda de que las bodas siempre le traerían malos recuerdos.

Lowenbrock y Ashford sabían que él no creía en el amor y los "felices para siempre". No para sí mismo. Pero no tenía duda de que sus amigos desafiarían las probabilidades y permanecerían felizmente casados.

Estaba a punto de dirigirse a su propio carruaje cuando notó la intensa discusión que tenía lugar entre los recién casados. Había esperado que la pareja se mirara con adoración, pero en su lugar, estaban apartados a un lado, sumidos en una conversación.

Ashford negó con la cabeza, y Cranston observó cómo Mary le ponía una mano en el brazo. Luego Ashford se volvió para encontrarse con su mirada y Cranston lo supo. Estaban hablando de él.

Se dirigió hacia su carruaje, tratando de reprimir la inquietud que solo había aumentado con esa mirada significativa. Se detuvo cuando Ashford lo llamó.

De alguna manera logró mantener un tono casual.

—¿No deberías estar llevándote a tu esposa? ¿Aprovechando unos momentos robados en el carruaje antes de que tengas que saludar a tus invitados en el desayuno de bodas?

Cuando la expresión de Ashford permaneció sombría, Cranston pudo sentir cómo se le erizaba el vello de los brazos. Siempre había tenido la misma sensación justo antes de una batalla cuando aún estaban en el ejército. Cuadró los hombros y se preparó para lo que venía.

—Antes de que volvamos a la casa, debo advertirte. Mary invitó a Lady Holbrook.

Cranston sintió esas palabras como un golpe en el estómago. No solo se vería obligado a ver a sus dos amigos más cercanos disfrutar con sus esposas, sino que ahora tendría que enfrentarse a su mayor error al mismo tiempo.

Abigail iba a estar allí.

La había visto de lejos el mes anterior en Hyde Park. Después de ese día, había evitado el parque durante la hora de moda. Pero parecía que no había tenido éxito en evitar este encuentro inevitable.

Cranston asintió.

—Gracias por decírmelo.

Ashford negó con la cabeza.

—Una de las cosas que más amo de mi esposa es su naturaleza práctica, pero he descubierto que tiene una fuerte vena romántica. Me dijo que le agrada la mujer, pero temo que pueda estar haciendo de casamentera. Esperando que encuentres a alguien y te unas a nosotros en la dicha conyugal.

Cranston no pudo contener una carcajada. La forma en que la boca de su amigo se torció al decir las palabras dejaba claro que sabía que era una afirmación ridícula. Cuando Cranston finalmente eligiera una novia, no sería por amor. Y definitivamente no sería Abigail Holbrook.

Ashford hizo una mueca.

—Lo sé. Le dije que dejara el asunto en paz, pero siguió adelante y emitió la invitación sin decírmelo.

—Se lo contaste —esa revelación no debería haberse sentido como una traición.

—Vio la forma en que miraste a la mujer aquel día en Hyde Park. Cuando me dijo que esperaba hacerse amiga de Lady Holbrook, tuve que explicarle por qué no sería una buena idea.

Cranston no estaba enojado con su amigo. Había estado enamorado una vez, y no tenía duda de que el hombre que había sido entonces habría hecho lo mismo. Le agradaba la nueva esposa de Ashford. No era frívola y parecía tener la cabeza bien puesta sobre los hombros. Y se preocupaba por los demás, casi demasiado, al parecer. Aun así, le molestaba que Ashford y su nueva esposa hubieran hablado de él. Y a pesar de eso, la nueva vizcondesa aún intentaba empujarlo hacia la mujer que le había roto el corazón.

—Si alguien pregunta, puedo decirles que tenías que estar en otro lugar. Estaremos en Londres el resto del día y podemos verte más tarde.

Cranston negó con la cabeza. Ya había huido de la mujer una vez. Su traición había sido la razón por la que había decidido comprar una comisión hace nueve años. Había terminado de huir. Aun así, no podía evitar preguntarse si Abigail sabía que él era buen amigo de Ashford y, por extensión, de la esposa del hombre. El lado cínico de él se negaba a creer que su próximo encuentro fuera una coincidencia.

—Nada ni nadie me mantendrá alejado.

Ashford asintió y se volvió para reunirse con su esposa.

Esposa. Si las cosas hubieran salido como estaba planeado hace tantos años, Cranston habría sido el primero de sus amigos en casarse. Aunque si eso hubiera ocurrido, no habría conocido a

Ashford ni a Lowenbrock. Probablemente ahora solo serían conocidos.

Sus emociones estaban en tumulto mientras se dirigía a su carruaje. Pero para cuando llegara a la casa de Ashford en la ciudad, las tendría bajo control nuevamente.

Una comisura de su boca se elevó mientras contemplaba la reunión que se avecinaba. Quizás era hora de que él pasara al ataque. Si algo le había enseñado su tiempo en el servicio militar, era que uno ya estaba condenado si temía perder antes de pisar el campo de batalla. No, si Abigail iba a unirse a él en esta batalla, sería él quien saldría victorioso.

CAPÍTULO DOS

A ABIGAIL no le llevó mucho tiempo darse cuenta de que había cometido un error al aceptar la invitación al desayuno de bodas de la señorita Mary Trenton y el vizconde Ashford. Pero no porque Gideon estuviera aquí. Sabía que era un buen amigo del novio y había supuesto que asistiría.

No importaba cuándo sucediera, su primer encuentro iba a ser incómodo. Pero una pequeña parte de ella, sin duda masoquista, había soñado que él la miraría una vez y se daría cuenta de que aún la amaba.

No, venir aquí hoy había sido un error porque Gideon, que ahora era el barón Cranston, claramente no estaba experimentando el mismo arrepentimiento y tumulto de emociones al estar en la misma habitación de nuevo después de tantos años separados. De hecho, apenas la notaba.

Después de felicitar a la pareja recién casada y ofrecerles sus deseos de un futuro feliz, se dirigió al salón donde se habían reunido varios invitados. Conocía a algunas de las personas aquí, pero no muy bien. Saludó a algunos de ellos al pasar, temerosa de encontrarse con Gideon.

Supo exactamente cuándo llegó él. Siempre había sido así con Gideon. Bastaba con que entrara en una habitación para que su cuerpo pareciera vibrar con la conciencia de su presencia. Se volvió para mirar hacia la puerta y esperó a que él la notara.

Él escaneó la habitación, observando a todos los invitados. Abigail no pasó por alto la forma en que las mujeres cerca de él susurraban, pero su atención estaba solo en él. Contuvo el aliento cuando sus ojos finalmente se posaron en ella. No estaba segura de lo que había esperado, pero ciertamente no había sido indiferencia. Su mirada continuó recorriendo la habitación. No dio ninguna indicación de que siquiera la hubiera reconocido, y el desaire se sintió como un golpe físico.

Cuando se dirigió hacia su amigo y la nueva vizcondesa Ashford, dejó caer un beso en la mano de la mujer y le guiñó un ojo. No podía negar la calidez en su expresión, evidente incluso desde donde ella estaba, mientras sonreía a la vizcondesa. Una chispa de celos se encendió dentro de ella.

Lo cual era ridículo. Según todos los informes, Gideon y el vizconde eran buenos amigos, así que por supuesto conocería a la novia del hombre. Los celos de Abigail no eran lógicos, pero los sentimientos rara vez lo son. Había depositado tantas esperanzas en este primer encuentro con él y no podía negar que su rechazo a todo lo que una vez compartieron le causaba un dolor que amenazaba con robarle el aliento.

Lo cual suponía que era justo. ¿No le había hecho ella lo mismo todos esos años atrás? Lo había rechazado con una crueldad que tenía como objetivo asegurarse de que dejara de perseguirla.

Se apartó de la vista de él charlando amablemente con la otra mujer, deseando nada más que huir de la casa. No podía posponer su encuentro para siempre, pero no necesitaba suceder en compañía de tanta gente.

—Lady Holbrook, es tan bueno verla aquí —Lady Lowenbrock sonrió cálidamente mientras se detenía a su lado.

—No me habría perdido esta feliz ocasión —dijo Abigail a modo de saludo, agradecida por la distracción. Había conocido tanto a la marquesa como a la nueva Lady Ashford el mes anterior. Lady Lowenbrock estaba casada con otro de los buenos amigos de Gideon —. Pero por favor, llámeme Abigail. No me gusta ser formal con los amigos.

La marquesa inclinó la cabeza.

—Por supuesto. Y usted debería llamarme Amelia —bajó la voz—. ¿Puede seguirme al pasillo?

Asintió en respuesta, preguntándose qué querría decirle la mujer que no pudiera decirse en esta habitación. Mientras seguía a Amelia fuera del salón, se imaginó que podía sentir los ojos de Gideon sobre ella. Pero resistió la tentación de mirarlo. No necesitaba otra decepción si él seguía ignorándola.

Pasaron junto a un grupo de personas que se habían reunido justo fuera del salón y se movieron más lejos por el pasillo. Finalmente, la marquesa se detuvo cuando no había peligro de que las escucharan.

—¿Sucede algo? —Abigail mantuvo su voz baja, pero no parecía que nadie les prestara la más mínima atención.

La boca de Amelia se torció en una pequeña mueca.

—Me disculpo por el dramatismo. Simplemente necesitaba hablar con usted y quería hacerlo en privado para evitarle cualquier vergüenza.

Un escalofrío de alarma recorrió su columna vertebral, y sospechó lo peor. Gideon le había pedido a esta mujer que le dijera que su presencia no era bienvenida aquí. Respiró hondo.

—Entiendo. Solo me despediré de Lord y Lady Ashford, y luego me iré.

Abigail empezó a darse la vuelta, pero Amelia puso una mano en su brazo para detenerla.

—Oh, no, me malinterpreta. No le estoy pidiendo que se vaya.

Bueno, ahora se sentía positivamente ridícula. Por supuesto que Gideon no se habría tomado la molestia de hacer que la echaran de la casa. No cuando estaba claro que ella no tenía ninguna importancia en su vida.

—Lamento si la he alarmado —dijo Amelia—. Solo quería advertirle que Mary está haciendo de casamentera. Espera hacer una pareja entre usted y Lord Cranston.

El estómago de Abigail dio un vuelco. Tuvo que tragar con fuerza antes de poder hablar.

—¿Qué sabe usted?

Amelia suspiró.

—Nada, pero tuve la clara impresión de que algo más estaba pasando. Vi la forma en que lo observaba cuando llegó. Y vi que sus ojos pasaron sobre usted completamente. Pensé... —Se encogió de hombros—. No estoy segura de lo que pensé. Temo haber hablado fuera de lugar. Sé que Lord Cranston es muy popular entre el sexo femenino. Si le ha pedido a Mary que los presente, por favor ignore mi advertencia fuera de lugar. Me han dicho que tengo algo de imaginación hiperactiva.

Abigail dejó escapar una pequeña risa. Esta mujer era demasiado astuta. Solo esperaba que nadie más pensara que estaba suspirando por el hombre.

—No, tiene razón. Gid... Lord Cranston y yo nos conocimos una vez, hace muchos años. Pero parecería que él no tiene ningún deseo de renovar el conocimiento —Negó con la cabeza—. Quizás sea mejor que me vaya. Sabía que él estaría aquí y nunca debí haber venido.

—Tonterías —dijo Amelia—. Me quedaré a su lado hasta que sea hora de comer. Si ya no requiere mi presencia, puede simplemente decirme que ve a mi esposo buscándome.

Abigail estaba asombrada por la generosidad de esta mujer cuando apenas eran más que conocidas.

—¿Por qué me ayudaría? Habría pensado que sus lealtades estarían con los amigos de su esposo.

Amelia inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Por qué debe haber bandos? Él no me ha pedido que elija, y asumo que usted tampoco me lo está pidiendo. Pero no la obligaré a quedarse si desea marcharse.

Abigail no podía negar que no quería huir. No cuando aún había una posibilidad de poder hablar con Gideon de nuevo. Su indiferencia casual ante su presencia había sido un golpe, pero se arrepentiría más si huía ahora. Dada la forma en que se habían separado, había sido una tonta al pensar que él querría hablar con ella de nuevo. Pero eso solo significaba que tendría que esforzarse más. Había demasiado en juego para rendirse ahora.

—Me gustaría quedarme.

—Entonces el asunto está resuelto. Mary te aprecia mucho, y como siempre he sabido que ella es la mejor juez de carácter, estoy segura de que pronto nos haremos amigas.

Amelia entrelazó su brazo con el de Abigail, y se dirigieron al salón.

—¿Has conocido a la familia de Lord Ashford? —preguntó Amelia, con la voz un poco demasiado alta mientras volvían a entrar en la sala—. Oh, veo a su hermana, Lady Benington, justo allí.

CAPÍTULO TRES

ERA CASI imposible ignorar la presencia de Abigail, pero Cranston hizo todo lo posible por parecer indiferente a ella. Tuvo cuidado de ocultar cómo la mantenía en su visión periférica y seguía sus movimientos. Nunca más permitiría que esa mujer obtuviera ventaja sobre él.

Abigail se había vuelto más hermosa con los años, y él odiaba no ser inmune a ella. Se había permitido creer que cuando se encontraran de nuevo, solo sentiría indiferencia hacia ella. En cambio, no podía negar que aún la deseaba.

No esperaba el deseo que amenazaba con deshacer su compostura cuando sus ojos la recorrieron. Un deseo que se negaba a desaparecer sin importar con quién coqueteara, y Dios sabía que había varias mujeres atractivas allí. Había estado con algunas de ellas, pero ninguna tenía el atractivo de Abigail. Lo que significaba que debía poseer una veta de masoquismo previamente no detectada.

Estaba hablando con Lowenbrock cuando vio a la esposa de este salir de la habitación con Abigail. Apenas contuvo una maldición. ¿Cómo era posible que sus dos amigos más cercanos estuvieran casados con mujeres que parecían empeñadas en hacerse amigas de la única mujer en toda Inglaterra que él quería evitar?

Cuando llegó el momento de sentarse para el desayuno de bodas, esperaba encontrar que la nueva esposa de Ashford había

sentado a Abigail a su lado. Afortunadamente, se libró de ese suplicio. Tal vez después de todo había tomado en serio la advertencia de Ashford sobre entrometerse en los asuntos de los demás.

Al menos pronto se libraría de las bienintencionadas interferencias de Mary. Ashford y su novia partirían mañana hacia Brighton en su viaje de bodas. Después de eso, planeaban regresar a la residencia campestre de Ashford en Suffolk. No volverían a Londres hasta que el Parlamento estuviera en sesión el próximo año.

Por el bien de la cortesía, ofreció a Abigail un educado asentimiento al pasar junto a ella para tomar asiento. Quería ignorarla por completo, pero otros lo notarían. No arruinaría el día de la boda de Ashford haciendo algo que causara un escándalo.

Los lacayos dispusieron bandejas de comida para el desayuno a lo largo del centro de la mesa. Muchas de las mujeres se dirigieron directamente a los pasteles y otros dulces. Cranston también pensaba disfrutarlos, pero primero se saciaría con los panecillos calientes, el jamón y los huevos. Parecía que la mayoría de los otros hombres presentes también comenzaban con los platos más sustanciosos.

Tuvo que apretar los dientes cuando oyó la risa de Abigail. Parecía una cruel ironía del destino que aún pudiera distinguir ese sonido en una habitación llena de gente después de tantos años.

Aunque no estaba sentado junto a la mujer que le había roto el corazón, ella estaba lo suficientemente cerca como para que fuera imposible ignorar su presencia. Hablaba con Mary y Amelia con gran animación.

Se volvió hacia la mujer a su izquierda. La hermana de Ashford, Lady Benington. Mantenía sus aventuras con viudas o mujeres maduras y solteras que no esperarían matrimonio, pero eso no significaba que estuviera por encima de coquetear con una mujer casada.

Lord Benington pasó un brazo alrededor de los hombros de su esposa, y Cranston apenas contuvo una sonrisa burlona ante el recordatorio no muy sutil del hombre de que la mujer con la que intentaba distraerse ya estaba casada. No necesitaba haberse

molestado. Cranston nunca se había acostado a sabiendas con una mujer casada.

Lord Benington encontró su mirada. —¿Tienes planes de volver al campo? Nosotros partiremos pronto.

Sin duda lo mismo podría decirse de la mayoría de las personas aquí, muchas de las cuales aún estaban en la ciudad porque querían desear lo mejor a Ashford. Londres pronto se vaciaría.

—No tengo planes inmediatos —dijo antes de dar un buen trago de café.

La mayoría de los invitados bebían té o chocolate, pero él había desarrollado un gusto por el café durante su tiempo en la guerra, al igual que Ashford y Lowenbrock. Sabía que el marqués se quedaría en Londres durante unas semanas. Pero antes de que terminara el verano, se dirigiría al norte, a Yorkshire.

Lord Benington continuó. —¿Y usted, Lady Holbrook? ¿Se quedará en Londres?

Se puso tenso ante la pregunta y se volvió para mirarla. No pudo evitar preguntarse por qué el hombre señalaría a Abigail en particular.

Ella encontró su mirada antes de apartarla rápidamente y dedicarle una sonrisa a Lord Benington. —Me he establecido aquí en Londres. No tengo planes de volver al campo.

—Eso tiene sentido —dijo Mary con un asentimiento—. Ahora que ha terminado su luto, imagino que le gustaría salir y socializar de nuevo. Lamento que no podremos pasar tiempo juntas hasta que Ashford y yo volvamos a la ciudad el próximo año.

El hombre sentado a la izquierda de Abigail le preguntó sobre su hija, y Abigail se volvió para responder. Sin embargo, su voz era baja, y Cranston no pudo distinguir sus palabras.

Se había esforzado por evitar cualquier noticia sobre la Vizcondesa Viuda Holbrook. Ni siquiera había querido pensar en ella desde que renunció a su comisión y regresó a Inglaterra el año pasado. Había visto al nuevo vizconde, el heredero de su marido, durante las sesiones en la Cámara de los Lores, pero no había hablado con él.

El joven y muy apuesto vizconde que creía que tenía una edad cercana a los treinta años del propio Cranston. Se preguntó si el vizconde también se quedaba en Londres y odió la chispa de celos que se encendió dentro de él.

Lady Benington habló lo suficientemente bajo para que solo él y su marido pudieran oírla. —Lady Holbrook es una mujer muy hermosa, y parece bastante agradable. Me alegra saber que ya ha terminado su luto y puede... *socializar*.

Su mirada se dirigió a la hermana de Ashford. Por un momento temió que ella también fuera parte de cualquier plan que las esposas de sus amigos estuvieran tramando.

No podía estar seguro, pero si tuviera que adivinar, diría que su declaración era inocente. Provocada, sin duda, por la forma en que él había estado tratando de escuchar la conversación de Abigail.

Maldición. En algún momento había dejado de ser discreto.

Le dedicó una sonrisa burlona a la mujer. —¿Estás indagando sobre mis hábitos nocturnos?

Lady Benington se sonrojó, y su marido se rio de la forma en que Cranston había puesto fin a sus preguntas sobre Abigail. Lord Benington cambió el tema a otros más inofensivos, y Cranston pasó el resto de la comida teniendo cuidado de no ser sorprendido mirando a Abigail de nuevo.

Pero eso no significaba que no la estuviera observando por el rabillo del ojo. Ella seguía mirando en su dirección, como lo había estado haciendo desde su llegada.

Él sabía exactamente lo que eso significaba. Estaba reuniendo el valor para acercarse a él.

Bueno, no iba a darle la satisfacción de pillarlo desprevenido. Si había algo que sus años en el ejército le habían enseñado, era que siempre era mejor controlar la batalla.

Después de que terminara la comida, se aseguró de hablar con los otros invitados presentes para que ella no tuviera la oportunidad de acercarse. Cuando quedó claro que ella había perdido la esperanza de hablar con él esa mañana, pasó a la ofensiva.

Ella estaba charlando con la esposa de Lowenbrock cuando él se acercó.

—Has estado deseando hablar conmigo desde que llegué.
Todo su cuerpo se tensó.
Amelia se disculpó y los dejó solos.

CAPÍTULO CUATRO

—AHORA ES tu oportunidad de hablarme. Puede que no tengas otra.

Abigail se quedó paralizada mientras oleadas de conmoción recorrían su cuerpo. Había visto los ojos de Amelia desviarse por encima de su hombro para observar a alguien que se acercaba. Estaba a punto de girarse para ver quién era, pero no esperaba que fuera Gideon.

Dado cómo la había estado evitando, había estado considerando cuándo y dónde podría encontrar otro espacio menos público para hablar con él. Incluso había pensado en pedirle ayuda a la marquesa para organizar un encuentro en algún lugar donde no tuviera que preocuparse por otros que competían por su atención.

Por el tono frío y cortante de su voz, era obvio que no quería hablar con ella. Sin duda la veía como alguien a quien se veía obligado a reconocer, y ese hecho no le producía ningún placer. Era tan diferente de cómo se había comportado con todos los demás esa mañana, en particular con las mujeres. No importaba si estaban casadas o no, su atención hacia cada una había sido cálida y atenta. Pero ahora el filo de hielo en su voz era inconfundible.

Respiró hondo y se giró para enfrentarlo.

Él permaneció inmóvil mientras la miraba desde arriba. Ella no era ciega. Se había dado cuenta de que de alguna manera era más

apuesto ahora que hace todos esos años. Pero era otra cosa tenerlo parado tan cerca de ella.

Él era un pie más alto que ella, pero ahí terminaba la similitud con el joven que una vez había conocido. Este hombre era más ancho. Más duro. Había captado destellos del caballero del que se había enamorado antes mientras lo observaba sonreír y reír con los otros invitados. Pero ahora, mientras esperaba su respuesta, estaba en guardia. El joven que una vez se deleitó con la vida había desaparecido, reemplazado por el individuo hastiado que estaba ante ella.

¿Sus años en el ejército le habían hecho eso, o era ella la responsable?

Sus ojos recorrieron su rostro, buscando alguna pista que le dijera lo que estaba pensando. Bueno, al menos ya no la estaba ignorando.

Inclinó la cabeza, tomando la señal de cómo actuar de su propia indiferencia. —Lord Cranston, ¿no es así?

Él arqueó una ceja. —Vamos, seguramente no soy tan fácil de olvidar. Me parece recordar un tiempo en el que disfrutabas bastante de mi compañía.

Si le hubiera dicho esas palabras a cualquier otra mujer presente, ella sabía que habría un toque de burla en su tono. Pero con ella, había un matiz de mofa en la declaración. Se tomó un momento para apartar la mirada de él, temiendo que alguien pudiera haberlo escuchado. Afortunadamente, estaban solos. Bueno, tan solos como uno podía estar en una habitación que aún estaba llena de gente.

Volvió a encontrarse con sus ojos verde pálido. Los mismos ojos que la saludaban todos los días cuando miraba a su hija, un constante recordatorio de todo lo que había perdido.

Mantuvo las manos en su cintura y tomó un respiro para calmarse. —No pensé que quisieras hablar conmigo.

—No quiero. Pero dado que parece que ahora compartimos algunos conocidos, pensé que sería prudente terminar con este primer encuentro. —Su mirada se clavó en la de ella por unos momentos—. Parecía que estabas pensando lo mismo, ¿o me

equivoqué en eso? Ciertamente no sería la primera vez que me equivoco sobre tus motivaciones.

Ella sintió la punzada de su acusación y no pudo negarle el derecho a lanzársela. Después de todo, él tenía razón. Y cuando se enterara de lo demás que le había ocultado, estaría más que frío. Estaría furioso.

Se lamió los labios y notó cómo los ojos de él se centraron en ese breve movimiento antes de volver a encontrarse con su mirada. El calor la recorrió al recordar cuánto le había encantado besar a este hombre. Cuánto lo había amado. Pero esos días se habían ido.

Era imposible no detenerse en los arrepentimientos del pasado sobre cómo había tratado a Gideon; eran un compañero siempre presente. Aun así, necesitaba ser fuerte. Lo había agraviado una vez, y necesitaba hacer las paces. —Necesitamos hablar.

—¿No es eso lo que estamos haciendo ahora?

Ella bajó la voz. —En privado. Hay asuntos que debemos discutir.

Él negó con la cabeza. —No tengo nada que decirte fuera de las cortesías educadas que debo mostrarte cuando estamos en público. E incluso entonces, preferiría que acordáramos ignorarnos mutuamente siempre que sea posible. Solo te estoy hablando ahora porque he notado cómo la mirada de la novia ha estado viajando entre nosotros dos toda la mañana. Quería tranquilizar su mente y, por extensión, la de un amigo muy cercano. —Dio un paso más cerca y su voz se hizo aún más baja—. No confundas mi intento de asegurar que su día de boda siga siendo feliz con ninguna otra cosa.

Empezó a alejarse. En un pánico, sabiendo que no tendría otra oportunidad de hablar con él, ella extendió la mano para tocarle el codo.

Gideon se quedó inmóvil. Pasaron varios segundos antes de que se volviera hacia ella. Antes de que pudiera reprenderla, ella sacó una tarjeta de visita que había metido en su guante después de que terminara el desayuno de bodas. No esperaba dársela hoy, pero quería estar preparada para la posibilidad.

La colocó en su palma. —Por favor. Si alguna vez te importé, aunque fuera un poco... Si hay alguna pequeña parte de ti que sigue siendo el hombre que una vez conocí, visítame mañana. Estaré en

casa todo el día. Es vital que hablemos. Hay cosas que no sabes sobre lo que pasó hace todos esos años.

Un músculo pulsó a lo largo de su mandíbula, pero tomó la tarjeta y la guardó en un bolsillo de su frac. —No prometo nada.

Y con eso, se dio la vuelta y se alejó para unirse a la pareja recién casada.

Tenía razón al decir que Mary los había estado observando. Él dijo algo que hizo que la ligera caída de sus labios se elevara en una sonrisa. Luego ella se rio.

Abigail tuvo que apartar la mirada de la escena. Si Gideon la odiaba ahora, la detestaría mañana. Si es que la visitaba. Pero él necesitaba saber que el amor que habían compartido había producido una nueva vida. Necesitaba saber que tenía una hija. Lo que él decidiera hacer después de que ella se lo dijera sería su decisión. Ella no tenía expectativas de él. Había perdido ese derecho hace mucho tiempo.

CAPÍTULO CINCO

ABIGAIL YA ESTABA despierta y vestida cuando salió el sol a la mañana siguiente. Había pasado una noche inquieta y hacía tiempo que había renunciado a encontrar paz en el sueño. Había llamado a su doncella tan pronto como oyó a los sirvientes moverse por la casa.

No podía dejar de pensar en haber visto a Gideon de nuevo ayer y había repasado cada palabra que habían compartido demasiadas veces para contarlas.

También era imposible olvidar la forma en que había encantado casualmente a todas las mujeres presentes, en particular a las que estaban solteras. Algunas no habían hecho ningún esfuerzo por ocultar la forma en que seguían cada uno de sus movimientos.

Le había inquietado ver cómo se movía de persona en persona con tanta facilidad. No podía negar que había odiado ver lo fácilmente que sonreía y reía con esas otras mujeres. Una chispa de celos se había encendido dentro de ella que se negaba a desaparecer a pesar de cómo se había reprendido a sí misma por la emoción. No tenía derecho a la atención de Gideon. Ya no. También necesitaba dejar de pensar en él como el joven que una vez la había amado. Ahora era el Barón Cranston y no Gideon.

La popularidad del hombre la había ayudado en un aspecto ayer. Si alguien notaba la forma en que le había prestado un poco

demasiada atención, pensarían que era solo otra mujer que esperaba llamar su atención.

Le resultaba imposible relajarse mientras bajaba las escaleras, sus pensamientos repasando lo que haría si él no llamaba hoy. No quería seguir tratando de abordarlo en público para poder hablar con él. Como último recurso, podría tener que visitarlo en su casa de la ciudad. Tendría que ser discreta, pero la sociedad hacía la vista gorda cuando se trataba de las relaciones de una mujer madura. Solo esperaba que si tenía que llegar tan lejos, no se encontrara con otra mujer saliendo de su casa.

Sonrió cuando su hija entró saltando en el comedor, la exuberancia natural de la niña nunca dejaba de levantarle el ánimo. Dado que siempre habían sido solo ellas dos, Abigail nunca se había molestado con la formalidad de que Gemma desayunara con la institutriz.

Pero mientras Gemma charlaba, Abigail se distrajo y le resultó difícil concentrarse en lo que su hija estaba diciendo. Cada vez que miraba a la niña, se acordaba, una vez más, de su padre. Cómo la había mirado con tanta indiferencia ayer. Tan diferente de cómo la miraba cuando estaban cortejándose.

Holbrook se había enfurecido cuando ella había empezado a engordar un mes después de haberse casado. El nacimiento de su hija cinco meses después había confirmado lo que él ya sabía que era cierto. Que el bebé que ella llevaba no era suyo.

Se consideraba afortunada de haber dado a luz a una hija incluso cuando Holbrook la echó de su casa poco después de su confinamiento. Oh, él había disfrutado de su cuerpo mientras aún estaba embarazada, pero después del nacimiento de Gemma, la había enviado a una de sus propiedades menores. Si hubiera tenido un hijo, habría hecho de la vida de ambas una pesadilla.

Antes de enviarla lejos, su marido le había dicho que no recompensaría su traición proporcionándole otra oportunidad de engendrar a su heredero. Le había prometido que cuando él falleciera —y como ya tenía sesenta y cinco años cuando se casaron, ambos sabían que ese día llegaría más pronto que tarde— ella no

tendría ninguna de las ventajas que venían de ser la madre del próximo Vizconde Holbrook.

Lo había dicho como un castigo, pero enviarla lejos había tenido el efecto contrario. Finalmente era libre. Su padre se había asegurado de que no pudiera casarse con Cranston y la había obligado a casarse con un hombre lo suficientemente mayor como para ser su abuelo. Pero ahora ya no tenía que sufrir las odiosas atenciones de Holbrook.

Cuando su marido falleció el año anterior, no se sorprendió al saber que solo le había dejado una pequeña asignación anual. Habría sido suficiente para que ella continuara viviendo en una modesta casa de campo en algún lugar del país, pero poco más.

Abigail solo había podido mudarse a esta casa en Londres porque el heredero de su marido era un buen hombre. Conmocionado por el trato mezquino que su tío abuelo le había dado, el nuevo Vizconde Holbrook le había concedido una generosa suma anual.

—Mamá, no estás prestando atención.

Abigail sonrió a su hija.

—Lo siento. Estaba pensando en algo que tengo que hacer más tarde hoy. ¿Qué estabas diciendo?

Las cejas de Gemma se fruncieron.

—¿Todavía vamos a conseguir un gatito?

Uno de sus vecinos tenía una gata que acababa de dar a luz a una camada y Gemma tenía el corazón puesto en tener uno tan pronto como fueran lo suficientemente mayores para ser destetados.

—Por supuesto. Ya se han hecho los arreglos.

El rostro de Gemma se iluminó con una sonrisa que hizo mucho por aligerar el corazón de Abigail. Pasara lo que pasara —o no pasara—, siempre se tendrían la una a la otra. Y ahora, con la ayuda del nuevo vizconde, no tendría que preocuparse por asegurarse de que su escasa asignación se estirara lo suficiente para cubrir todos sus gastos.

La institutriz bajó a recoger a Gemma para sus lecciones cuando terminó el desayuno. Abigail abrazó a Gemma y la vio seguir a la mujer de mediana edad que había estado con ellas durante los últimos cuatro años.

El resto de la mañana se arrastró. Abigail intentó trabajar en un bordado, pero después de pincharse el dedo por tercera vez, abandonó el intento y eligió un libro para leer. Cuando se encontró leyendo la misma página varias veces sin comprender lo que había leído, dejó la novela a un lado. Pasó la siguiente hora deambulando por la pequeña casa de la ciudad, buscando algo, cualquier cosa, que mantuviera su atención.

Ya era principios de la tarde y Cranston aún no había llamado. Acababa de despedirse de la señorita Phillips y Gemma, que normalmente iban a dar un paseo después de almorzar.

Empezaba a desesperarse, convencida de que Cranston no iba a llamar, cuando sonó un golpe en la puerta principal. Sus dedos se detuvieron en las teclas del pianoforte, donde había estado tratando de calmar la desazón que crecía dentro de ella.

Pasó un minuto antes de que su mayordomo, un anciano amable, entrara en la sala de música y le ofreciera una bandeja de plata sobre la que reposaba una pequeña tarjeta. Su mano tembló cuando la alcanzó.

Con un profundo suspiro, bajó la mirada para ver el nombre. El aire salió de sus pulmones cuando vio que pertenecía al nuevo Vizconde Holbrook.

Con una sonrisa de agradecimiento, le pidió al mayordomo que preparara té y refrigerios. Se tomó unos momentos para calmarse cuando él se marchó y luego se dirigió a la sala de estar.

El vizconde se puso de pie cuando ella entró. El hombre solo era unos años mayor que sus propios veintisiete años y bastante atractivo. Con más de un metro ochenta de altura, era más alto que su difunto esposo. Tenía los mismos ojos azul profundo que su tío abuelo, pero su cabello era de color castaño oscuro. El pelo de su esposo ya era gris cuando se casaron, pero un retrato que se había encargado en su juventud mostraba que su cabello había sido rubio.

Ella hizo una reverencia. —No esperaba verlo hoy, mi lord.

—Quería comprobar cómo estaban antes de irme de la ciudad. Partiré hacia la finca en una semana, y odio la idea de dejarlas a las dos aquí sin ningún familiar cerca.

Ella no pudo contener su sonrisa de diversión, dado que su esposo prácticamente la había abandonado después de su primer año de matrimonio.

No era una sorpresa que, como la mayoría de la alta sociedad, el vizconde estuviera dejando Londres ahora que la temporada social había llegado a su fin.

—Ambas estamos bien. No es necesario que retrase su partida por nosotras.

Un lacayo entró con los refrigerios. Ella agradeció al joven y se sentó en el sofá, luego esperó a que el vizconde tomara asiento en el sillón mullido antes de servirle una taza de té. Él había adquirido el hábito de visitarla de vez en cuando durante los últimos meses, y ella sabía que lo bebía sin leche ni azúcar. Le entregó la taza y luego procedió a añadir ambos a su propio té.

—¿Está segura de que usted y Gemma no quieren regresar conmigo? Sé que mi tío fue menos que generoso, pero la casa de la viuda está a su disposición cuando quieran.

Ella estaba empezando a negar con la cabeza cuando él continuó. —O las dos pueden venir por su cuenta más tarde, una vez que se hayan cansado de Londres.

Ella le sonrió. —Es usted muy amable. Su tío se estaría revolviendo en su tumba ahora mismo.

No era ningún secreto que a Holbrook no le había gustado que su heredero las tomara bajo su protección. No le sorprendería si hubiera llegado tan lejos como para dejar instrucciones al respecto. Pero cuando conoció al heredero de su esposo, él había jurado que compensaría la negligencia del anterior vizconde.

—Mi tío abuelo era un hombre avaro que no las merecía ni a usted ni a Gemma. Es inconcebible que pensara en castigarla solo porque no le dio un heredero.

Ella había permitido que todos pensaran que esa era la razón por la que Holbrook la había enviado lejos. Difícilmente admitiría que su hija no era de Holbrook.

—Nos ha ido bien a las dos. Y para ser honesta, he pasado demasiado tiempo alejada de todos y de todo. He disfrutado mucho estar de vuelta en Londres.

Él tomó uno de los pequeños sándwiches de la bandeja de refrigerios y se lo metió en la boca. Mantuvieron una conversación cortés durante varios minutos más antes de que él terminara el resto de su té.

—Si cambia de opinión, la invitación siempre está abierta. Solo tiene que avisarme.

—Gracias, mi lord. Si las cosas no salen como espero aquí en Londres, me pondré en contacto con usted. —Lo último que quería hacer era irse de Londres, pero si su conversación con Cranston no iba bien, podría necesitar partir.

Él no pudo ocultar su curiosidad ante su declaración, pero era demasiado educado para insistir. Había sido muy generoso con ella y Gemma, pero ella no lo conocía bien. Ciertamente no lo suficiente como para que él indagara sobre sus planes.

—Gracias de nuevo por su visita. Gemma está fuera con su institutriz, pero le haré saber que preguntó por ella. —A diferencia del hombre que el mundo creía que era el padre de Gemma, el nuevo vizconde parecía apreciar genuinamente a su hija. Pero entonces era imposible no quedar atrapado por la naturaleza exuberante de Gemma. Lo cual era otra razón por la que se había alegrado de pasar los últimos ocho años lejos de su esposo. Odiaba pensar en cómo Holbrook podría haberla maltratado.

Su visita había terminado, ella se puso de pie. El vizconde Holbrook también se levantó, y ella lo acompañó hasta el vestíbulo.

Él tomó su sombrero de copa del mayordomo y salió, luego se detuvo en lo alto de las escaleras y se volvió hacia ella. —Me pondré en contacto para informarle cuando me vaya. A diferencia de mi tío, no me conformo con abandonarlas a su suerte. Usted y Gemma son familia.

Abrumada por la emoción ante el sentimiento inesperado, ella puso una mano en su antebrazo. —Gracias, de verdad. Su generosidad ha sido de lo más inesperada.

Él colocó su mano enguantada sobre la de ella, que estaba desnuda, y apretó suavemente sus dedos. Luego, sin decir una palabra más, bajó los pocos escalones y se dirigió a la calle donde su carruaje lo esperaba.

Ella observó cómo el vehículo se alejaba y estaba a punto de volverse hacia la casa cuando un cosquilleo bajo su piel la hizo mirar hacia la izquierda. Cranston estaba de pie a varios metros de distancia, apoyando casualmente un hombro contra la casa de un vecino. Se le cortó la respiración.

Él la observaba con un ligero ceño fruncido. Por la tensión de su amplio cuerpo, ella se dio cuenta de que había visto su interacción con Lord Holbrook y no estaba complacido. ¿Pensaría que se estaba despidiendo de un amante?

Cuando él se apartó del edificio, ella temió que fuera a darse la vuelta y marcharse. En su lugar, se dirigió hacia ella con paso decidido.

CAPÍTULO SEIS

CRANSTON LUCHÓ por contener su irritación mientras observaba la tierna despedida de la pareja.

Sabía que el hombre alto y moreno era el nuevo vizconde Holbrook. Lo había visto lo suficiente durante la temporada, pero nunca le había prestado atención. Bueno, ahora el vizconde había captado su interés mientras Abigail le tomaba del brazo y le sonreía.

No pudo evitar sentir como si estuviera presenciando la repetición de la historia. La interacción de las dos personas que estaban fuera de la puerta de su casa en la ciudad podría haber sido inocente, pero ambos eran jóvenes y atractivos. No estaba fuera del reino de lo posible que el vizconde fuera el amante de Abigail.

Se dijo a sí mismo que la decepción que le invadía no era porque esperara reanudar una relación con Abigail. Pero parecía que ella no había cambiado en absoluto con los años. ¿Le habría invitado hoy aquí con la esperanza de enfrentarlos entre sí?

Había hecho su investigación antes de decidir visitarla. Su marido la había dejado prácticamente sin nada, lo que Cranston solo podía suponer que era porque ella no le había dado un heredero. Era inusual, pero debía haber algo en su contrato matrimonial que estipulaba que ella debía darle un hijo varón. El marido de Abigail ya tenía más de sesenta años cuando se casaron, y habría estado desesperado por asegurar su linaje. Pero ella solo le había dado una hija.

Sin embargo, su casa en la ciudad estaba en un barrio respetable, así que solo podía suponer que el hombre que ahora salía de su casa había hecho esas provisiones para ella.

Su boca se comprimió en una fina línea mientras intentaba desterrar los pensamientos no deseados. Era totalmente posible que el nuevo vizconde Holbrook simplemente estuviera actuando con honor hacia una mujer que había sido dejada en la indigencia por su tío abuelo. Quizás pensaba que estaba corrigiendo el error que se había cometido con ella.

Pero Cranston ya no tenía dentro de sí la capacidad de dar a la gente el beneficio de la duda. Abigail le había hecho eso. Había matado al joven optimista que una vez fue. No creía que pudiera volver a confiar plenamente en ella, o en cualquier mujer, de nuevo.

Había hecho todo lo posible por olvidar el día en que ella le rompió el corazón. Y los últimos nueve años sirviendo en el ejército mientras luchaban contra Napoleón habían logrado ese fin. Pero desde que la vio de nuevo el mes pasado en Hyde Park, los recuerdos se negaban a abandonarle.

Su padre, el conde de Hargrove, no había aprobado el cortejo de Cranston. Cuando Cranston le había preguntado sobre la posibilidad de acercarse a su padre para pedir permiso para proponerle matrimonio, Abigail había sido quien sugirió que se fugaran. Era la única manera en que podrían casarse, dijo ella.

Así que cuando recibió una carta de ella diciendo que había aceptado la propuesta de otro hombre, se dirigió a su casa, convencido de que la estaban obligando a aceptar el compromiso. Esperando descubrir que la habían encerrado en su habitación, primero fue al lado de la casa de Londres de Abigail. Había mirado hacia la ventana de su dormitorio, esperando verla allí, haciéndole algún gesto para que fuera a rescatarla.

Cuando la ventana se burló de él con su vacío, se dirigió a la parte delantera de la casa y llamó. Sus músculos se tensaron mientras se preparaba para empujar al mayordomo de su familia y entrar a la fuerza en la casa, y se quedó sorprendido cuando no le rechazaron.

No había anticipado que le harían pasar al salón donde Abigail le esperaba, con un libro en las manos. Y entonces ella puso todo su mundo patas arriba. Le dijo que ahora estaba de acuerdo con su padre en que sería en su mejor interés hacer un matrimonio más ventajoso.

A pesar de la certeza de Cranston de lo contrario, ella dejó muy claro que no la estaban obligando a aceptar el cortejo de otro. Y ahora era viuda. ¿Esperaba otro romance con él mientras buscaba su próximo marido?

Cuando el carruaje del vizconde se alejó, ella se volvió hacia él. ¿Ya le había visto, o había sentido su presencia de la misma manera que él siempre sabía cuándo ella estaba cerca?

Se dirigió hacia ella, manteniendo un paso constante. Cuando llegó a su lado, ella permaneció inmóvil como una estatua. Sus manos estaban agarradas juntas en su cintura. Si no se equivocaba, su mirada tranquila la ponía nerviosa. Esa observación mejoró su humor, ya que significaba que no era el único afectado por este encuentro poco aconsejable.

Ninguno de los dos habló mientras él la seguía al interior de la casa.

Hubo un momento extraño cuando se encontró con la mirada del mayordomo. Los ojos del hombre se abrieron como si le reconociera, pero Cranston no podía recordar haberle conocido. El mayordomo era mayor, con el pelo plateado y de estatura media. Nada en él destacaba, así que era posible que se hubieran conocido cuando el hombre trabajaba en otra casa. Quizás se habían conocido antes de que Cranston comprara su comisión.

Cranston esperó mientras Abigail pedía al mayordomo una nueva tetera. Con un asentimiento formal, el hombre retiró la bandeja que actualmente descansaba sobre la mesa del salón.

Abigail se volvió entonces hacia él, con las manos de nuevo juntas en su cintura. —No estaba segura de que vendrías.

Él levantó un hombro. —Yo tampoco, pero la curiosidad me venció. No podía imaginar por qué necesitabas hablar conmigo. Pero aparentemente no soy el único hombre al que has hecho una

invitación similar. ¿Cuánto tiempo tengo antes de que llegue el siguiente hombre?

—Solo te invité a ti —dijo ella mientras se hundía en el sofá—. Ese era el heredero de mi difunto marido, el nuevo Lord Holbrook. Vino a informarme de que se iría de la ciudad la semana próxima.

Cranston no dijo nada mientras se sentaba en una de las dos cómodas sillas colocadas en ángulo recto con respecto al sofá. Su admisión no debería significar nada para él, pero no podía negar que se sentía aliviado. Y se odiaba a sí mismo por esa emoción.

Al parecer, a pesar de la forma en que ella le había roto el corazón, aún quería pensar bien de esta mujer. Ella le había hecho creer que tenían un futuro juntos, solo para descartarle con una crueldad casual. Le habían hecho sentir como el peor de los tontos, pero parecía que una pequeña parte del joven que una vez fue seguía viva dentro de él.

Culpaba a Ashford y Lowenbrock por ese hecho. Ver a sus dos amigos felizmente casados estaba dando lugar a emociones y deseos que nunca pensó que volvería a sentir.

El silencio descendió mientras un lacayo traía una nueva bandeja de té.

Abigail sirvió su taza y estaba a punto de añadir la leche cuando él la detuvo. —Lo bebo sin añadir nada ahora. No siempre teníamos lujos en el ejército, y rápidamente aprendí a prescindir de ellos. —No se molestó en decirle que ahora también bebía café en lugar de té.

Ella asintió y le entregó su taza. Él la observó atentamente mientras daba un sorbo y notó cómo sus manos temblaban ligeramente mientras preparaba su propia taza antes de dejarla sobre la mesa.

Ella encontró su mirada y él esperó. Esto era solo otra batalla para él, y estaba decidido a no traicionar ninguna debilidad.

Apretó las manos en su regazo, sin duda esperando ocultar el modo en que temblaban, pero él ya lo había notado. Sus propias manos estaban firmes mientras daba otro sorbo al té negro sin azúcar antes de dejar la taza sobre la mesa.

Arqueó una ceja, haciéndole saber que le tocaba a ella iniciar esta conversación.

Ella dejó escapar un suave suspiro. —Gracias por venir.

Él se reclinó y esperó.

—No vas a ponérmelo fácil.

Cruzó los brazos sobre el pecho. —¿Hay alguna razón por la que debería?

Los hombros de ella se hundieron. —No deberías.

Él siguió esperando, y tras un tenso silencio, ella negó con la cabeza.

—No sé por dónde empezar, pero quería decirte que nunca quise casarme con Holbrook. Deseaba casarme contigo.

Él no pudo contener un bufido de diversión. —Estoy seguro de que no. Si tan solo el título que iba a heredar algún día no fuera tan inferior para la hija de un conde. Entonces no habrías tenido que casarte con alguien lo suficientemente mayor como para ser tu abuelo.

Ella se estremeció. —Me horroricé cuando mi padre me enfrentó y me dijo que no tenía elección.

De alguna manera, él se contuvo de maldecir. —No te creo. Tenías que saber que el joven tonto al que habías envuelto tan fácilmente habría hecho cualquier cosa por ti. Cualquier cosa.

Ella palideció, pero él estaba demasiado enfadado ahora para detenerse.

—Había planeado volver en medio de la noche y llevarte a Gretna Green si me hubieras dado alguna indicación de que te estaban forzando a casarte contra tu voluntad. En cambio, me llamaste tonto.

Ella se cubrió el rostro con las manos.

—Vamos, es demasiado tarde para actuar. Admito que tus teatralidades funcionaron conmigo una vez, pero ya no soy el mismo joven crédulo.

Tomó un respiro tembloroso y bajó las manos. Él estaba impresionado de ver que había logrado conjurar una lágrima. Claramente, había tenido tiempo de perfeccionar sus ya impresionantes habilidades de actuación a lo largo de los años.

—No tuve elección.

Él se reclinó en su silla y esperó sus explicaciones. Pero en lugar de continuar sus intentos de convencerlo de algo que ambos sabían era una mentira, ella negó con la cabeza y tomó un respiro entrecortado.

—Lo que pasó esa noche ya no importa. Nada de lo que hagamos o digamos ahora puede cambiarlo. No creerías nada de lo que tengo que decir.

—No, no lo haría. Así que dime, *Lady Holbrook*. —Ella se estremeció ante el uso de su título y él continuó—. ¿Por qué estoy aquí? Si tienes curiosidad sobre cómo he mejorado en el dormitorio, estoy seguro de que tengo una hora libre antes de pasar a cosas más importantes.

Ella enderezó los hombros, imperturbable ante sus intentos de herirla con su casual desdén. —Tenemos una hija. —Sus palabras salieron apresuradas.

—Seguramente alguno de los sirvientes puede cuidar de tu hija. Es una lástima que no pudieras darle un hijo al viejo. Entonces estarías en tu finca ahora en lugar de en esta casa mucho más pequeña. —Se inclinó hacia adelante—. Sé que Holbrook te desterró de la finca a una de sus propiedades más pequeñas. Así que dime, ¿valió la pena el sacrificio? ¿Conseguiste todo lo que esperabas?

Su respiración era superficial mientras negaba con la cabeza. —Me malinterpretas. No me refiero a que Holbrook y yo tengamos una hija. Me refiero a que tú y yo tenemos una.

El silencio descendió mientras él se encontraba incapaz de hablar. No podía referirse a... No. Su mente rehuía esa posibilidad. Su hija no era suya. Ella esperaba obtener algo de él con esta mentira. Dinero, sin duda, ya que había descubierto que tenía muy poco por sí misma.

Se puso de pie, sin importarle que fuera descortés hacerlo primero. —Esta reunión ha terminado. No sé qué juego estás jugando, pero no te creo.

Se giró para irse, una furia fría recorriendo su cuerpo.

—Gideon...

Se volvió bruscamente para enfrentarla. —¡No!

Ella se quedó inmóvil, con lágrimas ahora corriendo por su rostro.

—Perdiste el derecho de llamarme así hace años. Ahora soy el Barón Cranston. El chico al que podías manipular tan fácilmente en el pasado murió el día que lo llamaste tonto por pensar que era lo suficientemente bueno para casarse contigo.

Esta vez llegó hasta el pasillo cuando se vio obligado a detenerse. La puerta principal se abrió y entraron dos personas. Una niña joven y una mujer mayor que probablemente era su institutriz.

La niña se estaba riendo de algo que la mujer había dicho, y luego se giró y lo miró.

El mundo se detuvo, y el único sonido que podía oír era el rugido de su propia sangre en sus oídos.

La niña hizo una circunspecta reverencia antes de sonreírle. —Tienes los ojos verdes igual que yo.

Estaba mirando fijamente un par de ojos verde pálido idénticos a los suyos. Y se dio cuenta entonces de que Abigail no había estado mintiendo. No, esta niña era suya. El mismo cabello oscuro, los mismos ojos.

Se volvió para mirar a Abigail, quien llamó a su hija —no, su hija de ambos— a su lado y despidió a la institutriz con un pequeño asentimiento hacia las escaleras.

Tenía que salir de allí. Sus pensamientos eran un revoltijo, y un dolor agudo se había alojado en su pecho. Había pensado que ya había sufrido pérdidas, pero saber que la mujer que una vez amó había elegido criar a su hija como si fuera de otro era un dolor más allá de cualquier cosa que hubiera experimentado.

Huyó de la casa, incapaz de lidiar con esta última traición.

Las palabras de su hija flotaron tras él mientras bajaba los tres escalones hacia la calle. —¿Dije algo malo, mamá?

CAPÍTULO SIETE

CRANSTON CONSIDERÓ IR a su casa vacía en la ciudad y ahogarse en alcohol hasta que ya no pudiera pensar. Hasta que ya no pudiera sentir dolor.

En su lugar, le dijo a su cochero que lo llevara a Mayfair. Ashford ya había partido esa mañana en su viaje de bodas con su nueva esposa. Y aunque no lo hubiera hecho, Cranston no se impondría a la pareja durante este tiempo especial.

Pero el Marqués de Lowenbrock se quedaría en Londres por ahora. Su esposa estaba embarazada y no se encontraba lo suficientemente bien como para soportar el largo viaje en carruaje de regreso a su finca en Yorkshire.

La noticia del embarazo de Amelia no había sorprendido realmente a Cranston. Parecía que estaba destinado a estar rodeado de parejas felizmente casadas mientras su propia vida continuaba volviéndose más sombría.

Era un invitado habitual en la casa, y el mayordomo lo admitió sin la formalidad de anunciar su visita. Le dijo a Cranston que encontraría a Lowenbrock en el estudio.

—¿Y Lady Lowenbrock? —preguntó. Lo último que necesitaba hoy era entrar al estudio de su amigo y encontrarlos a los dos en un abrazo. O algo peor.

—Su señoría está descansando. ¿Debería pedir a una doncella que le informe de su llegada?

Con una sacudida de cabeza, agradeció al hombre y se dirigió por el pasillo. Llamó a la puerta del estudio y entró cuando John lo invitó a pasar.

John se reclinó en su silla, esbozando una sonrisa. —No esperaba verte hoy.

A modo de respuesta, Cranston se dirigió al aparador donde había dispuesta una variedad de licores. Alcanzó una botella de whisky y se sirvió una generosa medida en un vaso de cristal tallado.

John rodeó el escritorio para pararse junto a él. Podía sentir los ojos del hombre sobre él. —Es un poco temprano para empezar a beber. ¿Ha pasado algo?

Cranston vació el contenido del vaso y se sirvió otro antes de volverse para encontrarse con la mirada preocupada de su amigo. —Felicítame. Aparentemente soy el padre de una niña de ocho años a quien el mundo cree hija de otro hombre.

La conmoción de su amigo fue inconfundible. Dejó escapar una suave maldición y le arrebató el vaso de la mano a Cranston, luego asintió hacia el par de cómodos sillones que estaban agrupados frente a una de las ventanas del estudio.

Cranston se dejó caer en un sillón y observó cómo John colocaba su bebida en el aparador. Estaba bien. Primero hablaría con su amigo, y luego ahogaría todo recuerdo de lo que había aprendido hoy. Tendría que ser suficiente por ahora hasta que descubriera qué hacer con la granada que Abigail había lanzado a su vida.

John se acomodó en el asiento opuesto. Permanecieron en silencio durante casi un minuto completo mientras su amigo trataba de encontrar palabras para la situación. No las había, por supuesto, y los ojos de Cranston volvieron al aparador.

Finalmente, John se inclinó hacia adelante, con los codos sobre las rodillas. —Cuéntamelo todo. No le diré una palabra a nadie si no quieres que lo haga.

Normalmente no se entrometían en los asuntos personales del otro. Ofrecían opiniones, por supuesto, pero no compartían detalles privados de sus tratos con el sexo opuesto. Pero Cranston no podía ignorar la certeza profunda de que necesitaba descargar esta carga. Compartirla para que ya no fuera solo suya. Y cuando llegara el

momento, le permitiría a John contárselo a Ashford. No creía que pudiera contar esta historia dos veces, pero quería que ambos amigos lo supieran todo.

—Conoces mi pasado con Lady Holbrook. —Se dio crédito por ser capaz de decir el nombre sin estremecerse. Había tardado mucho tiempo, años de hecho, antes de que pudiera siquiera pensar en ella como algo más que la señorita Abigail Burton, la hermosa joven a quien amaba y con quien había planeado pasar el resto de su vida.

John asintió una vez. —Solo lo que nos contaste aquella vez que bebiste un poco de más.

Tenía vagos recuerdos de esa noche. Había sido justo después de que Ashford anunciara que Mary había aceptado su propuesta. Su propuesta real. Habían estado fingiendo cortejarse antes de ese día. Aparentemente, Cranston no podía pensar en el pasado sin querer emborracharse hasta perder el conocimiento.

—Dijiste que tenías un interés romántico en ella antes de alistarte —continuó John.

Cranston dejó escapar un suave resoplido. Esa era una descripción tibia de lo que había sentido por la mujer que aún tenía el poder de revolver sus entrañas.

—Después de su ceremonia de boda, Ashford me dijo que vuestras esposas planeaban promover un emparejamiento entre nosotros.

—Eso es cierto. Amelia me dijo que Mary pensaba que sería una buena idea ver si podían volver a unirlos. No conozco los detalles, pero sé que Ashford le dijo que no sería prudente. —John se reclinó y cruzó los brazos sobre el pecho—. Aparentemente, eso solo la hizo más decidida.

—Sí, y ella invitó a la mujer a su desayuno de bodas.

John se encogió de hombros. —No sé qué están pensando. Amelia me ha asegurado que ya no harán de casamenteras. Pero ella y Mary la aprecian mucho. Es posible que hubiera invitado a Lady Holbrook de todos modos.

Cranston trató de ignorar la forma en que sus dedos le picaban con la necesidad de volver a sostener ese vaso. Cuánto necesitaba sentir el ardor del líquido ámbar mientras encendía un fuego en su

garganta. Tenía que terminar esta conversación antes de poder dedicarse al asunto de emborracharse bien y de verdad.

—Nos conocimos durante su primera temporada. Ella tenía dieciocho años y yo veintiuno. No hace falta decir que yo era joven y estúpido. No pasó mucho tiempo antes de que cayera bajo su hechizo. Y fui lo suficientemente tonto como para creer que ella sentía lo mismo por mí. Aceptó mi propuesta de matrimonio, y le dije que hablaría con su padre.

—Supongo que su padre te rechazó.

—Nunca llegué tan lejos. Ella me envió una nota diciendo que había aceptado la propuesta de Lord Holbrook y que me deseaba lo mejor. —Negó con la cabeza—. Una maldita nota.

Se puso de pie y se dirigió al aparador con dos zancadas largas. John no dijo nada mientras él se bebía de un trago la copa que lo había estado atormentando. Se volvió para enfrentar a su amigo nuevamente. El peso del vaso vacío en su mano se sentía como un salvavidas. —Dos líneas cortas que cambiaron mi vida para siempre.

John no dijo nada por unos segundos antes de continuar. —Sabes que así son las cosas. Las mujeres generalmente no tienen elección sobre con quién se casan.

—Por supuesto que lo sé, por eso fui a verla. Esperaba que me rechazaran. Encontrar que la habían encerrado en su habitación. Ya estaba pensando en cómo podría volver esa noche y llevármela a Gretna Green.

John no dijo nada, simplemente esperando a que continuara.

Cranston se volvió para servirse otra medida de whisky. No tenía intención de beberlo todavía, pero ver el líquido ámbar arremolinarse en el vaso le daba una medida de calma.

—Estaba sentada en la sala de estar, tan tranquila como siempre. Esperándome porque sabía que no aceptaría su carta como la verdad. Y créeme cuando te digo que no me dio ninguna indicación de que estuviera siendo forzada.

—Eso no significa que no lo fuera.

—Podría creerlo si no se hubiera reído de mí. Me dijo que había decidido que prefería ser una vizcondesa rica —una que sin duda

pronto sería viuda— que atarse a alguien que algún día sería un barón con poca riqueza o posesiones que lo recomendaran.

La ira brilló en los ojos de John. —Así que Amelia y Mary están equivocadas sobre ella.

Cranston tomó un trago de la bebida, saboreando el ardor. El alcohol ya estaba empezando a adormecer sus sentidos, así que necesitaba ir más despacio. —Es posible que se haya arrepentido de sus acciones. Mi curiosidad superó mi mejor juicio, e investigué su situación actual. Aparentemente, poco después de que se casaron, Holbrook la desterró a una pequeña finca en el norte y se comportó como si nunca se hubiera casado. Yo había asumido que estaba decepcionado porque ella le había dado una hija. Que ya no podía cumplir en la cama y no tenía uso para ella. Pero ahora creo que estaba enojado cuando se dio cuenta de que él no era el padre.

Levantó el vaso y examinó cómo la luz que entraba por las ventanas de la habitación jugaba con el cristal tallado, haciendo que el líquido en su interior brillara. Estaba a punto de tomarse el resto de la bebida, pero John fue más rápido. Su amigo le quitó el vaso de la mano y lo puso justo fuera de su alcance. Maldición, sus reflejos ya debían estar afectados.

—Así que te dijo que eres el padre de su hija. ¿Cómo puedes estar seguro de que no estaba mintiendo?

—La vi. —De repente su garganta estaba seca, y le costó más de un poco de esfuerzo continuar—. Tiene mis ojos.

John maldijo.

Una esquina de la boca de Cranston se curvó hacia arriba, pero no pudo reírse. Nada de esta situación era divertido. —Estoy de acuerdo. ¿Ahora puedo tomar el resto de mi bebida?

John lo llevó de vuelta a la silla que había dejado, y él realmente tropezó. Maldición, ese whisky era bastante bueno. Cranston tendría que preguntar a su amigo dónde podía conseguir un poco, ya que sospechaba que lo necesitaría de nuevo en el futuro. Normalmente le tomaba más de dos tragos y medio antes de empezar a sentir los efectos de la bebida.

Se dejó caer en el asiento sin protestar. John lo observó por un momento, sin duda evaluando si Cranston iba a saltar de su silla otra

vez. Cuando permaneció allí, John se acomodó de nuevo en su propia silla.

—Antes de que tus pensamientos se nublen demasiado, necesitas considerar qué vas a hacer ahora.

Cranston soltó una carcajada. —Esperaba obliterar completamente todo pensamiento racional para no tener que pensar más en ello.

El ceño fruncido en el rostro de John le dijo a Cranston que hablaba en serio. Él y Ashford habían comenzado a llamar a John Sir Galahad cuando todos servían juntos en el ejército porque el hombre era incapaz de ver a una mujer en peligro sin querer correr a ofrecer su ayuda. Suponía que esa galantería también se extendía a tratar de ayudar a sus amigos.

Cranston se frotó la cara con una mano. —Para ser honesto, esperaba que la reunión de hoy fuera el fin de mi asociación con la mujer. Que pudiera dejarla firmemente en el pasado. Pero ahora...

—Ahora te has enterado de que tienes una hija.

El silencio se extendió entre ellos. Cranston se reclinó en su silla; sus ojos se cerraron mientras el rostro de la niña flotaba en su mente. Tenía sus ojos. Estaba bastante seguro de que el marido de Abigail no tenía ojos verde pálido. Si estuviera pensando con claridad, haría arreglos para confirmar ese hecho. Pero todo dentro de él ya le gritaba que aceptara la verdad. Había engendrado una hija con Abigail y luego había comprado una comisión y huido de Inglaterra. Si hubiera sabido que Abigail llevaba a su hijo, nunca se habría ido. Habría movido cielo y tierra para atar a la mujer a su lado.

—¿Vas a verlas de nuevo?

Cranston maldijo. Ambos sabían la respuesta a esa pregunta. Por supuesto que lo haría. Acababa de enterarse de que tenía una hija, había captado solo un breve vistazo de ella, pero ya todos sus instintos le gritaban que la protegiera. Que se asegurara de que no se le escapara como lo había hecho su madre.

Cerró los ojos con fuerza al darse cuenta exactamente de lo que necesitaba hacer. La única manera de asegurar que la niña pudiera seguir siendo parte de su vida era atarla —y a Abigail— a él.

Abrió los ojos y se encontró con la mirada firme de John. Aparentemente su amigo ya sabía lo que iba a decir. —Es mi hija, y ha estado sin el amor de un padre hasta ahora. Pretendo remediar esa situación.

John asintió. —No esperaría menos. ¿Y Lady Holbrook?

Los dientes de Cranston rechinaron. —No voy a darle otra oportunidad de escapar. Está claro que quería que conociera a mi hija. Cualquier otra cosa que pueda pensar de mí, sabe que nunca abandonaría a mi hijo.

—Tienes la intención de casarte con ella.

Cranston se levantó y se dirigió al aparador. —Y esta vez no podrá escapar de mí. —Se bebió el resto de su trago y se sirvió otro.

—Haré que preparen una habitación para usted esta noche y enviaré un mensaje a su ayuda de cámara informándole que se quedará aquí. Tengo la sensación de que necesitará esa habitación pronto.

Su amigo salió del estudio, pero Cranston sabía que volvería pronto. No le importaba que John se hubiera autonombrado su cuidador. Después de todo, ¿por qué otro motivo habría venido aquí? Habían tenido que cuidarse las espaldas mutuamente con bastante frecuencia durante muchas batallas. Podría ahogar su ira sin temor a que lo atacaran mientras intentaba, ebrio, encontrar el camino a casa.

CAPÍTULO OCHO

ERA irónico que las únicas amigas que Abigail había hecho desde que llegó a Londres justo antes del final de la temporada fueran las esposas de los mejores amigos de Cranston. Amelia, la marquesa de Lowenbrock, y Mary, ahora la vizcondesa Ashford. Esta última estaba en su viaje de bodas con su nuevo esposo, así que Abigail había invitado a Amelia a visitarla.

Abigail no podía arriesgarse a visitar a la marquesa si existía la posibilidad de que Cranston estuviera allí. Sus dos últimos encuentros no habían ido bien. El hombre que una vez amó —y que aún amaba— la había ignorado durante la mayor parte del desayuno de bodas, y luego ayer...

Cerró los ojos y respiró hondo, pero la escena se negaba a abandonar su mente.

Cranston había estado furioso con ella. Más enojado de lo que había estado el día que le dijo que se casaría con otro. La mirada que le había dado dejaba claro que nunca la perdonaría por esta traición. Por criar a su hijo como si fuera de otro hombre. No importaba que ella no supiera en ese momento que estaba embarazada porque nunca debería haber permitido que su padre la obligara a rechazar a Cranston.

Eso fue hace dos días. Había pasado todo el día de ayer esperando alguna noticia. Una visita, una carta, algo. En cambio, el

día se había arrastrado. No había dormido bien anoche, y por la mañana sus nervios estaban a flor de piel.

Estaba tocando sin entusiasmo las teclas del pianoforte cuando sonó un golpe en la puerta. Sería la marquesa, por supuesto, pero eso no impidió que su tonto corazón saltara a su garganta.

No esperó al mayordomo, sino que se dirigió al vestíbulo de entrada, donde el hombre estaba cerrando la puerta detrás de Amelia.

Ninguna dijo una palabra mientras guiaba a su nueva amiga a la sala de estar y Amelia la envolvía en un rápido abrazo.

Abigail hizo una mueca. —¿Cuánto sabes?

Amelia negó con la cabeza. —Nada. Cranston llamó hace dos días y pasó la noche en nuestra casa. Estaba bebiendo mucho y mi marido no quería que se fuera en ese estado.

Abigail se dejó caer en el sofá y Amelia se sentó a su lado. —Supongo que tu marido sabe lo que pasó, ¿y no te lo contó?

Amelia negó con la cabeza. —Sirvieron juntos en la guerra. Hay un vínculo entre ellos, y Ashford también, que nunca se romperá. Y como supongo que lo que sea que Lord Cranston compartió no tenía nada que ver conmigo, mi marido no traicionaría su confianza. Pero...

Abigail solo pudo mirar a la mujer. Su falta de sueño debía haber confundido sus pensamientos porque estaba claro que la marquesa esperaba que ella supiera lo que había dejado sin decir. Solo pudo negar con la cabeza confundida.

—Si el asunto te concierne, no hay nada que te impida contármelo. Quizás juntas podamos encontrar una solución. O al menos alguna forma de hacer las cosas más fáciles para ti y el barón.

Abigail estaba muy tentada de hacerlo. Pero al final, negó con la cabeza. —Si Gideon... quiero decir, Lord Cranston... quisiera que lo supieras, lo habría compartido. O habría permitido que tu marido te contara los detalles. Le debo respetar esa decisión. Ya le he quitado demasiado.

No importaba que su padre la hubiera obligado realmente a cumplir su voluntad. Tampoco importaba que ella hubiera actuado

pensando en el mejor interés de Cranston en ese momento. Hacer excusas por sus acciones no cambiaría el hecho de que él había perdido tanto. Solo esperaba que no permitiera que la amargura le impidiera conocer a Gemma. Ya se había perdido demasiado de su joven vida.

Se recostó contra los cojines del sofá y cerró los ojos, con la desesperanza de su situación como una nube opresiva sobre ella. —No debería haberte pedido que vinieras hoy. Estaba siendo egoísta. No quiero ponerte en medio de algo que podría causar dificultades entre tú y tu marido.

—Tonterías —dijo Amelia.

Abigail abrió los ojos y se encontró con la mirada de la mujer.

—Sé de primera mano lo tercos que pueden ser los hombres —dijo Amelia—. Las mujeres necesitan el consuelo y el apoyo de una amiga durante estos momentos, incluso cuando no hay soluciones fáciles.

Una calidez llenó su pecho y se enderezó de nuevo. —¿Y si yo soy la villana?

Amelia inclinó la cabeza hacia un lado. De alguna manera, Abigail evitó estremecerse bajo el minucioso examen de la mujer.

—¿Es eso cierto?

Abigail dejó escapar un suspiro. —¿Sí? ¿No? —Negó con la cabeza—. Realmente no importa. Cranston siempre me verá así, especialmente ahora.

Amelia la rodeó con un brazo. —Creo que necesitas una distracción. Dime, ¿se puede confiar en ti para guardar un secreto?

Abigail sabía lo que la mujer estaba haciendo. Amelia quería que supiera que estaría segura confiando en la marquesa, ¿y qué mejor manera de hacerlo que compartiendo un secreto propio?

—Soy la reina de guardar secretos. —Nunca se habían dicho palabras más verdaderas.

La sonrisa de Amelia era enigmática. —¿Sabes que me gusta escribir?

Abigail negó con la cabeza, confundida. —¿Cartas? —Ella no tenía nadie con quien mantener correspondencia, pero esperaba hacerlo con Amelia cuando la mujer dejara Londres.

La sonrisa de la marquesa se ensanchó. Su voz era baja cuando dijo: —Novelas.

Abigail casi pensó que la marquesa estaba mintiendo cuando le confió que era la autora de *Una dama caída*, la novela más popular en Londres en ese momento. Quizás en toda Inglaterra. Nadie sabía quién había escrito el libro, pero parecía que todos tenían una teoría.

—¿Es cierto eso, o estás tratando de distraerme?

Amelia se río. —Oh, es cierto. Y es muy divertido escuchar a escondidas las teorías de todos sobre el autor.

Abigail negó con la cabeza maravillada. —Aún no la he leído. Quiero hacerlo, pero estoy esperando que lleguen nuevas copias a la librería. Se agotan antes de que pueda conseguir una para mí.

El color tocó las mejillas de Amelia. —Tengo extras y puedo darte una. Pero, por favor, hazme el favor de decirme que aún no la has leído si descubres que no te gusta.

La distracción de Amelia funcionó, y por primera vez desde que volvió a ver a Cranston en el desayuno de bodas, los pensamientos de Abigail no se centraron en el hombre. Pidió té y Amelia compartió los antecedentes de cómo llegó a escribir la historia.

Cuando el reloj de la repisa sonó la una, Abigail alcanzó una de las manos de la mujer y se la apretó rápidamente. —Muchas gracias... por todo.

Amelia le dio unas palmaditas en la rodilla. —John y yo también pasamos por un momento difícil, y temí que todo estuviera perdido. Pero al final, pudimos reconciliarnos y ahora somos más felices que nunca.

Abigail suspiró. —No habrá un final feliz para Cranston y para mí, pero espero que podamos llegar a un punto en el que estemos en términos más amistosos. Aunque solo sea por... Bueno, haría todo mucho más fácil.

Cielos, casi le había contado a Amelia sobre Gemma. Tanto para su afirmación de que podía guardar un secreto. Parecía que decirle la verdad a Cranston había abierto las compuertas, y ahora la verdad quería salir por su propia cuenta.

Si la marquesa notó su casi desliz, no dijo nada. Cuando se levantaron, Amelia la envolvió en un abrazo. —Por favor, házmelo

saber si necesitas algo. Entiendo por qué no quieres venir a la casa, pero puedo visitarte de nuevo —. Colocó una mano sobre su vientre —. Estoy embarazada y las mañanas han sido difíciles para mí últimamente. También los viajes largos en carruaje, por eso nos quedaremos en Londres por ahora.

Abigail abrazó a la marquesa nuevamente y le ofreció sus felicitaciones. —Ser madre ha sido mi mayor alegría en la vida. Te deseo lo mismo.

Estaba de mucho mejor ánimo mientras veía a Amelia marcharse. Nada había cambiado con respecto a su situación con Cranston, pero ayudaba saber que tenía una verdadera amiga. Más de lo que hubiera imaginado.

Otro golpe en la puerta varios minutos después la hizo sonreír de nuevo. Estaba esperando en el umbral de la sala cuando el mayordomo abrió la puerta.

—¿Olvidaste...? —Sus palabras murieron cuando vio que su visitante no era Amelia regresando a buscar algo que había olvidado.

En cambio, su mirada chocó con la de Cranston, y en sus ojos vio una determinación acerada que hizo que su estómago diera un vuelco por los nervios.

—Por favor, acompáñame —logró decir con la garganta repentinamente seca.

Lo observó entregarle el sombrero al mayordomo, sus ojos bebiendo de sus anchos hombros y el cabello oscuro que estaba un poco demasiado largo. Y luego, cuando su mirada se encontró con la de ella nuevamente, esos ojos verde pálido. Del mismo color que los de su hija.

Se dejó caer en el sofá, y Cranston se acomodó en el mismo sillón en el que se había sentado en su última visita. No estaba segura de si alguna vez lo volvería a ver.

Permanecieron en silencio mientras observaban al mayordomo retirar la bandeja de té de su visita con Amelia.

—Puedo pedir que traigan una tetera fresca si lo deseas —su voz era baja y se aclaró la garganta. Ciertamente podría usar otra bebida.

Pero Cranston negó con la cabeza. —No me quedaré mucho tiempo.

Esperó a que el mayordomo se fuera, pero sus ojos permanecieron fijos en los de ella. No podía decir si todavía estaba enojado. Parecía sombrío, pero la ira que había visto hace dos días había desaparecido. Tal vez eso significaba que podrían discutir la situación sin palabras duras.

—Sé que mi noticia fue un shock, pero sentí que necesitabas saberlo.

Sus labios se apretaron antes de decir: —¿Nueve años después?

Ella se estremeció ante la acusación. —Ya estaba casada cuando me enteré de que nuestro... tiempo juntos me había dejado encinta. Sabía que ya habías comprado una comisión y que ya no estabas en Londres, así que no podía contactarte. E incluso si hubiera podido, ninguno de los dos estaba en posición de cambiar las cosas.

Contuvo la respiración mientras esperaba su reacción a sus palabras. Cuando él asintió, dejó escapar un suave suspiro. Algo que se sentía similar al alivio revoloteó en los bordes de su mente. Tal vez las cosas saldrían bien. Él podría llegar a conocer a Gemma, y Abigail podría verlo de vez en cuando. Era lo mejor que podía esperar.

Sus siguientes palabras pusieron su mundo de cabeza.

—Nos casaremos, por supuesto.

CAPÍTULO NUEVE

UNA SOMBRÍA satisfacción lo invadió mientras observaba cómo la conmoción se apoderaba de la mujer que siempre estuvo destinada a ser su esposa. Sus ojos se agrandaron y todo el color desapareció de su rostro.

—No lo hice... —Se humedeció los labios y tomó un respiro profundo antes de comenzar de nuevo—. Ese no fue el motivo por el que te hablé de Gemma. Puedes verla cuando quieras.

Él se levantó, cruzó hacia la puerta de la habitación y la cerró silenciosamente. Su propia conmoción se había disipado desde que se enteró de la verdad hace dos días. Había pasado el día anterior con uno de los peores dolores de cabeza de su vida, pero eso le había dado tiempo para pensar en cómo quería proceder.

El personal de Abigail pronto se enteraría de todo —estaba casi seguro de que su mayordomo ya había adivinado la verdad sobre la verdadera paternidad de Gemma—, pero quería privacidad para esta conversación.

Cuando se volvió para enfrentar a Abigail de nuevo, se tomó el tiempo para examinarla detenidamente. No creía que estuviera mintiendo. La había tomado completamente por sorpresa. Pero eso no significaba que no intentaría aprovechar la situación a su favor.

—No me conformo con desempeñar el papel de un visitante ocasional en su vida. Así que, a menos que planees cederme la custodia, mi plan es el único curso de acción lógico.

Su expresión era tan transparente que casi podía ver los pensamientos revolotear por su mente. No se le había ocurrido que él querría la custodia de su hija. Lo cual dejaba una pregunta: ¿Aprovecharía esta oportunidad para dejar a la niña de lado y volver a la sociedad, sin las ataduras de la maternidad? La mujer que una vez creyó que era nunca haría tal cosa, pero se había equivocado tanto con ella entonces.

Acortó la distancia entre ellos. Esta vez tomó asiento junto a ella en el sofá. No lo suficientemente cerca para tocarla, pero podía notar que su proximidad la inquietaba aún más.

Se lamió los labios antes de hablar, y le tomó cada onza de fuerza de voluntad que poseía no mirar su boca. Pero eso no significaba que pudiera contener el recuerdo de cuánto había disfrutado besarla una vez.

—Dime, *mi lord*. ¿Estás proponiendo esto solo para castigarme? ¿Como mi primer marido, también me enviarás lejos después de que nos casemos?

El tono mordaz en su voz solo le indicó que había tomado la decisión correcta. —No le quitaré a Gemma a su madre. Si decides no aceptar mi oferta, esa decisión será tuya, no mía.

—Esto no es lo que yo llamaría una oferta. Es un ultimátum.

Él se encogió de hombros. —Puedes tener tu libertad.

Su rostro se endureció con determinación, su miedo pareciendo evaporarse. —Nunca. Nunca abandonaré a mi hija. Si insistes en llevártela, tendrás que llevarme a mí también.

De alguna manera, lo hizo sonar como si fuera ella quien tomaba esta decisión y no él. Ese hecho debería molestarlo, pero no lo hacía. Hablaba del amor que sentía por su hija. Su hija. Puede que solo hubiera estado fingiendo amarlo todos esos años atrás, pero era muy claro que la mujer sentada a su lado, con los brazos cruzados sobre el pecho y el ceño fruncido, amaba a la niña que habían creado.

—Entonces está decidido. Haré que mi abogado llame mañana con el contrato matrimonial. Si hay algún cambio que desees hacer, puedes hacérselo saber. Siempre que no sean demasiado extravagantes, no tendré problema en acomodarlos.

Sus ojos se abrieron de sorpresa. —Eso es muy generoso de tu parte.

—Tengo una condición en la que insisto.

Sus hombros se enderezaron. —Por supuesto. ¿Cuál es?

—Debes serme fiel.

Sus ojos —esos hermosos ojos azules en los que una vez amó perderse— chispearon de ira. —Solo he estado con dos hombres. Tú fuiste el primero y mi marido fue el segundo. No ha habido nadie desde que me envió lejos al año de nuestro matrimonio.

Él asintió. Ese hecho no debería haber significado nada para él, pero no podía ignorar el alivio que sintió. Se dijo a sí mismo que era solo porque no tendría que preocuparse de que ella hiciera pasar al hijo de otro hombre como suyo.

—Pero dime, mi lord —sus palabras goteaban una falsa dulzura —, ¿tienes intención de hacer lo mismo?

Quería reír. ¿Qué derecho tenía esta mujer a exigir que él permaneciera fiel cuando ella lo había desechado tan fácilmente por otro?

—Eso dependerá enteramente de ti. Mientras no me aburra de nuestros juegos de alcoba, no veo razón por la que necesitaría buscar en otra parte.

Su boca se abrió antes de que la cerrara de golpe. —No pensé que nosotros... que tú querrías...

Él se inclinó hacia su espacio. —¿De qué sirve una esposa si no puedo follarla?

Ella se estremeció ante la crudeza de sus palabras, que era exactamente la reacción que él había esperado. Pero entonces fue su turno de sorprenderse cuando ella se acercó más.

Se detuvo cuando sus labios estaban a solo una pulgada de los suyos. —Entonces tendrás que enseñarme todo lo que debo hacer para mantener tu atención.

El fuego inundó sus venas, y tomó su boca. Había pretendido controlar el beso, castigarla, pero estaba claro desde el momento en que sus labios se tocaron que ninguno de los dos tenía el control.

Sus bocas se movían juntas como si ambos estuvieran hambrientos. Eso no debería haber sido cierto para él —el cielo sabía

que había tenido su cuota de amantes desde que regresó a Inglaterra—, pero lo era. Ninguna de esas otras mujeres le importaba, solo esta mujer en sus brazos. La que había levantado para sentarla sobre su regazo sin siquiera darse cuenta de que lo estaba haciendo.

Sus pensamientos ardían, su miembro más duro de lo que jamás había estado en su vida. Frotó su trasero contra su dureza, disfrutando del suave gemido que ella hizo en el fondo de su garganta. Sus dedos se enredaron en su cabello, y estaba claro que ella no iba a detenerse. Podría tomarla aquí mismo en el sofá.

Él tendría que ser quien se apartara. No quería que su primera vez juntos después de todos estos años fuera así. Fuera de control y llena de pasión. Si iba a mantener el control en su matrimonio, necesitaba encontrar una manera de dominar su lujuria errante por Abigail.

Lujuria que aparentemente solo se había intensificado con los años.

Ella hizo un suave sonido de protesta cuando él apartó su boca de la suya. Cuando intentó cerrar el espacio entre ellos de nuevo, él colocó sus manos en sus hombros para detenerla.

—No creo que tengamos ninguna dificultad con el aspecto físico de nuestro matrimonio.

Su voz no era del todo firme, pero ella no pareció notarlo. Cuando la soltó, se deslizó de su regazo y se sentó a su lado.

—Perdóname por haberme dejado llevar —dijo ella sin encontrarse con su mirada.

Él tomó su barbilla entre dos dedos y la hizo mirarlo.

—No sé si tengo la capacidad de perdonarte por lo que sucedió en el pasado, pero no hay razón por la que no podamos seguir adelante. Apenas éramos más que niños entonces, pero ambos hemos crecido.

Ella asintió con una leve sonrisa temblorosa.

—Por supuesto.

Se oyó un suave golpe en la puerta y Cranston se movió hacia la silla.

Amelia pidió que entraran, y la puerta fue abierta por el mayordomo. No dio ninguna indicación de estar escandalizado por el hecho de que Amelia estuviera entreteniendo a un caballero a puerta cerrada.

Si Cranston estaba en lo cierto al suponer que el hombre ya había adivinado que él era el padre de Gemma, sabría que habían sido íntimos en el pasado. Aun así, una pequeña parte de él no pudo evitar preguntarse si esto era una ocurrencia regular con Amelia. Era posible que no hubiera sido sincera con él sobre su falta de experiencia sexual.

Odiaba la manera en que los celos le arañaban el estómago ante ese pensamiento y trató de desechar sus dudas. Habría escuchado rumores si a Abigail le gustara entretener a hombres en privado. Pero le molestaba que sus sentimientos hacia ella no estuvieran completamente en el pasado. Si realmente pensara que ella le estaba mintiendo, debería estar sintiendo ira y no celos.

—Disculpe la interrupción, mi señora, pero la señorita Phillips se preguntaba si se uniría a ellas esta tarde.

Un ligero rubor se asomó en su rostro.

—Por supuesto. Por favor, dígale que subiré en breve. Y hágale saber que deseo presentarles a alguien.

—Como desee, mi señora —salió de la habitación con una pequeña reverencia.

Cranston se puso de pie cuando Abigail se levantó. Ella tomó un profundo respiro, y él resistió la tentación de mirar hacia sus pechos. Los mismos que habían estado presionados contra él momentos antes.

Maldición, tenía que alejar sus pensamientos de eso o estaría excitado el resto del día.

—Sobre la boda —dijo, volviendo al asunto práctico en cuestión —. Estaba pensando que podríamos tenerla en una semana.

Sus cejas se juntaron.

—¿Tan pronto? Pensé que querrías esperar hasta que Lord Ashford regresara de su viaje de bodas —su ceño se profundizó—. ¿Volverá a Londres después de eso, o se quedarán en el campo?

Él quería tomarla en sus brazos y borrar ese ceño de su rostro. En su lugar, juntó las manos detrás de su espalda.

—La nuestra no es una unión por amor, así que no tiene sentido esperar. Él lo entenderá —Ashford se sorprendería al enterarse de su matrimonio, pero no se sentiría herido. Su amigo sabía que Cranston tenía poco interés en tonterías románticas.

Ella asintió.

—Entiendo. ¿Estarán presentes Lord y Lady Lowenbrock?

No podía imaginar ser capaz de mantenerlos alejados.

—Los invitaré, sí.

Ella pareció aliviada ante la idea. Lo que le hizo preguntarse qué tan cercana se había vuelto Abigail con las esposas de sus amigos.

—Entonces solo queda el asunto de presentarte a Gemma. Si quieres, podemos hacerlo ahora.

Él sabía que esto era una posibilidad hoy, y lógicamente no tenía sentido posponer la presentación. Aun así, una pequeña parte de él temía que a su hija no le agradara, especialmente después de su primer encuentro.

—¿No quieres decírselo primero y luego presentarme más tarde? Será una sorpresa.

Abigail sonrió.

—A Gemma le gusta conocer gente. Me ha preguntado varias veces por el hombre que nos visitó el otro día.

Él hizo una mueca, recordando lo cortante que había sido.

—Espero que no me odie.

—Le dije que llegabas tarde a otra cita y tuviste que irte. Aceptó la explicación.

Él dejó escapar un suspiro.

—¿Vas a decirle quién soy?

Esperaba que ella dijera que no. Que pusiera alguna excusa sobre cómo su hija necesitaría adaptarse primero a su presencia en su vida antes de decirle la verdad a Gemma. Pero ella lo sorprendió asintiendo.

—Creo que el tiempo de las mentiras ha quedado atrás —ante su ceño fruncido, ella corrigió—: Atrás para mí. Creo que cualquiera que la conozca puede darse cuenta solo con mirarte que ustedes dos

están emparentados. No quiero que ella sea la última persona en conocer la verdad.

Sus manos estaban entrelazadas en su cintura, los nudillos blancos. Él acortó la distancia entre ellos y colocó su mano sobre las de ella.

—Se sorprenderá, pero los niños pequeños son más capaces de asimilar estas cosas.

Ella tomó una respiración profunda y temblorosa y asintió.

Él retiró su mano.

—Tengo entendido que Holbrook no fue un padre para ella. ¿Es correcto?

—Nunca la vio después de enviarnos lejos. Ella no tuvo ninguna reacción cuando se enteró de su muerte. No creo que el concepto de él como padre fuera nunca real para ella.

Eso alivió sus temores en cierta medida.

—Entonces, guía el camino.

CAPÍTULO DIEZ

HABÍA REPASADO esta decisión innumerables veces. Gemma aún era joven, solo tenía ocho años. No entendería completamente cuánto estaba a punto de cambiar su vida, pero Abigail creía que sería para mejor.

Y Cranston. Lo miró de nuevo mientras los guiaba escaleras arriba hacia la gran habitación en la parte trasera de la casa que se usaba como aula. La tensión en su mandíbula le indicaba que estaba nervioso por este encuentro.

Gemma habría terminado sus lecciones y quería que Abigail se uniera a ella y a la señorita Phillips en su paseo de la tarde. Abigail no había exagerado cuando dijo que a Gemma le encantaba conocer gente. También adoraba las sorpresas. Abigail solo esperaba que llegara a aceptar a Cranston como su padre con la misma facilidad.

Abigail respiró hondo cuando llegaron a la puerta y la abrió. Gemma estaba sentada en una mesa, dibujando, y levantó la vista con una amplia sonrisa al ver entrar a su madre.

Dejó caer el lápiz y corrió al lado de su madre.

—¿Podemos ir a dar nuestro paseo ahora, mamá?

Abigail se agachó para estar a la altura de su hija.

—En unos minutos. Pero primero me gustaría que conocieras a alguien.

Los ojos de Gemma habían estado fijos en los suyos, pero ahora miró al hombre que había entrado en la habitación detrás de ella.

—Usted es el hombre que nos visitó el otro día —dijo haciendo una reverencia.

—Es un placer conocerte —dijo Cranston con una reverencia formal. Luego sonrió a la niña y Gemma soltó una risita.

El corazón de Abigail se aligeró mientras tomaba la mano de su hija y la alejaba de la puerta. Se volvió hacia la señorita Phillips.

—Puede reunirse con nosotros abajo en diez minutos.

La institutriz inclinó la cabeza en señal de reconocimiento y se dispuso a salir. Pero Abigail notó la mirada curiosa que le lanzó a Cranston.

Y así comenzó. Pronto toda la casa, y luego todo Londres, conocería la verdad. Esperaba que pudieran proteger a Gemma de las especulaciones, pero la sociedad no solía ser amable cuando descubría un jugoso chisme. Aunque su hija no era ilegítima, la noticia de que Abigail había hecho pasar al hijo de otro hombre como perteneciente a su marido pronto estaría en boca de todos. Al menos la mayoría de la sociedad ya había abandonado la ciudad. Solo esperaba que otro escándalo ya estuviera circulando cuando comenzara la próxima temporada.

Abigail llevó a Gemma de vuelta a la mesa donde había abandonado su dibujo y se sentó junto a ella. Cranston permaneció donde lo habían dejado, justo dentro de la puerta, y ella agradeció la forma en que le permitía tomar la iniciativa. Otro hombre habría entrado fanfarroneando, lleno de exigencias. Pero entonces, nunca habría entregado su corazón a ese tipo de hombre. Gideon había sido amable y considerado, y se alegraba de ver que sus años en la guerra no habían borrado por completo a aquel joven.

—Tengo noticias felices que compartir. Este es el barón Cranston. Nos conocimos hace muchos años cuando éramos más jóvenes. Y... —Se lamió los labios, insegura de cómo proceder. Gemma no necesitaba saber todos los detalles, pero Abigail tenía que decirle algo que explicara por qué se iban a casar tan rápido.

—Y estábamos enamorados.

Ambas miraron a Cranston, que se había acercado a ellas. Se agachó para mirar a Gemma a los ojos.

—Tu madre y yo estábamos enamorados, pero sucedieron cosas y nos separamos. Ella se casó con otro hombre y yo me uní al ejército.

—Sí —dijo ella, con la voz quebrada—. Pero ahora ha vuelto, y nos hemos dado cuenta de que nos gustaría casarnos. Pronto. La semana que viene.

Los ojos de Abigail recorrieron el rostro de Gemma, tratando de descifrar lo que su hija estaba pensando. La niña apartó la mirada por un momento, y Abigail temió que tuviera una de sus raras rabietas.

—Espero que eso cuente con tu aprobación. Le pedí a tu madre que se casara conmigo, pero ahora te lo estoy pidiendo a ti también, si estás de acuerdo. Puedo esperar si quieres conocerme mejor primero, pero me gustaría mucho que formáramos una familia.

El corazón de Abigail amenazó con romperse. La expresión de sincera esperanza en el rostro del hombre le hizo darse cuenta, una vez más, de cuánto le había quitado.

Gemma entrecerró los ojos mirando a Cranston. Luego levantó una mano y la llevó a la esquina de uno de sus ojos.

—¿Eres mi verdadero papá?

Abigail contuvo la respiración, atónita. Buscó algo que decir, pero Cranston se hizo cargo.

—¿Eso te haría feliz?

Gemma asintió.

—Sé que padre no era mi papá. Los sirvientes susurraban sobre ello.

La voz de Gemma era notablemente tranquila para la gravedad de la información que acababa de compartir. Abigail no se había dado cuenta de que su hija supiera algo sobre por qué no vivían con Holbrook.

Cranston envolvió la mano de la niña con una de las suyas y asintió. Tragó saliva antes de continuar, y era evidente que estaba abrumado por la emoción.

—Sí, soy tu padre.

—¿Y quieres que seamos una familia? ¿Podemos vivir todos juntos?

Cranston se encontró con su mirada, y ella pudo ver que estaba recordando el pasado. La forma en que Abigail lo había alejado cruelmente porque sabía que era la única manera de evitar que volviera. Pero él nunca creería que lo había hecho para evitar que su padre arruinara a la familia de Cranston.

—Si me aceptas, sí.

La boca de Gemma se ensanchó en una amplia sonrisa.

—Me gustaría mucho.

La mirada de Cranston se dirigió hacia ella. Abigail no se dio cuenta de que había empezado a llorar hasta que él extendió la mano y limpió la lágrima que trazaba un camino por su mejilla.

Gemma mantuvo su agarre en la mano de Cranston mientras alcanzaba la de Abigail con la otra mano.

—Vamos a ser una familia de verdad —Ladeó la cabeza mientras miraba a Cranston—. ¿Debería llamarte papá?

Él se rio.

—Quizás después de que me case con tu madre. ¿Puedes esperar una semana?

Ella soltó un suspiro de impaciencia.

—¿Vienes con nosotras a nuestro paseo hoy?

—Oh, no, el barón Cranston tiene otros lugares donde estar...

—Estaré encantado de unirme a ti y a tu madre.

La boca de Abigail se cerró de golpe. Parecía que Gemma ya tenía a su padre firmemente bajo su hechizo.

Juntos, se dirigieron abajo. La señorita Phillips los esperaba junto a la puerta principal, y Gemma corrió a su lado.

La institutriz sonrió a su pupila.

—Pareces estar de muy buen humor.

—¿Podemos contarle las noticias, mamá?

Abigail se rio.

—Como dudo que puedas mantenerlo en secreto sin explotar, creo que debemos hacerlo.

Presentó a la institutriz al barón Cranston y luego añadió:

—He aceptado su propuesta de matrimonio.

—¡Vamos a ser una familia! —agregó Gemma—. Y el barón nos acompañará en nuestro paseo hoy.

—Te avisaré cuando regresemos —dijo Abigail.

La señorita Phillips le tomó la mano y se la apretó.

—Me alegro mucho de oír la buena noticia —Se volvió para incluir también a Cranston—. Mis mejores deseos para su matrimonio —dijo con una ligera inclinación de cabeza. Luego se dio la vuelta y subió las escaleras.

Gemma casi saltaba de emoción. Antes de venir a Londres, habría agarrado la mano de su madre y la habría arrastrado fuera de la casa. A Abigail le había dolido reprimir el entusiasmo de la niña diciéndole que debía comportarse con más decoro mientras estuvieran en Londres. Pero era imposible sofocar completamente el espíritu de su hija, algo por lo que Abigail estaba agradecida.

—¿Nos vamos? —Cranston extendió su mano.

Gemma les sonrió radiante antes de tomar su mano y luego extender la suya para tomar también la de su madre. Al salir de la casa de la ciudad, Abigail sospechaba que no pasaría mucho tiempo antes de que Gemma eligiera a Cranston sobre ella. Ese pensamiento debería haberla dejado temiendo el futuro, pero no podía esperar para verlo. Por la forma en que Gemma seguía sonriendo a Cranston, sabía que ese futuro llegaría pronto.

CAPÍTULO ONCE

CUANDO CRANSTON LLEGÓ a White's a la mañana siguiente, John ya estaba allí. Su amigo se encontraba sentado junto a una de las chimeneas apagadas en la sala matutina, leyendo uno de los periódicos que se ponían a disposición de los miembros del club.

—No estaba seguro de que vendrías —dijo Cranston, acomodándose en un sillón.

John dobló el periódico y lo colocó sobre la mesa auxiliar de caoba. —Amelia estaba cansada y quería descansar. Últimamente es una curiosa mezcla de energía y agotamiento.

—¿Cómo lo está llevando? —Ahora que iba a casarse, Cranston se dio cuenta de que dentro de no mucho tiempo, él también podría encontrarse con una esposa en estado. La idea debería haberlo hecho salir corriendo en dirección opuesta, pero todo había cambiado cuando conoció a Gemma.

—Se ha estado sintiendo mejor. Es posible que aún podamos regresar a Yorkshire antes de que termine el verano.

—¿Pero seguirán en la ciudad la próxima semana?

John se encogió de hombros. —Aún no tenemos planes de abandonar Londres. —Examinó a Cranston detenidamente—. Sé que planeabas visitar a Lady Holbrook ayer.

Cranston casi había olvidado que le había contado a su amigo sobre sus intenciones de visita. Su conversación había sido hace tres días, y no le había tomado mucho tiempo emborracharse por

completo. Se había derrumbado en una de las habitaciones de invitados de Lowenbrock. A la mañana siguiente, había tenido que regresar a casa con uno de los peores dolores de cabeza de su vida. Cada bache del carruaje, a pesar de que el carruaje de Lowenbrock tenía buenos resortes, había enviado punzadas de dolor directamente a través de su cráneo.

—Al día siguiente estaba inútil. Apenas logré llegar a mi dormitorio oscurecido.

—Ciertamente me mantuviste ocupado tratando de evitar que tu bebida te llevara a un estupor del que nunca te recuperarías.

Cranston hizo una mueca al recordar cómo un conocido mutuo había hecho precisamente eso. Fue justo después de la batalla final en Waterloo. La mayoría de los hombres que habían sobrevivido y que no habían sido llevados a un hospital de campaña habían caído en un sueño de agotamiento profundo.

Al día siguiente habían celebrado. El teniente Bradford era uno de los hombres que habían escapado ilesos, solo que estaba atormentado por toda la carnicería que habían presenciado durante esa batalla final. Era lo más extraño. El joven había estado bien hasta ese momento, capaz de mantener sus emociones a raya. Pero una vez que la guerra terminó y Bradford se dio cuenta de que pronto regresaría a casa... Había bebido tanto esa noche que después de desmayarse y ser llevado a su catre, nadie pudo despertarlo al día siguiente.

Cranston no sabía que uno podía morir por ingerir demasiados licores. Sin duda, por eso algún instinto interno lo había llevado a la casa de su amigo después de enterarse de lo de Gemma. Sabía que John lo cuidaría y se aseguraría de que no sufriera un destino similar.

—Dado cómo me sentí al día siguiente, aprecio tus esfuerzos.

Después de un breve silencio, John dejó escapar un suspiro. —¿Vas a contarme qué pasó?

Cranston quería pedir una bebida a pesar de que era muy temprano. Pero los recuerdos de la muerte de Bradford lo hicieron reprimir el impulso. En su lugar, llamó a uno de los lacayos y pidió un café.

Su amigo esperó con paciencia apenas contenida.

—La vi ayer.

John se inclinó hacia adelante. —¿Y?

—Se lo propuse y ella aceptó.

Cranston bebió de la taza que el lacayo acababa de colocar en la pequeña mesa a su izquierda y observó cómo se formaba el ceño fruncido en el rostro de su amigo. Estaba bastante seguro de que John estaba dividido entre felicitarlo y decirle que estaba cometiendo un error.

Pero John era optimista por naturaleza. Siempre asumía que las cosas saldrían bien. Podría no estar feliz con las circunstancias que rodeaban el próximo matrimonio de Cranston, pero esperaría un buen resultado.

John asintió. —Espero que algún día ustedes dos puedan recordar cómo se sentían antes. Nada bueno puede salir de recrearse en lo desagradable del pasado.

Cranston podía estar completamente de acuerdo con eso. Había comprado una comisión para escapar de su desamor y ahora había vuelto a la vida ordinaria para escapar de los horrores de todo lo que había visto y hecho durante su tiempo en la guerra. Necesitaba dejar todo eso atrás y seguir adelante. Ambos habían visto lo que les sucedía a aquellos que no podían hacerlo.

—Dime —dijo su amigo—, ¿conociste a tu hija?

Cranston ni siquiera intentó contener su sonrisa. —Sí, la conocí.

—Supongo que está de acuerdo con el próximo matrimonio de su madre.

Cranston sacudió la cabeza maravillado. —Es increíble. Sea lo que sea que pueda pensar de ella, Abigail es una muy buena madre. —Aún no podía creer cómo había ido su visita ayer—. Gemma adivinó que yo era su padre.

Las cejas de John se elevaron ante ese detalle inesperado. —¿Por tus ojos? Seguramente es un gran salto en la lógica para que lo haga una niña.

—Nos dijo que había escuchado a los sirvientes hablar sobre cómo ella no era hija de Holbrook. Después de enterarse de mis planes de casarme con su madre, y Abigail compartió que una vez

estuvimos enamorados, no le tomó mucho a su mente inteligente unir las piezas.

John cruzó los brazos sobre el pecho y sonrió. —Nunca pensé que llegaría el día en que un miembro del bello sexo te atrapara tan completamente.

Cranston soltó una carcajada. —Lo hizo, y nunca lo vi venir. Ni siquiera lo estaba intentando, solo estaba siendo ella misma.

—¿Qué sucede ahora?

—Para el futuro inmediato, la boda está planeada para la próxima semana. Ya obtuve una licencia especial después de salir de su casa de la ciudad ayer. Y tengo a mi abogado redactando el contrato matrimonial. Espero que usted y Lady Lowenbrock puedan estar presentes.

John inclinó la cabeza. —Por supuesto. Es una lástima que Ashford no esté aquí, pero puedo entender por qué no quieres esperar.

—Después de todas las veces que lo llamé tonto por querer casarse con la señorita Mary Trenton, puedo imaginar lo que diría. —Su cinismo lo había llevado a ser menos que amable con su amigo—. Les deseo lo mejor juntos. Espero que él lo crea.

—Estoy seguro de que lo hace. Y él te desearía lo mismo. Aunque podría hacerte pasar un mal rato por ello.

—Uno que me merecería mucho —dijo Cranston—. Espero que Abigail y yo podamos llegar a un acuerdo y crear un hogar feliz para nuestra hija. O al menos, uno con poco conflicto. —Su boca se torció —. Gemma quiere que seamos una "familia de verdad", sea lo que sea que eso signifique. Esperemos que sea suficiente con que vivamos juntos bajo el mismo techo y no discutamos.

John sacudió la cabeza. —Ocho años y ya haciendo exigencias. Vas a tener que tener cuidado de no malcriarla.

Cranston arqueó una ceja. —¿Me estás diciendo que no planeas malcriar al hijo que tu esposa está esperando?

John hizo una mueca. —Puede que los dos estemos condenados.

Se rieron, y para su sorpresa, Cranston se dio cuenta de que esperaba el futuro con ilusión. El pensamiento lo sobrio un poco. Necesitaba tener cuidado o correría el peligro de repetir errores del

pasado. Necesitaba proteger su corazón porque los acontecimientos recientes habían dejado claro que una pequeña parte del joven tonto y optimista que había sido hacía tantos años aún estaba enterrada en algún lugar profundo de su ser. Tendría que asegurarse de que esa parte de sí mismo permaneciera enterrada.

John miró hacia la puerta de la habitación y se inclinó hacia él. Su voz era baja cuando habló. —Holbrook acaba de llegar. ¿Deberíamos presentarnos?

Cranston retrocedió ante la idea. Aún podía recordar la forma en que el hombre había mirado a Abigail mientras se despedía aquel día. La forma en que ella había puesto una mano en su brazo y le había sonreído.

Ambos habían visto al hombre antes, pero nunca habían sido presentados. Quizás era mejor mantenerlo así.

—La decisión ha sido tomada por nosotros —dijo John—. Se dirige hacia aquí.

Cranston se preparó para lo que fuera a suceder. Y se negó a considerar que su recién descubierta hostilidad hacia el vizconde, que era mucho más joven y mucho más apuesto que el anterior Vizconde Holbrook, tuviera algo que ver con los celos.

Holbrook llegó a su mesa y se inclinó. —Cranston, Lowenbrock. Sé que no hemos sido presentados formalmente, pero ¿puedo unirme a ustedes?

John señaló la silla libre que estaba a su lado.

Había algo en la posición de la mandíbula del hombre que puso los instintos de Cranston en alerta máxima. Supo sin que se lo dijeran que Holbrook estaba allí para discutir su próximo matrimonio con Abigail.

Cranston le dio a John una mirada sutil que su amigo descifró fácilmente.

John se puso de pie. —Si me disculpan un momento, veo a alguien con quien necesito hablar. Volveré en unos minutos.

Su amigo solo había dado dos pasos cuando Holbrook fue directo al motivo por el que lo buscaba. —La vizcondesa viuda me informó de su próxima boda.

Cranston alzó una ceja. —¿Supongo que no lo aprueba?

Holbrook cruzó los brazos sobre el pecho, frunciendo el ceño. —Mi tío abuelo fue menos que amable con ella. Como soy su heredero, ella está actualmente bajo mi protección. Me gustaría saber sus motivos para actuar tan rápidamente. Tenía entendido que no tiene problemas en acostarse con todas las viudas de Londres. Nunca esperé oír que realmente le propusiera matrimonio a Abigail.

Los dientes de Cranston chirriaron ante el uso del nombre de pila de ella por parte del vizconde. —Nos conocimos hace muchos años. Incluso la cortejé entonces, aunque ella no aceptó mi proposición. Creo que llegó a darse cuenta de que eso fue un error.

Holbrook hizo un suave sonido de disgusto. —He conocido a Gemma. Sabiendo lo que sé sobre su reputación, puedo imaginarme muy bien cómo fue ese *cortejo*. —Se inclinó hacia adelante, apoyando las manos en las rodillas—. Si vuelve a lastimarla, lo retaré a duelo.

Cada músculo del cuerpo de Cranston se tensó, y tuvo que respirar profundamente para contener la neblina de ira que amenazaba con nublar su visión. La insolencia del hombre era exasperante. Si Holbrook había esperado quedarse con Abigail para sí mismo, estaría condenado a la decepción porque Cranston nunca la dejaría ir de nuevo.

—Si debe saberlo, fue lo contrario. Yo era el joven tonto que no quería nada más que casarse con ella, pero ella me rechazó para casarse con otro. —Mantuvo su tono uniforme, pero la amenaza era clara en su voz—. Eso no volverá a suceder. Así que si planeaba quedarse con ella, debe saber que soy muy bueno tanto con la pistola como con la espada. Si está tan ansioso por encontrar la muerte, solo nombre su arma y su segundo.

Holbrook se reclinó en su silla de nuevo y simplemente lo miró fijamente. Cranston se negó a ser el primero en apartar la mirada.

Finalmente, una esquina de la boca del hombre se elevó. —Justo. Solo necesitaba asegurarme de que no se estaba precipitando a otro matrimonio que terminaría infelizmente... tanto para ella como para Gemma. Como es la Vizcondesa Viuda de Holbrook, yo habría asegurado su comodidad. Pero me alegra ver que usted pretende estar ahí para ella ahora. Y para Gemma también.

Holbrook se inclinó hacia adelante y ofreció su mano. A pesar de querer plantar su puño en la cara del hombre, Cranston la estrechó.

Holbrook se puso de pie y salió a grandes zancadas de la sala de la mañana. Cranston lo miró alejarse, con una sensación de inquietud asentándose sobre él. De dónde venía el presentimiento, no podía decirlo. Parecía que Abigail no le había mentido sobre los motivos de Holbrook. A menos que los instintos de Cranston estuvieran completamente equivocados, sentía que no habría interferencia por parte del vizconde.

Y el hecho de que su padre no hubiera estado en Londres esta temporada pasada significaba que no habría interferencia del Conde de Hargrove. Se rumoreaba que el hombre estaba enfermo, posiblemente incluso en su lecho de muerte. El padre de Abigail ya había interferido una vez, y Cranston no tenía duda de que habría continuado haciendo todo lo posible para asegurarse de que Cranston nunca se casara con su hija.

Cranston hizo una nota mental para investigar más sobre el pasado. Porque a pesar de que su corazón endurecido le decía que no se podía confiar en Abigail, tenía la sensación de que había más en esta situación. Sus instintos sobre las personas rara vez se equivocaban, siendo Abigail la única excepción a esa regla.

Pero tal vez ella no era una excepción. Era posible que su suposición inicial de que ella estaba siendo coaccionada cuando recibió su carta rompiendo su compromiso hubiera sido correcta.

John se dejó caer en su silla. —Supongo que tu conversación fue bien.

Las comisuras de su boca se elevaron. —Me amenazó con retarme a duelo. Pero no temas, no serás llamado a cumplir tu deber como mi segundo en el corto plazo. Hemos logrado llegar a un acuerdo sobre mi próximo matrimonio.

John hizo una mueca mientras tomaba otro sorbo del café que sin duda se había enfriado en su ausencia. —Por todo lo que he oído, no parece ser un canalla. Imagino que está actuando por un sentido del deber.

Los labios de Cranston se apretaron mientras miraba a su amigo. —Tienes conexiones.

Las cejas de John se elevaron. —Al igual que tú.

Se inclinó hacia adelante. —Una de tus hermanas es muy buena amiga de la esposa de Brantford.

Brantford, que una vez fue conocido como el Conde Indiferente, se pensaba que tenía agua helada corriendo por sus venas. Pero su matrimonio, y su muy obvio afecto por su esposa, habían mostrado al mundo que lo imposible era cierto. Que el hombre tenía un corazón enterrado en algún lugar debajo de ese exterior helado.

—Catherine, sí. Son muy cercanas.

—Brantford tiene conexiones en todas partes. No tiene razón para ayudarme, pero tal vez puedas convencer a tu hermana de que se acerque a su esposa. Necesito saber exactamente qué sucedió en el pasado para que Abigail se casara con Holbrook. Si su padre tenía algo contra ella, necesito saber qué era.

CAPÍTULO DOCE

ABIGAIL PASÓ el día siguiente con un extraño estado de ánimo. Una gran parte de ella aún no podía creer que Cranston le hubiera pedido que se convirtiera en su esposa. Lo hacía por Gemma, por supuesto, pero era un desenlace que nunca pensó que ocurriría.

Cuando decidió buscarlo y contarle sobre su hija, solo quería darle la oportunidad de conocerla. Y, por supuesto, sabía que Gemma obtendría mucho de su relación. Gemma había pasado toda su vida con un padre que lo era solo de nombre. Y ahora que el antiguo vizconde Holbrook había fallecido y Cranston ya no estaba en el servicio militar, finalmente había llegado el momento de contarles a ambos la verdad.

Pero, ¿que él le propusiera matrimonio? No, aunque podría haber fantaseado con tal resultado en ocasiones, nunca esperó que sucediera.

Era imposible no pensar en el beso que habían compartido. La forma en que su boca había consumido la suya, la sensación de su cuerpo duro contra el de ella. La longitud rígida de su excitación contra su cadera que le decía que la deseaba tanto como ella a él.

Tuvo que arrastrarse fuera de sus cavilaciones varias veces mientras se ocupaba de los asuntos prácticos de prepararse para su próximo matrimonio.

Como primera tarea, envió una breve carta al nuevo Lord Holbrook para informarle sobre el suceso y agradecerle por haberse

molestado en cuidar de ella y de Gemma. No quería que se preocupara por que las dos permanecieran en Londres después de que él se marchara de la ciudad. Cuando él respondió más tarde ese día, ella esperaba sus felicitaciones y saber que adelantaría la fecha de su partida. Sospechaba, después de todo, que solo permanecía en la ciudad para darle la oportunidad de cambiar de opinión sobre regresar a la residencia rural con él.

Lo que no esperaba era que la visitara. Estaba con ella cuando llegó el abogado de Cranston con el contrato matrimonial. También la había acompañado a consultar con su propio abogado para revisar el acuerdo antes de que ella lo firmara.

Y luego esta mañana recibió una invitación de la marquesa de Lowenbrock para unirse a ella en una salida de compras. Abigail aceptó de inmediato, por supuesto. Sería mucho más agradable visitar Bond Street con una amiga. Había ido sola, con solo una doncella como compañía, cuando llegó por primera vez a la ciudad y necesitó comprar un nuevo guardarropa que no estuviera compuesto enteramente de colores de luto.

Se preguntaba si Cranston ya le habría contado a Lord Lowenbrock sobre su próximo matrimonio y si él, a su vez, habría compartido la noticia con Amelia. No podía mantener su boda en secreto por mucho tiempo, pero sería un golpe descubrir que la estaba ocultando a sus amigos hasta el último momento posible.

Después de desayunar con su hija, dejó a Gemma en las muy capaces manos de la señorita Phillips justo cuando el carruaje de los Lowenbrock estaba disminuyendo la velocidad frente a la casa de la ciudad. Abigail salió apresuradamente de la casa para ahorrarle a Amelia el esfuerzo de tener que venir a recogerla.

Subió al carruaje de los Lowenbrock para encontrar a Amelia sonriéndole ampliamente.

—Gracias por aceptar mi invitación hoy a pesar del clima. Espero que no empiece a llover mientras estamos fuera.

Abigail observó el lujoso interior de rico cuero rojo mientras se acomodaba junto a su nueva amiga. Se recostó en los mullidos cojines del asiento y suspiró. Mientras el carruaje se adentraba en la calle, ya podía notar que sería un viaje mucho más suave que el

pequeño y modesto carruaje que había alquilado para su estancia en la ciudad.

—Fue una maravillosa sorpresa recibir noticias tuyas. Sé que dijiste que las mañanas no eran buenas para ti, y recuerdo lo difíciles que eran cuando yo estaba encinta.

Amelia hizo una mueca.

—Sí, pero afortunadamente hoy ha ido bien. Nada de náuseas en absoluto —sacudió ligeramente la cabeza como para disipar los recuerdos de mañanas desagradables—. Ya basta de hablar de asuntos tan desagradables. Planeo visitar todas mis tiendas favoritas hoy mientras aún tenga energía.

Abigail suspiró, la tensión ya abandonaba su cuerpo.

—Ha pasado tanto tiempo desde que disfruté de una salida así con una amiga. No lo he hecho desde que me casé con Holbrook.

Amelia le dio unas palmaditas en la rodilla.

—No temas, te presentaré a todas las tiendas y a todos los que necesitas conocer. Las hermanas de mi marido están sorprendentemente bien conectadas. Por supuesto, algunas de esas presentaciones tendrán que esperar hasta el comienzo de la próxima temporada, ya que muchos ya han dejado Londres —ladeó la cabeza —. ¿Hay alguna razón por la que elegiste llegar a la ciudad justo cuando la temporada estaba llegando a su fin?

Por supuesto que la marquesa no conocería los detalles de su situación. Solo otra prueba de que Cranston nunca hablaba de ella aparte de las confidencias que pudiera haber compartido con el marido de Amelia.

—Junio marcó el primer aniversario de la muerte de mi marido, así que oficialmente estuve de luto hasta entonces. Vi poco sentido en llegar antes, ya que no podría asistir a ninguno de los eventos —vaciló un momento antes de continuar—. Además, mi padre ha estado enfermo, así que lo estuve visitando esta primavera.

Y, por supuesto, su padre había pasado gran parte de ese tiempo sermoneándola sobre lo que necesitaba hacer para mantener feliz a su próximo marido. Incluso tenía una lista de hombres que él consideraba apropiados.

No debería haberse sorprendido. Ninguno de los hombres en esa lista era tan viejo como lo había sido su marido, pero todos eran casi tan viejos como su padre. Ahora que Abigail tenía cierta independencia, gracias en gran parte al heredero de su marido, nunca más dejaría que su padre dictara sus elecciones de vida.

Cuando su padre no insistió en el asunto más allá de presentarle esa lista, ella sospechó que su enfermedad debía ser más grave de lo que él quería que todos supieran. Pensó que habría dejado caer el tema de un futuro matrimonio.

Entonces su hermano le informó que su padre estaba haciendo arreglos para que Lord Gravenhurst la visitara, con la intención de ver firmado un contrato matrimonial con el barón dos veces viudo antes de su muerte. Su hermano le aconsejó a Abigail que partiera hacia Londres lo antes posible.

Ella había tenido la intención de esperar hasta el comienzo de la próxima temporada antes de reincorporarse a la sociedad, pero con el conocimiento de que su padre aún intentaba controlarla, no sintió culpa alguna al despedirse y partir. Honestamente, no se sorprendería si el hombre solo estuviera fingiendo estar enfermo en un intento de salirse con la suya. Solo esperaba que su hermano no estuviera experimentando intentos similares de forzarlo a un matrimonio elegido por su padre.

—Lamento oír eso —dijo Amelia.

Abigail sonrió agradecida y murmuró algo sobre cómo su hermano se había quedado atrás para supervisar la finca mientras su padre estaba enfermo.

Amelia exhaló un suspiro. —Bueno, ya que no lo vas a mencionar... Mi esposo me contó sobre tu próxima boda con Lord Cranston.

Abigail la miró a los ojos, esperando encontrar censura. En su lugar, solo vio curiosidad. —Fue de lo más inesperado... ¿Te contó la razón de su propuesta?

Amelia asintió. —Sí. Le dijo a mi esposo que podía compartir la información conmigo. Pero John me contó poco más allá del hecho de que Cranston es el padre de tu hija.

Abigail dejó escapar un suave suspiro. —Eso es un alivio. Temía que intentara ocultarlo. Aunque solo fuera para evitarle a mi hija los chismes que seguramente surgirán.

Amelia negó con la cabeza. —Lord Cranston es un buen hombre aunque sea algo libertino.

Abigail pasó por alto ese último comentario. Le molestaba más de lo que quisiera pensar en la muy real posibilidad de que su futuro esposo pudiera tomar una amante, o al menos continuar con sus aventuras.

—Tienen los mismos ojos. Cualquiera que los vea juntos adivinará que él es su verdadero padre.

—¿Cómo está llevando tu hija —Gemma, ¿no es así?— la noticia de tu matrimonio?

—¿Honestamente? —Dejó escapar una suave risa—. Está que no cabe en sí de la emoción.

Amelia sonrió. —Sé que Lord Cranston tiene mucha experiencia encantando al bello sexo, pero nunca imaginé que le sería tan fácil ganarse a una niña. ¿Así que es bueno con ella?

—Es increíble. —Se le hizo un nudo en la garganta y las lágrimas asomaron a sus ojos. Tuvo que respirar hondo para calmarse antes de poder continuar—. Me siento muy culpable por haberlos mantenido separados todo este tiempo.

La mirada de Amelia se suavizó. —¿Sabías que estabas embarazada cuando aceptaste casarte con tu esposo?

No pudo evitar sentir otra punzada de culpa. —Por supuesto que no. Mi padre hizo imposible que considerara la propuesta de Cranston. —Exhaló un suspiro—. Habíamos planeado fugarnos, pero mi padre se aseguró de que nunca lo hiciera. Aun así, si lo hubiera sabido, habría corrido el riesgo y huido con él a Escocia aunque eso hubiera llevado a nuestra ruina. —Se inclinó hacia adelante y tomó la mano de Amelia—. Debes creerme. Nunca me habría alineado con los planes de mi padre si hubiera sabido que ya llevaba al hijo de Gideon en mi vientre.

Amelia le apretó la mano en señal de consuelo. —Por lo que vale, te creo. Pero no soy yo la persona a la que necesitas convencer.

Abigail apretó las manos en su regazo. —No estoy segura de que eso sea posible. No tengo pruebas de las intrigas de mi padre, y cualquier cosa que diga sería vista como un débil intento de excusar mis acciones, uno que él no creerá. Ya le he dicho que no me quedó otra opción, pero no creo que me haya creído. En ausencia de pruebas concretas que demuestren lo contrario... —Negó con la cabeza—. Creo que lo mejor es que miremos hacia adelante y aprovechemos al máximo nuestras vidas juntos ahora.

Su amiga guardó silencio por un momento. Luego dijo: —Lord Cranston no cree en el amor. Pero a menos que me equivoque, creo que tú sí. Y que estás enamorada de él.

—Nunca dejé de amarlo. Y sí, sé que le causé mucho dolor. Toda esta situación con Gemma solo lo empeora. No espero que me perdone por el pasado. —Sacudió la cabeza para aclarar sus pensamientos melancólicos—. Por favor, dime que tú y tu esposo estarán presentes en la boda.

—Por supuesto. Solo me entristece que Mary no pueda estar también.

—Lady Ashford está en su viaje de bodas, y a diferencia de mi matrimonio, el suyo es por amor. Solo la entristecería ver nuestro apresurado evento.

—Bueno, tengo una confesión que hacer.

Abigail se preguntó por la sonrisa astuta en el rostro de la marquesa.

—Mary fue la primera, y ahora que tú eres la segunda, puedo decir que parece que he desarrollado el hábito de llevar a mis amigas de compras para vestidos. Creo que se está convirtiendo en una de mis tradiciones favoritas.

Abigail negó con la cabeza confundida. —Eso difícilmente es una confesión ya que ya sabía que íbamos a visitar a Madame Argent. Admito que estoy emocionada por ver el interior de su tienda. Estaba fuera de mi presupuesto cuando llegué a la ciudad por primera vez. Todavía lo está, pero tal vez encuentre algo que pueda permitirme comprar.

—Vamos de compras para ti, tontita. Te compraremos un vestido nuevo para tu boda y todo lo que puedas necesitar para tu ajuar.

Abigail pudo sentir el calor subir a su rostro. Estaría mintiendo si dijera que no había estado pensando en cómo sería el aspecto físico de su matrimonio. Solo había estado con Cranston aquella vez cuando concibieron a Gemma. Aunque la experiencia había sido agradable, el dolor había opacado un poco el placer. También había sido un encuentro apresurado ya que ambos temían ser descubiertos después de escabullirse durante el último baile de la temporada. Cranston le había asegurado que su tiempo juntos sería más placentero en el futuro ya que ya no tenía su doncellez. Pero nunca habían tenido la oportunidad de estar juntos de nuevo.

Sus encuentros con su esposo, antes de que la desterrara de su vista después de dar a luz, habían sido incluso peores que aquella primera vez con Cranston.

Pero la forma en que Cranston la había besado cuando le propuso matrimonio... Había encendido cada fibra de su ser. Un calor había surgido dentro de ella que nunca había experimentado, y lo había deseado con una desesperación que no creía que pudiera experimentar jamás.

Pero necesitaba ser práctica. —Aun así no puedo permitirme los precios de Madame Argent. Pero tal vez puedas ayudarme a encontrar algunas cosas en la tienda de otra modista.

Amelia hizo un gesto con la mano. —Tonterías. Ya le he dicho a Cranston que te llevaría a la modista hoy y que él pagaría la cuenta. —Tocó hombros con ella, ampliando su sonrisa—. Confía en mí, los dos me lo agradecerán más tarde.

CAPÍTULO TRECE

EL RESTO de la semana pasó volando en un torbellino de actividad. Pero la única constante diaria era Cranston, quien venía a pasar tiempo con Gemma. A Abigail se le llenaba el corazón de alegría al ver cómo los dos se acercaban cada vez más.

Cuando él no estaba, Gemma la acribillaba a preguntas sobre su futuro. ¿Vendría él a vivir con ellas o se mudarían a su casa? ¿Se quedarían en Londres? ¿Podrían aún adoptar uno de los gatitos de los vecinos cuando fueran lo suficientemente mayores para separarse de su madre? Y la pregunta que le rompía el corazón: ¿vivirían juntos para siempre o tendrían que vivir en casas separadas algún día?

Abigail hizo todo lo posible por asegurarle que cuando se convirtieran en una familia, permanecerían juntos. Y haría todo lo que estuviera en su poder para asegurarse de que eso sucediera. Incluso si Cranston no podía volver a amarla, ella sería todo lo que él pudiera desear en una esposa. No solo por el bien de su hija, sino también por el suyo propio. Ahora que el universo había tenido a bien darle una segunda oportunidad con este hombre, no la desperdiciaría.

Le preocupaba que el comportamiento de Cranston hacia ella siguiera siendo distante. Para su decepción, no hubo repetición del beso que habían compartido después de que ella aceptara su propuesta. Ese hecho la tenía preocupada por su noche de bodas.

No tenía mucha experiencia en las artes amatorias. Conocía lo básico, sí, pero también sabía que había más que simplemente acostarse allí y permitir que un hombre obtuviera placer de su cuerpo. Si Cranston no la guiaba sobre lo que quería de ella en el dormitorio, ¿sería capaz de evitar que él buscara su placer en otra parte?

Consideró pedirle consejo a Amelia, pero al final estaba demasiado avergonzada para abordar el tema. Simplemente tendría que ver qué pasaba primero. La marquesa ya había recalcado que era importante que usara uno de los camisones especiales que habían encargado en su viaje de compras si quería captar completamente la atención de Cranston. Las prendas habían comenzado a llegar poco después de visitar Bond Street, y se había sonrojado al pensar en su doncella guardando esos atrevidos trozos de tela. Solo esperaba que ayudaran a crear el ambiente adecuado para su noche de bodas.

La mañana de su boda con Cranston amaneció brillante y despejada, aunque un poco más fresca de lo normal para el verano. Abigail no era de las que creían en las señales, pero no pudo evitar pensar que era una metáfora apropiada para su inminente matrimonio. Lleno de promesas, pero con más que un indicio de frialdad entre ella y Cranston.

El vizconde Holbrook había insistido en enviar su carruaje a buscarla esa mañana. Agradeció al mayordomo, que les sonreía con cariño a ella y a Gemma mientras mantenía abierta la puerta de la casa de la ciudad. Hoy sería la última vez que saldría de esta casa como una mujer soltera. Ella y Gemma solo habían estado en la ciudad menos de dos meses, apenas el tiempo suficiente para encariñarse con su nuevo hogar, pero una parte de ella lo echaría de menos. Atribuyó la fuerza de esa emoción hoy a su incertidumbre sobre el futuro.

Durante una de sus visitas, Cranston le contó cómo Holbrook lo había buscado y que el heredero de su esposo incluso había amenazado con enfrentarse a él al amanecer si lastimaba a Abigail. Ella sabía que Holbrook solo se estaba esforzando por protegerlas a

ella y a Gemma porque quería compensar la forma en que su tío abuelo las había descuidado.

Pero no podía negar que escuchar la molestia en su tono cuando Cranston le relató los detalles de esa discusión le dio un atisbo de esperanza sobre el futuro. Se aferró al recuerdo del destello de lo que esperaba fuera celos que había visto en sus ojos ese día, diciéndose a sí misma que era prueba de que sus sentimientos por ella quizás no estuvieran muertos después de todo.

Subió al carruaje después de Gemma, y fueron seguidas por la señorita Phillips. La institutriz de Gemma estaba encargada de cuidar de su hija durante la ceremonia, y Abigail no vio ningún sentido en enviarla en otro carruaje.

Gemma rebotaba en el asiento a su lado. La señorita Phillips abrió la boca para amonestar a su pupila sobre contener su exuberancia, pero Abigail sonrió a la mujer mayor y negó con la cabeza.

—Quizás sea mejor permitirle gastar algo de su energía excesiva ahora, antes de que lleguemos a la capilla. —Miró a Gemma—. Donde *no* estarás rebotando en tu asiento.

—No, mamá —dijo Gemma antes de rodear la cintura de Abigail con sus cortos brazos.

Depositó un beso en la cabeza de Gemma, con cuidado de no despeinar el artístico arreglo de rizos oscuros. El cabello de Gemma tenía una ondulación natural, por lo que no había llevado mucho tiempo crear el peinado. Gemma no habría tenido la paciencia para quedarse quieta si eso no fuera cierto.

Gemma se veía particularmente encantadora ese día, su color contrastando con su vestido blanco. El propio vestido de Abigail era de un color dorado pálido, solo ligeramente más oscuro que su cabello claro, que también estaba recogido en rizos que habían requerido mucho más esfuerzo para crear. El cabello de Abigail normalmente era liso, y odiaba cuánto tiempo tomaba con las tenacillas calientes para rizarlo, pero había soportado la prueba porque quería verse lo mejor posible hoy.

Su mano subió para tocar la doble hilera de perlas en su garganta. Se había sorprendido cuando un envío de Cranston había

llegado temprano esa mañana. Sus manos habían temblado cuando abrió el pequeño paquete elaboradamente envuelto, coronado con cintas blancas, para encontrar el collar anidado dentro sobre un lecho de seda oscura junto con un par de delicados pendientes de perlas.

Mientras acariciaba las pequeñas cuentas, no pudo evitar preguntarse si él había enviado las joyas como un gesto de su disposición a dar a su matrimonio una oportunidad real o si las había enviado porque odiaba la idea de que ella llevara joyas que su difunto esposo le hubiera dado. Él no podía haber sabido que ella no poseía tales joyas.

Cualquiera que fuera su verdadera motivación, ella decidió tomarlo como una señal de que su unión sería feliz. Hoy comenzaría su vida de nuevo, y finalmente estaba en el camino que debería haber tomado todos esos años atrás.

Fue un corto viaje a la capilla, y pronto el carruaje estaba reduciendo la velocidad para detenerse. Abigail tomó una profunda respiración, esperando... algo. Mariposas en el estómago, la sensación de que su corazón comenzaba a acelerarse. En su lugar, se llenó de una certeza profunda de que había tomado la decisión correcta al aceptar la propuesta de Cranston.

Se giró ligeramente en el asiento del carruaje y abrazó fuertemente a Gemma. —Te amo —dijo, permitiendo que el abrazo durara un poco más de lo normal. Después de hoy, ya no serían solo ellas dos. El padre de Gemma ahora tendría un papel activo en su vida.

Finalmente se apartó y sonrió a su hija. —Asegúrate de obedecer a la señorita Phillips. —Observó cómo el par bajaba del carruaje con la ayuda de un lacayo.

—¡Te amo, mamá! —Las palabras de su hija flotaron de vuelta al carruaje mientras las dos se dirigían a la capilla.

Holbrook reemplazó al lacayo en la puerta del carruaje y le tendió una mano. —¿Está lista?

Ella asintió, su sensación de certeza persistía mientras tomaba su mano y le permitía ayudarla a bajar.

Él la había sorprendido cuando se ofreció a acompañarla por el pasillo. Una vez más, estaría eternamente agradecida por su muestra de apoyo. Si su padre hubiera estado lo suficientemente bien para viajar a Londres, probablemente habría boicoteado esta boda. Ya no podía forzar su mano, pero eso no significaba que apoyaría o respetaría sus deseos. Aun así, deseaba que su hermano pudiera haber estado aquí.

Esta sería una boda pequeña y privada. Aparte de Holbrook, Gemma y la señorita Phillips, los únicos otros invitados eran el Marqués de Lowenbrock y su esposa. Amelia estaría con ella mientras que el marqués actuaría como padrino de Cranston.

Miró a Holbrook. —¿Está todo listo?

Él asintió. —Envié al lacayo adentro para informarles que su carruaje ha llegado. Deberían estar listos para usted.

Por la forma en que escudriñaba su rostro, adivinó que estaba buscando algún signo de duda de su parte. Era extraño que este hombre, a quien había conocido por menos de un año, se preocupara más por sus sentimientos de lo que su propio padre había mostrado cuando la obligó a casarse con el hombre de su elección.

Le sonrió. —Entonces no deberíamos hacerlos esperar.

Colocó su mano en el hueco de su brazo y juntos entraron al vestíbulo de la capilla. Como le había dicho, ya la estaban esperando. El lacayo que había acompañado al carruaje mantenía abierta la puerta interior.

A diferencia de su primer matrimonio, solo sentía una sensación de anticipación. Finalmente estaba obteniendo lo que había deseado todos esos años atrás cuando Cranston la cortejaba. Solo podía esperar que no fuera demasiado tarde.

Mientras avanzaban por el corto pasillo, su mirada permaneció fija en Cranston. Gideon. No podía haber otro hombre para ella, e hizo un voto silencioso de aprovechar al máximo esta segunda oportunidad. Él solo se casaba con ella por Gemma, pero haría todo lo que estuviera en su poder para hacerlo feliz. Cranston tal vez nunca volvería a amarla, pero sería suficiente si estaba contento en

su matrimonio. Ella lo amaba lo suficiente por los dos, y haría que esto funcionara.

Cuando llegó al frente de la capilla, Holbrook la entregó. Antes de volverse hacia el clérigo, se tomó un momento para examinar el rostro de Cranston. Pero él mantuvo sus rasgos cuidadosamente neutrales, y era imposible descifrar lo que estaba pensando o sintiendo.

Cuando repitió sus votos y colocó el anillo en su dedo, finalmente detectó un indicio de emoción. Fue fugaz, y si hubiera parpadeado en ese momento, lo habría perdido, pero fue suficiente para ella. Porque esa mirada le dijo que él también estaba recordando su pasado. Estaba pensando en la boda que deberían haber tenido hace mucho tiempo.

Cuando el servicio terminó y firmaron el registro, él tomó su brazo y comenzaron su camino de vuelta por el pasillo.

Ella se inclinó hacia él, y él bajó la cabeza para escuchar sus palabras susurradas. —No te arrepentirás de esto.

Sus ojos se encontraron durante varios segundos antes de que él apartara la mirada. No dijo nada mientras salían de la capilla.

CAPÍTULO CATORCE

NO TE ARREPENTIRÁS DE ESTO.

Esas fueron las primeras palabras que ella le había dicho después de que oficialmente se convirtieran en marido y mujer, y él no estaba seguro de creerlas. Quería hacerlo, pero una parte de él odiaba el hecho de que las circunstancias y su pasado compartido hubieran conspirado para forzarlo a este matrimonio.

Pero lo haría de nuevo para formar parte de la vida de su hija.

Era intensamente consciente de la presencia de Abigail en los confines de su carruaje. Intentaba no pensar en el beso que habían compartido y en cuánto deseaba arrastrarla a su regazo y comenzar con las celebraciones de la noche de bodas.

Parecía un ángel con su cabello rubio y su vestido dorado, y él no deseaba nada más que corromperla. Arruinarla para cualquier otro hombre.

En su lugar, contuvo su lengua mientras el carruaje los llevaba a su casa de la ciudad, donde se celebraría un breve desayuno de bodas. Había considerado omitir la práctica por completo, ya que el suyo difícilmente era un matrimonio típico, pero quería ver a Gemma hoy. Ella se iría a casa con su institutriz después y se mudaría a su casa mañana. Así que si quería pasar algo de tiempo con ella hoy —y se había propuesto verla todos los días desde su presentación— necesitaba invitar a sus invitados de boda de vuelta a la casa.

También había asuntos que necesitaba discutir con Abigail, pero eso tendría que esperar. No podía iniciar la conversación durante el viaje en carruaje, y apenas habían llegado a su casa cuando la gente comenzó a salir de sus propios carruajes.

Allí estaba su amigo John y su esposa, por supuesto. Sabía que Abigail se había acercado a la Marquesa de Lowenbrock en el corto tiempo que se conocían.

No hace mucho tiempo, habría asumido que la esposa de John estaba tratando de castigarlo de alguna manera, asegurándose de que su vida fuera lo más incómoda posible. Pero de alguna manera se había ablandado recientemente porque honestamente no creía que Amelia tuviera en ella actuar con tal malicia.

Y ese hecho le preocupaba. Su vida estaba fuera de control. Empezaba a cuestionar creencias arraigadas de que no se podía confiar en todos los miembros del sexo opuesto. Que podían hacerte pensar que estaban profundamente enamoradas de ti y luego girarse de repente y descartarte con una crueldad casual.

Había pensado que de alguna manera John había logrado encontrar a la única mujer honesta que se podía encontrar, y dada la disposición del hombre para rescatar a doncellas en apuros, consideraba a su amigo afortunado de no haber caído en la trampa de alguien que lo manipularía para su propio beneficio.

Pero entonces Ashford se había casado con Mary Trenton. Le agradaba bastante la mujer, la había encontrado inteligente y sensata. Aun así, le había preocupado que su amigo se dirigiera hacia su propio corazón roto cuando estaban cortejando.

Eso no había sucedido. En su lugar, los dos parecían genuinamente preocuparse y, se atrevía a admitirlo, amarse mutuamente. Y si la señorita Trenton —o más bien, la Vizcondesa Ashford ahora— tenía algún motivo nefasto, él no había visto señal de ello.

Y ahora estaba Abigail. El Conde de Brantford había logrado desenterrar cosas sobre el pasado que Cranston no conocía. Habían salido a la luz circunstancias que le hacían cuestionar todo. Necesitaba hablar con la mujer que ahora era su esposa, y le

picaban las manos por enviar a todos lejos para poder hacerlo ahora.

Se encontró mirando hacia ella una y otra vez mientras el pequeño grupo de personas que habían estado con ellos en la capilla charlaba y reía junto. Aparte de los Lowenbrock, solo estaban Gemma, la señorita Phillips y el infernal Lord Holbrook, que parecía empeñado en poner a prueba la paciencia de Cranston.

Cranston odiaba cómo sentía la necesidad de vigilar más de cerca a Abigail cuando hablaba con Holbrook, pero no podía detectar señales de una relación entre ellos más allá de la amistad y el respeto mutuo.

Gemma revoloteó del lado de su madre al suyo y tiró de su brazo. Él se agachó junto a ella.

Ella se acercó y le susurró al oído. —¿Cuándo puedo empezar a llamarte Papá?

Él le tocó la nariz con un dedo, sonriendo ante la petición. —Puedes empezar ahora si quieres. Pero solo si te sientes cómoda haciéndolo. No quiero que lo hagas porque sientas que debes.

Su expresión era seria mientras consideraba sus palabras. —Creo que estoy lista... Papá.

Oh sí, su amigo había tenido razón. Esta niña ya lo tenía completamente envuelto alrededor de su pequeño dedo.

—¿Qué está pasando aquí?

Ambos miraron hacia arriba donde Abigail estaba de pie, sonriéndoles. Se veía exquisita, y la felicidad que irradiaba le daba a su belleza una calidad etérea.

Gemma se apoyó en su hombro. —Solo estaba hablando con Papá.

Él observó a Abigail de cerca, estudiando su reacción ante la disposición casual de Gemma de compartir su relación con el mundo.

Abigail puso una mano en cada uno de sus hombros. —Me alegra tanto ver a mis dos personas favoritas en el mundo conociéndose mejor. Tendremos más tiempo para hacer eso a partir de mañana. Pero por ahora, nuestros invitados están esperando que los precedamos al comedor.

Cranston se puso de pie. Ofreció un brazo a su esposa, quien metió su mano en su codo, y tomó la mano de su hija. El corazón que había pensado permanentemente endurecido estaba empezando a desarrollar algunas grietas, y esa revelación lo aterrorizaba.

ERA UNA PEQUEÑA REUNIÓN, a la que solo asistieron aquellos que habían estado en la capilla. Nada que ver con el desayuno de bodas celebrado después de la boda del Vizconde Ashford. Abigail hizo todo lo posible por centrar su atención en Gemma y en sus invitados y no pensar en la noche que les esperaba.

Cranston se esforzó por pasar tiempo con cada uno de sus invitados. Abigail era consciente de lo diferente que se comportaba con ellos. Con Gemma era dulce y paciente. Con Lowenbrock y Amelia, estaba claro que estaban en términos amistosos porque era más abierto, sin rastro de reserva en su comportamiento. Y cuando hablaba con la institutriz de Gemma, ella podía ver que la mujer mayor también había caído bajo su hechizo.

Se mostraba educado y reservado cuando hablaba con Lord Holbrook... y con ella. Se preguntaba si los demás podían notarlo, pero si lo hacían, eran lo suficientemente corteses como para fingir no darse cuenta.

Después de que terminó la comida, Holbrook se despidió. Amelia y Lord Lowenbrock anunciaron sus planes de partir también.

Amelia la llevó aparte. —Sé que esto es difícil para ustedes dos, pero confío en que las cosas se resolverán al final.

Abigail intentó no hacer una mueca. —Me aferro a esa esperanza.

Amelia la abrazó fuertemente, susurrándole al oído: —No olvides ponerte uno de esos camisones especiales más tarde esta noche.

No pudo contener el rubor que le subió a las mejillas al pensar en los escandalosos retazos de tela que la modista de Amelia había diseñado para ella. Su ajuar ya había sido entregado en la casa, así que Abigail sabía que la estaban esperando en su nueva alcoba.

Su sonrojo permaneció mientras se despedía de Amelia y su esposo.

Finalmente llegó el momento de abrazar a Gemma y asegurarle a su hija que vendría a quedarse aquí mañana. Gemma no entendía por qué tenía que esperar un día más, pero afortunadamente la señorita Phillips intervino para decirle que aún tenían que visitar a los gatitos de los vecinos hoy. Ya casi tenían la edad suficiente para dejar a su madre, y Gemma aún no había elegido cuál quería adoptar.

El recordatorio adicional de que su muñeca favorita también la esperaba en su casa actual y podría quedarse olvidada si Gemma no la traía con ellas mañana fue suficiente para convencerla de que era mejor esperar un día más.

Abigail se apartó y observó a Cranston abrazar a su hija, diciéndole que esperaba con ansias que viniera a vivir con él.

Había dispuesto que dos fornidos lacayos acompañaran al carruaje en su regreso. Hace un mes no sabía que Gemma existía, pero ahora parecía odiar la idea de que estuviera sin sus padres incluso por una noche.

Permaneció en los escalones de la entrada mientras el carruaje se alejaba, luego sacudió la cabeza. —Debí haberle pedido a Lowenbrock y a su esposa que la cuidaran esta noche. Sé que no les habría importado. Tal vez pueda enviar un mensaje para que vayan a buscarla más tarde...

Abigail tiró de su brazo y lo apartó de donde estaba parado, observando cómo el carruaje desaparecía de vista.

—Gemma estará bien —dijo mientras el mayordomo cerraba la puerta detrás de ellos—. El personal la adora, y su institutriz duerme en la habitación contigua a la suya. La escuchará si tiene una pesadilla.

Cranston frunció el ceño mientras la seguía hasta el ahora vacío salón. —¿Tiene pesadillas?

Abigail se encogió de hombros. —En ocasiones, pero no son frecuentes. Estoy segura de que lo único que la mantendrá despierta esta noche será su emoción por venir a vivir contigo.

Él la miró fijamente, su mirada penetrando en su alma. Finalmente, inclinó la cabeza hacia un lado y bajó la voz. —¿Y tú?

Su mano revoloteó hacia su pecho. —¿Qué hay de mí?

Él dio un paso más cerca. —¿Estás emocionada por venir a vivir conmigo?

Ella quería desesperadamente decir que sí, pero la incertidumbre se apoderó de ella. Así que, en su lugar, dio un paso atrás.

—Estoy feliz de estar aquí, sí. Pero... —Sacudió la cabeza, sintiéndose más que un poco tonta—. No sé cómo proceder.

Él arqueó una ceja y ella se sonrojó. —No me refiero a *eso*. Lo que quiero decir es que no estoy segura de qué quieres que haga. Supongo que querrás que supervise la administración de la casa. ¿Debería reunirme con el ama de llaves ahora? Ella conocerá tus preferencias, y no planeo cambiar nada...

Su boca se cerró de golpe cuando él soltó una risa impaciente.

—Tal vez deberías sentarte y tomar aire. La casa no caerá en el caos si no tomas el control en este mismo instante. Y hay otras cosas que necesitamos discutir.

Ella asintió y se movió hacia el mullido sofá cubierto de terciopelo verde oscuro, donde se acomodó en el borde del asiento. Hace mucho tiempo había soñado con estar en esta casa como la esposa de Gideon. No debería sentirse nerviosa ahora que finalmente había sucedido.

Esperó a que él hablara, contenta de permitirle liderar esta discusión.

Él se acomodó en un sillón a juego. —He tenido tiempo para pensar desde que volviste a entrar en mi vida y la pusiste patas arriba.

Ella cerró los ojos brevemente. No podía negar que su descripción de su reencuentro era precisa, pero su motivación no había sido calculada. Solo había querido corregir un error. —Yo...

Él levantó una mano y ella se detuvo. —No estaba haciendo una acusación. Simplemente estaba declarando la verdad.

Se reclinó en el sillón y ella esperó, con los nervios en tensión.

—Poco después de entrar al servicio militar, recibí una carta de mi madre. Estaba muy angustiada porque la suerte de mi padre

había cambiado en las mesas de juego.

Ella se quedó inmóvil. ¿Qué sabía él? Siempre había asumido que desconocía el alcance de las pérdidas de juego de su padre esa primavera.

—Me dijo que iban a perder esta casa de la ciudad. Que él la había perdido en el juego. Pero aparentemente eso nunca llegó a suceder. Envió otra carta poco después para decirme que todo se había solucionado.

Juntó las puntas de los dedos, sus ojos penetrando en ella. Ella intentó no estremecerse bajo esa mirada fija.

—En ese momento pensé que ella había malinterpretado la situación. O que había exagerado y pintado las circunstancias como desesperadas para convencerme de que renunciara a mi comisión y regresara a casa. A mi padre le gustaba apostar, pero siempre sabía cuándo parar.

Ella se humedeció los labios. —Me alegra oír eso. Y claramente, ya que ahora estás en posesión de esta casa, eso nunca sucedió.

No dejó pasar el tema. —He estado investigando el asunto esta última semana. Cuando regresé a Inglaterra, juré dejar el pasado atrás y pensar solo en el presente. Pero descubrir que era padre lo cambió todo. Necesitaba saber la verdad detrás de lo que ocurrió hace tantos años. Con mi familia y contigo.

Su corazón comenzaba a acelerarse. —Podrías habérmelo preguntado.

—Es cierto. Pero ambos sabemos que no habría creído nada de lo que me dijeras. Ya me has mentido tan bien en el pasado, solo que no podía estar seguro sobre qué. ¿Mentías cuando me decías que me amabas y que querías pasar el resto de tu vida conmigo? ¿O mentías cuando dijiste que, como alguien que solo llegaría a ser un simple barón, no era lo suficientemente bueno para casarme contigo?

Sus palabras la apuñalaron como una daga en el corazón porque eran ciertas. Le había mentido. —Nunca mentí sobre amarte.

Él permaneció en silencio por casi un minuto completo, y ella temió que su corazón estallara fuera de su pecho. Finalmente, asintió. —Te creo.

Sus palabras deberían haberle traído felicidad, pero su tono era plano. Sus peores temores se habían hecho realidad. Que incluso si él sabía —y creía— la verdad, ya no importaría.

—Pero eso no cambia nada.

—No puedo pasar por eso de nuevo, Abigail. Ya me has destrozado el corazón una vez. No te lo entregaré de nuevo. No, eso no es cierto. *No puedo* entregártelo. Esa parte de mí murió la noche que te perdí.

Se había dicho a sí misma que nada de lo que dijera o hiciera cambiaría la forma en que Cranston la miraba ahora. Pero en realidad, nada podía prepararla para el dolor que la atravesaba con sus palabras. De nuevo. Lo había perdido hace todos esos años, sí, pero ella también lo había perdido a él. Y ahora estaba perdiendo lo último de su esperanza.

Se enderezó. *No*, pensó. No podía rendirse. No lo haría. Cranston estaba aquí, y ella había visto cómo era con Gemma. La amaba y no tenía reparos en mostrarlo al mundo, lo que significaba que su corazón no estaba tan endurecido como él quería hacerle creer. Tal vez pensaba que sus palabras eran ciertas, pero ya estaban en este camino, y ella necesitaba verlo hasta el final.

—¿Me creerás si te explico lo que pasó hace todos esos años?

Él consideró sus palabras. Finalmente, levantó un hombro. —Estoy dispuesto a escuchar.

Ella asintió y tomó un profundo respiro. —Padre sabía de mi cariño por ti. Lo que te dije esa noche —sobre cómo alguien que algún día sería barón estaba muy por debajo de la hija de un conde... —Negó con la cabeza—. Esas fueron sus palabras, no las mías.

Él permaneció en silencio, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Ella continuó. —Se esforzó por asegurarse de que me casara con alguien más. Creo que tenía su corazón puesto en que capturara la atención de un duque o un marqués. Cuando eso no sucedió, decidió que un vizconde adinerado sería suficiente.

—¿No le importaba que el hombre que eligió para su hija fuera mayor que él?

—Aparentemente no. Cuando protesté, me dijo que era probable que pronto fuera viuda. En cualquier caso, vino a mí y me dijo que se había enterado de las deudas de juego de tu padre. Me dijo que había tenido éxito en recolectarlas. Que individualmente no sumaban mucho, pero cuando se juntaban y las tenía una sola persona... —Se estremeció al recordar el júbilo que su padre había mostrado—. Me dijo que tu padre estaba a punto de perderlo todo. Que si continuaba entreteniendo tu cortejo, él iría a ver a tu padre y exigiría el pago inmediato de todas las notas.

—No creo que sumaran tanto, Abigail. En ocasiones había perdido más de lo que debía, pero nunca tanto como para arruinarse. No era tan imprudente.

Ella cerró los ojos brevemente, la agonía apuñalándola de nuevo por todo lo que había perdido debido a las mentiras de su padre. —No lo sabía. No podía saberlo. Por la forma en que lo describió, temí que te quedaras sin nada. No podía ser la razón por la que tu familia lo perdiera todo.

—Así que insistió en que terminaras las cosas entre nosotros y aceptaras el cortejo de Holbrook en su lugar.

—Sí. Me dijo que destruiría las notas si seguía sus deseos.

—No había garantía de que lo hiciera. Si mi padre había perdido más de lo prudente, era posible que tu padre aún exigiera el pago de la deuda después de que te casaras.

Ella dejó escapar un suave suspiro. —Lo sé. Mi padre puede ser un hombre vengativo cuando se le frustra. Habría disfrutado quitándole a tu familia todo lo que pudiera. Pero el día de mi boda, lo confronté al respecto. Amenacé con romper el compromiso con Holbrook —hacerlo en la catedral si era necesario, frente a todos nuestros conocidos. Exigí que quemara las notas que me había mostrado. Esperé y lo vi hacerlo. Supe que había hecho lo correcto cuando se negó a hablarme el resto del día.

Cranston permaneció en silencio por un minuto completo.

Sus hombros se hundieron. —No me crees.

Él negó con la cabeza. —Al contrario, sí te creo. Por todo lo que he aprendido recientemente, tu historia no me sorprende.

Ella trató de contener las lágrimas. —Quizás podamos empezar de nuevo...

—No puedo, Abigail. Podemos continuar como marido y mujer y estar ahí para Gemma. Tal vez darle hermanos si somos tan bendecidos. Pero la vida que ambos habíamos previsto tener juntos... —Se encogió de hombros—. Ya no soy ese hombre.

CAPÍTULO QUINCE

DEJÓ A ABIGAIL EN EL SALÓN, diciéndole que le pediría a la ama de llaves que le diera un recorrido por la casa.

Y después de pedirle a su mayordomo que transmitiera ese mensaje, escapó a su estudio.

Su conversación lo dejó sintiéndose inquieto. Estaba firme en el conocimiento de que nunca más arriesgaría el dolor de un corazón roto, pero sentía un innegable alivio al saber que su juicio sobre Abigail hace todos esos años no había sido totalmente erróneo.

Suponía que ambos habían sufrido. Ella en un matrimonio sin amor y luego desterrada al campo donde no conocía a nadie, y él cuando ingresó al servicio militar.

Tendría que proceder con cautela. Ya no podía culparla por el daño que se les había hecho a ambos, pero tampoco podía permitirle acercarse demasiado.

Por eso permaneció en su estudio, distrayéndose al revisar los informes que su administrador le había enviado, hasta que fue hora de cenar.

Cuando no la encontró en el salón ni en ninguna de las habitaciones de la planta principal, le pidió a su mayordomo que le informara que estaba listo para cenar.

El hombre tosió discretamente. —Lady Cranston hizo arreglos para que le llevaran la cena a su habitación.

Cranston frunció el ceño. —¿Entonces no me acompañará? —No había previsto que ella también pudiera haber decidido que era mejor evitarlo. Pero seguramente no pretendía esconderse en su alcoba para siempre.

—No, mi señor. Me pidió que le informara que debería unírsele allí.

Una emoción de anticipación lo recorrió. Independientemente de lo que se pudiera decir sobre su relación, deseaba mucho que fuera física. Y parecía que Abigail pensaba lo mismo.

Agradeció al hombre y se dirigió a la alcoba de ella. Cuando llamó, ella le indicó que entrara.

El sol apenas comenzaba a ponerse y ya se habían encendido velas. Muchas de ellas, dando a la habitación un brillo cálido y acogedor. No había estado en esta habitación desde que tomó residencia el año pasado. En ese momento razonó que era porque no tenía interés en casarse pronto. Pero ahora se daba cuenta de que era porque una parte de él lamentaba el hecho de que esta habitación nunca pertenecería a Abigail.

Su mirada se dirigió a la pequeña mesa que se había instalado en una esquina. Platos cubiertos estaban sobre su superficie, así como sobre el tocador.

Ella se había esforzado mucho para hacer que su primera noche juntos fuera especial. Mucho más esfuerzo del que él había logrado, y una oleada de vergüenza lo recorrió al darse cuenta de que no era digno de esta mujer que había sacrificado su propia felicidad para asegurarse de que su familia no se arruinara.

Sus ojos recorrieron la habitación, y entonces la vio de pie en la entrada de su vestidor.

Vestida solo con un camisón blanco que se aferraba a las curvas de su cuerpo.

Tragó saliva con dificultad cuando ella comenzó a caminar hacia él y se dio cuenta de que se había hecho un gran corte a lo largo de la costura lateral de la falda, llegando casi hasta su cadera. Toda su pierna quedaba al descubierto con cada paso que daba.

—No estaba segura de que te unirías a mí esta noche. —Su voz era suave, ronca, y podía notar que ella esperaba su noche juntos

tanto como él.

Quería arrojarla sobre la cama y devorarla, pero sería más placentero si prolongaban la anticipación de lo que sucedería esta noche. Y si era honesto consigo mismo, necesitaba obtener cierto control sobre la lujuria que ardía en su cuerpo.

—Como te dije cuando te propuse matrimonio, no tendría sentido tener una esposa a la que nunca pretendiera tocar.

Su sonrisa le dijo que estaba complacida con su respuesta.

Le ofreció su silla, con los ojos fijos en la hendidura de su tentador camisón. No fue hasta que ella se sentó que su mirada subió por su cuerpo y se dio cuenta de que la parte superior del vestido era tan transparente que casi podía ver a través de ella. La presión de sus pezones endurecidos contra la tela era inconfundible.

Oh sí, ella estaba tan excitada como él. No pudo evitar preguntarse si se había tocado mientras esperaba que él llegara.

Y con ese pensamiento errante, su erección se volvió casi dolorosa.

Bajó la cabeza y habló en voz baja en su oído. —Voy a disfrutar arrancando ese infernal trozo de tela de tu cuerpo. —Un escalofrío la recorrió, y vio cómo se le ponía la piel de gallina en los brazos desnudos.

Bien. Ambos podían estar sufriendo ahora mismo. Haría su placer aún más dulce.

Tomó la silla opuesta. La mesa era lo suficientemente pequeña como para que pudiera extender la mano y tomar la de ella si quisiera. En su lugar, la observó quitar la tapa de su plato, y luego hizo lo mismo.

Ella sirvió una copa de vino para cada uno. —Tu ama de llaves me aseguró que esta era una de tus comidas favoritas.

Ni siquiera había mirado su plato, pero ahora vio que comerían faisán asado. Su mirada se dirigió a los otros platos en el tocador. —¿Y de postre?

—Aún tenemos pastel de boda... o a mí.

Gruñó antes de darse cuenta de que había hecho el sonido.

Ella abrió los ojos fingiendo inocencia, y él juró hacerla suplicar antes de que terminara la noche.

Hablaron poco mientras comían. Él luchó por no engullir la comida para poder pasar a cosas más placenteras. Pero lo único que lo mantuvo decidido a prolongar la comida tanto como fuera posible fue la forma en que ella seguía moviéndose en su silla, diciéndole que estaba sufriendo tanto como él.

Ella apartó su plato cuando solo estaba medio vacío y terminó el resto de su vino.

Él levantó una ceja y giró su propia bebida en la copa. No se emborracharía esta noche. —¿La comida no es de tu agrado?

Ella se humedeció los labios. —Estaba pensando que disfrutaría algo más en su lugar.

—¿Debo traer el pastel?

Ella se mordió el labio y negó con la cabeza.

Y así, sin más, abandonó toda pretensión. Se bebió el resto del vino y se puso de pie.

Le extendió la mano. Cuando ella puso la suya, más pequeña, en la de él, la levantó.

—Si quieres parar en cualquier momento...

Ella le puso un dedo en los labios.

—No querré parar. He estado soñando con esto, soñando contigo, durante tanto tiempo.

Él la estrechó contra sí, tomándose un momento para disfrutar de cómo sus suaves curvas se amoldaban a los duros planos de su pecho. Luego, como por un acuerdo silencioso, sus bocas se encontraron en un beso que hablaba de pasiones largamente reprimidas.

Había estado con muchas mujeres, pero ninguna podía compararse con la que tenía en sus brazos. Apartó el significado de esa revelación y se entregó a la sensación.

Los dedos de ella se hundieron en su pelo como si temiera que fuera a desaparecer. Cuando él le acarició el trasero y la levantó contra su dura longitud, ella emitió un suave sonido de calor y le rodeó la cintura con las piernas. Nunca se había alegrado tanto de esa larga abertura que lo había atormentado durante toda la cena.

La llevó a la cama, pero se giró para sentarse con ella en su regazo. Los movimientos de ella contra él se aceleraron, y se dio

cuenta de que iba a alcanzar el clímax.

Apartó su boca de la de ella y enterró el rostro en su cuello para que no viera cómo apretaba los dientes en el esfuerzo por evitar derramarse en sus pantalones.

Finalmente, ella dejó escapar un gemido bajo y arqueó la espalda mientras todo su cuerpo se tensaba. Luego se relajó contra él y él la apartó de su dolorosa dureza.

Le metió la mano en el pelo y soltó las horquillas, enviándolas al suelo para poder hundir los dedos en la masa de cabello rubio. No había podido tocarle el pelo la única vez que habían estado juntos, ya que ambos habían tenido que volver al baile del que se habían escabullido. Pero había soñado con cómo se sentiría fluyendo sobre su cuerpo.

Finalmente, cuando su respiración se calmó, ella se echó hacia atrás para mirarlo. Su labio inferior estaba atrapado entre sus dientes, y el color rojo teñía sus mejillas.

Él le acunó el rostro y pasó el pulgar por su labio inferior, liberándolo.

—No debe haber vergüenza aquí, cuando estamos solos así.

Cuando ella asintió, él aflojó su agarre sobre su cuerpo.

—Bien. Ahora ponte de pie y sal de ese maldito camisón.

Ella soltó una suave risa.

—Creí que querías arrancármelo.

—He cambiado de opinión. Espero verte con esto, y sin él, a menudo.

No pudo resistirse a sopesar uno de sus pesados senos en su mano y juguetear con el pezón.

Ella jadeó ante su atrevimiento, pero luego se escabulló de su regazo. Él estaba a punto de protestar cuando ella se dio la vuelta, pero entonces su boca se abrió de par en par al ver que toda la espalda, desde los hombros hasta justo encima de la curva de las caderas, estaba hecha de un material transparente que *sí* era translúcido. Había estado tan distraído por la abertura en su falda que mostraba su pierna que ni siquiera le había mirado la espalda cuando la ayudó a sentarse antes.

—Me alegro infinitamente de haber decidido no destruir este atuendo.

Ella se rió.

—Amelia me llevó a su modista y le dio carta blanca para crear cualquier diseño licencioso que pudiera imaginar. No fui lo suficientemente valiente como para ponerme uno de los otros.

Tendría que asegurarse de que John agradeciera a su esposa. Pero por ahora observó cómo Abigail deshacía un cierre en la parte superior de la prenda antes de dejar que se acumulara a sus pies.

Sus ojos recorrieron su figura, desde su largo cabello rubio hasta su estrecha cintura, la curva de sus caderas y sus largas piernas.

Cuando ella salió del montón de tela y se volvió para mirarlo de nuevo, tenía los brazos cruzados sobre los senos. Él permitió que sus ojos recorrieran su cuerpo, luego se estiró para bajarle los brazos a los costados.

Sus senos eran más grandes ahora, las puntas más oscuras, y se preguntó si el cambio había sido causado por llevar a su hijo. La atrajo hacia sí y ella vino de buena gana, deteniéndose entre sus piernas extendidas. Él seguía sentado en el borde de la cama, lo que lo ponía a la altura perfecta para llevarse un seno a la boca.

Ella jadeó mientras él se dedicaba a saborear su postre favorito.

CAPÍTULO DIECISÉIS

ERA CASI imposible creer que no estaba soñando. Que no se había quedado dormida mientras esperaba a que Cranston se uniera a ella para cenar. Pero su imaginación no era tan buena, y nunca podría haber conjurado todas estas gloriosas sensaciones en su mente.

La noche que concibió a Gemma, era joven e inocente. Cranston le había dado placer, sí, pero también había habido dolor. Él le había prometido que la próxima vez que estuvieran juntos solo habría placer. Pero ese día nunca había llegado.

En cambio, se había casado con un anciano que solo pensaba en sí mismo durante sus breves encuentros. Lo cual había sido un alivio porque significaba que eran de corta duración. Él se desahogaba dentro de ella y luego salía por la puerta de conexión a su propia alcoba. A menudo sin decirle una palabra.

Esas visitas habían continuado durante su embarazo, pero una vez que dio a luz, él la había enviado lejos. Nadie la había tocado desde entonces. Eso le había convenido bien porque solo había deseado a este hombre.

La espera había valido la pena.

Se había sentido mortificada por cómo lo había usado para su propio placer y había temido a medias que él se burlara de ella por ello. Quizás usara su necesidad en su contra. Pero al menos aquí, en la alcoba, Cranston era generoso con ella.

Su suave succión en sus pechos trajo de vuelta el dolor entre sus piernas. No había pensado que fuera posible desearlo de nuevo tan pronto después de alcanzar su liberación. Había planeado pasar el resto de su noche de bodas, asegurándose de que él también encontrara su placer, pero parecía que su cuerpo aún no había terminado con este hombre.

Miró hacia abajo para encontrarlo observándola mientras soltaba su pecho.

—Creo que llevas demasiada ropa, mi señor.

Él sonreía mientras se ponía de pie. —Por supuesto, permíteme remediar la situación.

Pasó su mano sobre la cama y ella aceptó la invitación para acostarse. Anhelaba meterse bajo las sábanas, su valentía ya al límite después de quitarse el camisón. Amelia le había asegurado que a los hombres les gustaba ver a las mujeres desvestirse y la había instado a dejar de lado sus reservas. Aun así, al menos ahora que estaba reclinada, podía levantar las rodillas para cubrir sus partes íntimas, y cubrió sus pechos con un brazo.

Los labios de Cranston se curvaron hacia arriba cuando vio sus tardíos intentos de modestia, pero no se burló de ellos. En cambio, procedió a quitarse la ropa.

Cuando se quedó solo con su camisa de lino, que le colgaba hasta la mitad del muslo, se mordió el labio, preguntándose si también se la quitaría. Nunca había visto a un hombre completamente desnudo antes. Su única vez con Cranston había sido una celebración apresurada cuando había aceptado su propuesta de matrimonio, y su difunto esposo siempre había usado un camisón cuando estaban juntos.

Cranston la miró a los ojos durante varios segundos y luego, con un movimiento rápido, se quitó la camisa por la cabeza. Se mantuvo orgulloso, sin ningún indicio de vergüenza en su rostro, y ciertamente podía ver por qué.

Era más hermoso de lo que cualquier hombre tenía derecho a ser. Cuando era más joven, no había sido tan ancho de hombros, y ahora podía ver que era porque había ganado bastante músculo durante su tiempo de servicio militar.

Sus ojos bajaron, notando la definición muscular de su abdomen, que era muy diferente a su propio estómago plano. Pero aún más impactante y emocionante era la larga y dura longitud de él que se erguía orgullosamente, haciendo conocer su deseo por ella.

—¿Cumplo con tu aprobación?

Avergonzada, apartó la mirada de su cuerpo. No había querido mirar durante tanto tiempo. No estaba segura de lo que esperaba ver en sus ojos. ¿Burla? ¿Provocación? Había habido un tono ligero en las palabras, pero sus ojos estaban llenos de un calor que hizo que su tonto corazón diera un vuelco en su pecho. Y cielos, cómo su deseo sin disimular la llenaba de una desesperada necesidad por él.

Era incapaz de hablar, así que en su lugar le tendió una mano, el movimiento exponiendo sus pechos a su mirada nuevamente. No fue lo suficientemente valiente para bajar la rodilla hasta que él tomó esa mano y se unió a ella en la cama.

Se apoyó sobre ella sobre sus codos y la miró fijamente. El momento se extendió, tenso con la promesa de lo que sucedería a continuación. Era más intenso que cualquier cosa que hubiera experimentado. Había pensado que su primera vez juntos había sido especial, aunque un poco apresurada, pero esta noche eclipsaba ese encuentro.

Incapaz de hablar, levantó los brazos para rodearlo nuevamente, atrayendo su cabeza hacia la suya. Él se bajó sobre ella entonces, y el impacto de sentir su piel presionando contra la suya en todas partes era casi demasiado para soportar.

No había suavidad en su beso, y usó una mano para trazar su camino por su cuerpo, deteniéndose para apretar ambos pechos y provocar sus pezones antes de continuar más abajo.

Jadeó en su boca cuando la tocó entre las piernas, pero él no dejó de besarla. Hizo círculos con el pulgar sobre el manojo de nervios que descansaba justo encima de su abertura, de la manera en que lo había hecho todos esos años atrás cuando la había preparado para su primera unión. Su difunto esposo nunca se había molestado en tocarla allí, preocupándose solo por su propio placer antes de irse. Pero Cranston... Dejó escapar un suave gemido

cuando él entró en ella con dos dedos y comenzó a imitar el acto de hacer el amor con su mano.

Él levantó la cabeza para observarla, pero ella estaba más allá de la vergüenza. Cuando él bajó la cabeza para tomar un pecho en su boca nuevamente, eso fue todo lo que necesitó para que la liberación la invadiera.

Dos veces. Le había dado placer dos veces antes de siquiera pensar en sí mismo. Pero lo estaba haciendo ahora. Le levantó la pierna sobre su espalda, y ella hizo lo mismo con la otra mientras él finalmente entraba en ella.

Esta vez no hubo impacto de dolor con él. Y los torpes manoseos de su difunto esposo fueron expulsados de su mente mientras Cranston saqueaba su cuerpo. Se había ido la finura que había estado mostrando, pero descubrió que no le importaba. Sus fuertes embestidas la llevaban, imposiblemente, más alto de lo que había creído posible.

Él jadeaba en su oído mientras se movía dentro de ella, su cuerpo fuerte y confiado, y ella dejaba escapar un gemido lascivo con cada poderosa embestida.

Él levantó la cabeza para mirarla fijamente de nuevo, y sus miradas se encontraron. —Necesito que llegues para mí otra vez, Abigail. —Sus embestidas se volvieron aún más profundas, un poco más lentas. El roce de su cuerpo sobre ese manojo de nervios, la sensación de su duro miembro llenándola... Era impotente para resistir la orden.

Su cuerpo se tensó de nuevo, y dejó escapar un grito de sorpresa.

Sus embestidas se volvieron erráticas mientras su canal se apretaba sobre él, y luego con un gemido, se puso rígido profundamente dentro de ella y se vació.

Se quedó congelado sobre ella por un tiempo, su peso empujándola contra su colchón de plumas, antes de salir y rodar sobre su espalda. Abigail giró la cabeza para mirarlo, pero su mirada estaba fija en el techo.

Quería decir algo. Hacerle saber que esta experiencia había superado todo lo que jamás había imaginado. Pero algo había

cambiado en el aire entre ellos, y no podía decir qué la hizo contener las palabras.

Finalmente, él se volvió para mirarla. Su expresión se había limpiado de toda pasión, y una sensación de temor se instaló en su vientre.

Solo pudo observar cómo se incorporaba y luego se ponía de pie. Se inclinó para recoger su montón de ropa y luego, sin volver a mirarla, salió de la habitación a grandes zancadas.

No pudo evitar sentir que había hecho algo mal. ¿Había sido demasiado desenfrenada? Hubiera jurado que él había disfrutado arrancándole placer.

Se movió hasta poder meterse bajo las sábanas. Su noche de bodas había destrozado sus expectativas. Y ahora la comprensión de que esto era solo otro encuentro para él —no diferente de lo que había compartido con otras mujeres si los rumores eran ciertos— amenazaba con destrozarle el corazón.

CAPÍTULO DIECISIETE

SU NOCHE de bodas había sido mucho mejor de lo que él podría haber esperado.

Cranston hizo una mueca ante la tibia descripción de lo que había ocurrido entre él y Abigail. La consumación de su matrimonio había sido incendiaria. Amenazaba con derribar los muros que había erigido alrededor de su corazón, formando grietas innegables.

No estaba listo. Aún no. Había estado enojado con Abigail durante demasiados años. Se había convencido de que todas las mujeres eran volubles.

Le dolía darse cuenta de que no estaba tan desencantado como había creído. Lo que significaba que su corazón estaba en peligro, y ese pensamiento lo aterrorizaba. No había nada que hacer excepto mantener la distancia con Abigail. Por ahora al menos. No podía simplemente caer bajo su hechizo de nuevo. No lo haría.

Pero no tenía ningún problema en dejar que Gemma entrara en su corazón. Diablos, ella se había abierto paso a golpes después de su presentación.

Cuando llegó esa mañana, irrumpió en la casa como un pequeño huracán, con una muñeca apretada en sus manos. Su institutriz la seguía, sacudiendo la cabeza con exasperación ante la exuberancia de su pupila.

Abigail la tomó en sus brazos y le dio un fuerte abrazo.

—Te eché de menos esta mañana.

Los brazos de Gemma rodearon el cuello de su madre.

—Fue extraño no desayunar contigo.

Abigail la soltó, y Gemma lo miró, tímida por primera vez desde que la había conocido.

Él se agachó.

—Ahora podemos desayunar todos juntos.

Una sonrisa iluminó su rostro, y dio los dos pasos que los separaban y le dio un rápido abrazo. Él quería estrecharla contra sí como lo había hecho Abigail, pero era demasiado pronto para eso. Tendría que dejar que ella llevara la iniciativa en lo que respecta a su relación. Puede que lo hubiera aceptado como su padre, pero aún pasaría tiempo para que se sintiera completamente cómoda a su alrededor.

—Déjame mostrarte la casa. Tu habitación está lista para ti.

Era fácil evitar a Abigail sin dar la impresión de que la estaba evitando con Gemma allí. Sus lecciones estaban suspendidas por el día, ya que su hija no habría podido concentrarse en nada más que en la forma en que su vida había cambiado completamente.

Sabía que no era habitual, pero cenaron juntos *en famille*. No podía recordar haberlo hecho nunca a su edad. Siempre había comido en el cuarto de los niños con su niñera y luego con su tutor cuando era mayor. Después de eso, se había ido a la escuela. Era bastante mayor cuando se consideró apropiado que se uniera a sus padres para la cena.

Pero lo disfrutó más de lo que había pensado. No podía recordar la última vez que había usado esta habitación, pero ahora podía prever hacer de la cena familiar un ritual diario.

Después de la comida, se retiraron al salón, y Gemma le pidió que le contara una historia de sus años en el ejército. Odiaba pensar en esa época. Había tantas cosas que había visto y hecho que nunca quería revivir. Sus pesadillas no le permitirían escapar de ellas, pero no compartiría esa parte de sus experiencias con Gemma.

En su lugar, le contó algunas de las divertidas travesuras que los hombres de su regimiento hacían durante los momentos tranquilos. Algunos de esos hombres ya no estaban, sus vidas apagadas al

servicio de su país. Pero quería recordarlos en esos momentos tranquilos y felices, y le daba alegría compartir esas historias.

En algún momento Gemma se apoyó contra él y él la rodeó con un brazo, atrayéndola más cerca de su costado. No pasó mucho tiempo antes de que notara que sus ojos empezaban a cerrarse.

Le pellizcó la nariz.

—Creo que continuaré esto mañana —miró a Abigail—. Si no me equivoco, creo que ya es hora de que te vayas a la cama.

Abigail asintió, sonriéndoles a los dos. Esa sonrisa le hizo algo extraño en el pecho, y tuvo que apartar la mirada para no caer de nuevo bajo el hechizo de la mujer esta noche.

Gemma hizo un puchero.

—Quiero oír el resto de la historia. ¿Qué pasó cuando el soldado cayó al río?

Él se rió de la forma en que ella abrió los ojos un poco más de lo normal, con la intención de convencerlo de que no estaba a punto de quedarse dormida.

—Mañana por la noche, mi gema —se puso de pie y le tendió la mano.

Ella arrugó la nariz, y por un momento temió que fuera a protestar por la forma en que había acortado su nombre. No tomó su mano cuando se puso de pie, sino que fue hacia su madre.

Abigail la envolvió en un abrazo.

—Dulces sueños, Gemma.

—Buenas noches, mamá —dijo, dando un beso en la mejilla de su madre.

Él había dejado caer su mano a un lado, decepcionado. Pero en lugar de tener que ver cómo Abigail la llevaba arriba, Gemma vino a su lado y deslizó su mano en la suya.

Para su mérito, Abigail se quedó atrás mientras él llevaba a su hija arriba. Gemma ya era tan madura. No creía que hubiera muchas más oportunidades de hacer esto con ella. Dentro de poco, estaría poniendo los ojos en blanco y diciéndole que ya era lo suficientemente mayor como para subir sola.

La señorita Phillips los oyó llegar y salió de su propia habitación, que estaba al lado de la de Gemma.

—Buenas noches, papá —dijo, dándole un rápido abrazo antes de entrar en su dormitorio.

Él murmuró un silencioso "buenas noches" y asintió a la institutriz.

Cuando la puerta se cerró tras ellas, permaneció de pie en el pasillo. Podía oír sus voces a través de la puerta de madera, pero esa no era la razón por la que se quedaba.

No sabía qué hacer ahora. Sabía lo que *quería* hacer. Quería bajar, buscar a Abigail y llevarla de vuelta a su dormitorio para que pudieran entregarse a otra ronda de vigoroso amor.

Su sangre se calentó con los recuerdos de lo gloriosa y entregada que había sido anoche. Y con esos recuerdos, su miembro se endureció.

Maldijo entre dientes y se dirigió a su estudio. Necesitaba distancia. Cuando tuviera bajo control esta abrumadora necesidad de saciarse dentro de esta mujer, iría a ella de nuevo. Podrían intentar concebir otro hijo, darle a Gemma un hermano o una hermana. A ella le gustaría eso.

Y si era honesto consigo mismo, a él también.

CAPÍTULO DIECIOCHO

A PESAR de cómo Cranston la había dejado en su noche de bodas, Abigail se aferraba a la creencia de que su matrimonio sería diferente al primero. Que Cranston llegaría a verla como algo más que alguien con quien satisfacer sus necesidades físicas.

Pero en las tres semanas desde su noche de bodas, él solo había acudido a su cama tres veces más. A pesar de que desayunaban y cenaban juntos como familia cada día, el abismo entre ellos seguía ahí.

Empezaba a temer que siempre sería así. Deseaba mucho más, pero si esto era todo lo que podía tener con Cranston, lo aceptaría y atesoraría cada breve momento juntos.

Porque esos momentos *eran* breves. Después de hacer el amor —y cielos, el hombre era minucioso cuando se trataba de hacer el amor—, se levantaba y se iba.

Y cada vez que eso sucedía, tenía que forzarse a no suplicarle que se quedara.

Así era como se llevaba a cabo el matrimonio dentro de la alta sociedad. Sabía que Amelia y su esposo compartían la cama, e imaginaba que Mary y su nuevo esposo, Lord Ashford, también lo harían. Pero estaba claro que tal arreglo no estaba en su futuro.

Al menos Cranston no la desterraría a una finca lejana.

Después del desayuno esa mañana, Gemma subió para comenzar sus lecciones del día. Cuando Cranston se despidió poco después,

como hacía todas las mañanas, lo vio partir con un suspiro.

Acababa de terminar de reunirse con el ama de llaves, una encantadora mujer mayor que estaba encantada de que el barón finalmente se hubiera establecido, cuando un lacayo le presentó una nota.

Sonrió al reconocer la letra de Amelia.

Quería avisarte que pasaré más tarde esta mañana.

Y tengo una sorpresa para ti.

(Prepárate.)

-Amelia

Sacudió la cabeza ante el dramatismo, preguntándose qué habría planeado la marquesa. Tal vez otro viaje de compras. Aún no había tenido la oportunidad de usar todos los camisones que habían comprado la última vez.

Bueno, eso no era estrictamente cierto. Los había usado, sí, pero Cranston solo la había visto con dos de ellos. Tenía cinco de esas escandalosas prendas, cada una más impactante que la anterior. Se ponía una cada noche, esperando que su esposo visitara su dormitorio. Habían hecho el amor cuatro veces —sí, las estaba contando— pero él solo había visto dos de los camisones. Sus ojos se habían iluminado de deleite cuando vio el segundo, hecho de satén azul profundo. Si se hubiera molestado en visitarla más a menudo, se habría sorprendido con algunos de los que aún no había visto.

Se le ocurrió entonces que quizás Amelia anunciaría que ella y Lowenbrock finalmente iban a dejar la ciudad.

Sintió una punzada de tristeza, pero era de esperarse. Amelia le había dicho que ya no se sentía mal todas las mañanas. Sin duda estaba ansiosa por volver a la casa donde se había criado.

Abigail se acomodó en el salón con su bordado. Mientras sus dedos se movían sobre la pequeña funda de cojín en la que estaba trabajando, tuvo que esforzarse para que sus pensamientos no volvieran a su esposo. Él había visitado su cama hace dos noches, así que sabía que pasarían varios días antes de que volviera a ella.

Pasó la siguiente hora de esa manera, sus dedos moviéndose sobre el patrón de flores que estaba siguiendo y cediendo a sus ensoñaciones sobre un futuro donde ella y Cranston finalmente hubieran superado sus dificultades y fueran tan felices juntos como sus amigas lo eran en sus matrimonios.

Cuando sonó un golpe en la puerta principal, dejó su labor de aguja en la pequeña cesta sobre la mesa a su lado y se puso de pie.

Sonrió cuando Amelia apareció en el umbral, y luego dejó escapar un suave grito de asombro cuando la nueva vizcondesa Ashford la siguió a la habitación.

Se apresuró a abrazar a la mujer, sorprendida de encontrar a Mary realmente de pie en su salón.

—Nos ocultaste información —dijo Mary cuando se separó—. ¡No puedo creer que te casaras con Cranston en el momento en que dejamos la ciudad! ¿Estaban teniendo un romance secreto a nuestras espaldas?

Abigail no pudo contener un resoplido poco elegante.

—Ojalá eso fuera cierto. Vengan y siéntense. Pronto servirán los refrigerios.

El personal sabía que debían traer algunos dulces de chocolate cuando Amelia visitaba. Tendría que aprender qué prefería Mary antes de su próxima visita.

—Temía que me llamaras para decirme que te ibas de Londres —dijo mientras se sentaban en el sofá. Ella tomó el asiento en un extremo para poder mirar a ambas mujeres.

Amelia hizo una mueca.

—John y yo hemos estado hablando de ello. Pero ahora que Mary y Ashford han regresado de su viaje de bodas, estoy segura de que lo pospondremos de nuevo.

—¿Adónde fueron? Cuéntanos todo sobre ello —dijo Abigail. Ella nunca tendría un viaje de bodas propio, así que tendría que vivir

vicariamente a través de la vizcondesa.

Mary dejó escapar un suspiro nostálgico.

—Fue encantador. Fuimos a Brighton para disfrutar del aire marino. Ashford alquiló una pequeña casa de campo allí, pero al final pasamos *mucho tiempo* dentro. Tendremos que volver en algún momento para ver los lugares que nos perdimos.

Amelia se rio y colocó una mano sobre la ligera hinchazón de su vientre.

—Me pregunto cuánto tiempo pasará antes de que este de aquí tenga un compañero de juegos cuando estemos todas juntas en Londres.

Mary negó con la cabeza.

—Dada la virilidad de mi esposo, dudo que sea mucho tiempo.

Aunque Abigail estaba feliz por sus amigas, no pudo evitar sentir una pequeña punzada de celos. Anhelaba ese tipo de relación con su esposo, aunque sabía que era un deseo tonto.

Mary se volvió hacia ella entonces, con los brazos cruzados.

—No pienses en distraerme con tus preguntas. Las responderé todas más tarde, pero primero es tu turno. Decir que me sorprendí cuando recibí la carta de Amelia con la noticia de que ustedes dos se habían casado sería quedarse corto.

Había un ligero ceño fruncido en el rostro de la mujer, pero Abigail podía decir que Mary no estaba realmente enojada.

Abigail abrió la boca para responder, pero se quedó quieta cuando escuchó el suave paso de su esposo bajando por el pasillo. Sin duda el personal le había informado de la visita de sus invitadas y venía a verlo por sí mismo.

—Cranston viene —dijo ella en voz baja.

Su marido entró en la habitación y gruñó cuando sus ojos se posaron en Mary.

—Pensé que el personal se había equivocado cuando me dijeron que estabas aquí.

Mary le lanzó una mirada de desprecio.

—Miserable. Podrías haber esperado a que volviéramos antes de salir corriendo a casarte tú también.

Cranston arqueó una ceja.

—No es "salir corriendo" si me quedé en Londres —ante el resoplido de fastidio de Mary, se rio—. Pensé que tú y Ashford iríais a su finca después de dejar Brighton.

En ese momento trajeron los refrigerios, y Abigail se dispuso a servir el té a todos mientras observaba a la vizcondesa enzarzarse verbalmente con Cranston.

—Ese era el plan. Luego recibió noticias de que su madre había dejado la ciudad y esperaba vernos a los dos en Suffolk. Él tenía la errónea impresión de que ella planeaba visitar a su hermana menor después de dejar la ciudad, ya que está embarazada, pero al parecer aún faltan unos meses para su encierro. La vizcondesa viuda no irá de visita hasta que se acerque el momento.

Cranston asintió.

—Puedo entender por qué cambiaría de planes. Su madre fue bastante... *intensa*... durante los preparativos de la boda. Estoy seguro de que no está preparado para ese nivel de escrutinio tan pronto.

Amelia negó con la cabeza.

—¿Así que en su lugar, decidisteis volver a Londres y someteros a nuestro escrutinio?

Mary se encogió de hombros con despreocupación.

—No es escrutinio cuando uno está entre amigos.

—Es apoyo —dijo Abigail.

Mary asintió.

—Sí, exactamente.

Cranston negó con la cabeza.

—Bueno, las tres deberíais tratar de no meteros en problemas mientras estoy fuera. Imagino que vuestros maridos están en White's —al ver que Mary asentía, continuó—. Entonces supongo que debería terminar rápido con el suplicio que se avecina. Ya puedo oír la reprimenda de Ashford —alzó los ojos al cielo como si ofreciera una silenciosa plegaria pidiendo fuerzas y luego se marchó.

Lo vieron irse. Mary mantuvo las manos en su regazo y esperó. Abigail sabía lo que sucedería tan pronto como oyeran el sonido de la puerta principal cerrándose tras él.

—Cuéntamelo *todo* —exclamó Mary, inclinándose hacia adelante con un brillo en los ojos que le dijo a Abigail que no se distraería una segunda vez—. Amelia no quiso contarme lo que pasó. Cuando recibimos la carta de que os habíais casado... —negó con la cabeza —. Todavía no me lo puedo creer. Casi esperaba que Amelia me trajera aquí solo para reírse de mí y decirme que estaba intentando ver lo crédula que era.

Abigail cruzó su mirada con la de Amelia.

—¿No le contaste?

Amelia negó con la cabeza.

—No es mi historia para contar.

—¿Ves? —dijo Mary, alzando las manos al aire—. Es absolutamente exasperante. Esperaba que vosotros dos pudierais reavivar vuestro romance pasado, pero nunca esperé que sucediera tan rápido.

Abigail suspiró.

—Odio decepcionarte, pero eso aún no ha sucedido —se sonrojó al pensar en sus apasionadas sesiones de amor.

Mary frunció el ceño.

—Entonces, ¿por qué os casasteis?

Abigail tomó aire profundamente antes de responder.

—¿Sabes que tengo una hija? —al ver que Mary asentía, continuó —. Cranston es su padre.

Mary contuvo la respiración, con los ojos abiertos de asombro.

—Cómo... —negó con la cabeza—. No importa, sé cómo. No quiero asumir lo peor de ninguno de vosotros, así que reservaré mi juicio hasta que me lo cuentes todo.

Abigail no podía culpar a la mujer. Al menos Mary le estaba dando la oportunidad de explicarse.

—Solo estuvimos juntos una vez. Fue justo antes de que mi padre me obligara a aceptar la proposición de otro. Y cuando le dije a Cranston que me casaba con otro... —su voz se quebró.

—Compró un puesto en el ejército y se marchó de Londres — terminó Amelia por ella.

Mary negó con la cabeza.

—¿Así que él nunca lo supo, y tú tampoco antes de casaros?

Abigail negó con la cabeza.

—Padre insistió en una licencia especial. Creo que temía que me fugara con Cranston. Pero eso no iba a suceder porque Padre me había convencido de que tenía el poder de arruinar a la familia de Cranston.

Mary la rodeó con un brazo.

—Eso es horrible.

—La expresión de su rostro cuando se lo dije... —negó con la cabeza, tratando de alejar el recuerdo. No lloraría.

—Ese hombre no te odia —dijo Mary—. ¿Sabe lo que pasó?

—Sí —dijo con un suspiro—. Pero no importa. Dice que ha cambiado y que no puede volver a amarme.

Amelia extendió la mano por encima de Mary para ponerla sobre su rodilla en señal de consuelo.

—Lo he aceptado —dijo Abigail—. Es suficiente que esté aquí por Gemma. Ya lo verás por ti misma. Es tan bueno con ella, y Gemma lo adora.

Mary cruzó su mirada con la de Amelia, y algo tácito pasó entre ellas.

—Casi puedo oír los engranajes girando en ese cerebro tuyo —dijo Amelia.

Mary sonrió.

—Me conoces demasiado bien. Tengo una idea.

Abigail negó con la cabeza.

—Es suficiente que estemos casados. No podemos hacer que se enamore de mí.

Mary ladeó la cabeza.

—¿Y si todavía está enamorado de ti? El cielo sabe que ese hombre ha estado con un número de mujeres en el corto tiempo que lo conozco, pero nunca con la misma dos veces. Y eligió casarse contigo.

—Porque quería estar cerca de Gemma.

Mary entrecerró los ojos.

—Tiene conexiones. Podría haber forzado la situación. Haber hecho arreglos para obtener la custodia de ella para sí mismo.

Abigail había temido precisamente ese desenlace, pero se había negado a creer que el hombre que había conocido todos esos años atrás pudiera ser tan cruel. Que pudiera haber cambiado tanto.

—Él nunca haría eso.

—Quizás no, pero podría haberse contentado con mantenerse distante. Muchos hombres tienen bastardos, después de todo. Y la mayoría no sienten la necesidad de casarse con la madre de sus hijos.

Abigail estuvo de acuerdo, por eso se había sorprendido cuando él le propuso matrimonio.

—Nunca esperé que quisiera casarse conmigo solo para poder estar más cerca de Gemma.

—Y de ti —dijo Mary—. Puede que haya usado a Gemma como excusa, pero también te ganó a ti. La única mujer con la que jamás ha querido casarse.

Abigail negó con la cabeza. —No creo que ese fuera su razonamiento. Creo que solo intentaba sacar lo mejor de una situación desagradable.

—Quizás podamos presionar el asunto. Incitarlo a revelar sus verdaderos sentimientos.

Amelia había permanecido en silencio durante el intercambio, pero ahora frunció el ceño. —No estoy segura de que sea prudente. Ya hemos interferido bastante.

Mary suspiró. —Quieres decir que *yo* he interferido bastante.

—Tu corazón estaba en el lugar correcto cuando invitaste a Abigail a tu desayuno de bodas.

Abigail sintió que la sangre se le iba del rostro. —¿No fue una feliz coincidencia? —Enderezó los hombros y se enfrentó a la mujer, haciendo la pregunta cuya respuesta realmente no quería saber—. ¿Cuánto te contó Cranston sobre mí? ¿O fue Ashford quien te lo dijo?

Mary suspiró. —Fue Ashford, por supuesto. Pero no fue así. No fue un chisme ocioso sobre el pasado de tu marido.

No asumiría lo peor. Si Cranston pudo sentarse y permitirle explicar lo que había sucedido todos esos años atrás, ella podía hacer lo mismo por estas dos mujeres a las que consideraba amigas.

—Te escucho. Pero primero... ¿Esta amistad es una farsa? —Hizo una mueca leve, odiando cómo la pregunta la hacía sentir necesitada—. ¿Una forma de ayudar a Cranston a encontrar su propio final feliz?

Mary tomó ambas manos de Abigail y las apretó. —No, no es así. No del todo.

Amelia frunció el ceño. —Si estás intentando tranquilizarla, lo estás haciendo terriblemente mal.

Mary resopló. —No soy yo la que es buena con las palabras. Déjame intentarlo de nuevo. ¿Recuerdas aquel primer día cuando Amelia y yo te conocimos?

Abigail asintió. —Acababa de llegar a la ciudad y estaba visitando las tiendas de Bond Street, buscando algunos artículos que necesitábamos en la casa. Ustedes fueron lo suficientemente amables como para señalarme algunas de sus tiendas favoritas.

—Sí, es cierto. Amelia y yo decidimos después de ese primer encuentro que queríamos conocerte mejor.

Amelia asintió. —Eso es verdad. Estamos tan acostumbradas a mujeres intrigantes que solo se preocupan por avanzar ellas mismas. Tú ni siquiera nos preguntaste sobre nuestros maridos, lo cual es raro. Significaba que te importábamos más como personas y no solo cómo podías usar una conexión con nosotras para avanzar tú misma.

Abigail podía conceder ese punto. —Me he dado cuenta de eso yo misma. Pero como no había estado felizmente casada e intentaba no pensar en mi propio matrimonio... —Levantó un hombro en un encogimiento—. Hablar de maridos nunca ha sido algo que disfrutara hacer.

—Bueno, poco después, Ashford y yo estábamos en Hyde Park durante la hora de moda. Nos encontramos con Cranston allí y caminamos juntos un rato. Te vi y mencioné que te habíamos conocido y que Amelia y yo queríamos conocerte mejor.

Abigail podía imaginar cómo Cranston había recibido esa noticia. —No los vi.

—Sí, bueno, Cranston puso una cara extraña y se quedó congelado en el sitio. Asumí que eso significaba que ya había tenido un amorío contigo, ya que sabía que eras viuda.

Abigail intentó no revelar cuánto odiaba la idea de que su marido pudiera haber dormido con cada viuda en Londres en el año desde que había regresado de la guerra.

—Ashford me apartó rápidamente.

—Así que él lo sabía.

—Le oí preguntar a tu marido si tú eras 'la indicada'. Luego cuando nos fuimos, me dijo que Cranston había estado enamorado una vez y le habían roto el corazón.

Abigail tuvo que apartar la mirada, la vergüenza apoderándose de ella.

—Eso era todo lo que sabíamos —añadió Amelia.

—No creo que nuestros maridos supieran más que eso. Y hasta ese día, ni siquiera sabían quién era la mujer en cuestión —dijo Mary.

Amelia asintió. —No te culpamos. Todas sabemos que las mujeres no siempre pueden elegir con quién se casan.

Abigail negó con la cabeza. —Bueno, pueden estar seguras de que yo *no* quería casarme con alguien mayor que mi padre, especialmente cuando estaba enamorada de otro.

El rostro de Amelia se suavizó con simpatía. —De Cranston.

—Sí.

—No sabía cómo se sentía él por ti. Nadie volvió a mencionar el asunto después de eso. Ashford solo intentaba advertirme que quizás sería mejor si no buscaba una amistad contigo.

Abigail sonrió. —Bueno, yo por mi parte me alegro de que lo ignoraras. Pero debes saber que siempre tuve la intención de decirle la verdad a Cranston. Tu invitación solo me proporcionó una forma conveniente de acercarme a él.

—Y todo ha salido bien —dijo Amelia.

Mary negó con la cabeza. —Necesitamos ponerlo a prueba.

A Abigail no le gustó cómo sonaba eso. —Por favor, dime qué estás planeando. No me gusta la idea de engañar a mi marido.

—Oh no, nunca eso. Solo pensé que ahora que estamos de vuelta en la ciudad, deberíamos organizar una fiesta. ¿Quizás un pequeño baile?

Amelia se echó para atrás ante eso. —Solo si tú eres la que planea organizarlo. Además, no hay mucha gente aquí todavía. Mayormente solteros.

—¿Pero hay algunos? —preguntó Mary.

Abigail asintió. —Sí. Sobre todo...

Su voz se apagó. Sobre todo viudas.

—Entonces podemos organizar una cena. No necesita ser algo tan formal como un baile. Y tú —Mary la miró directamente— puedes coquetear con algunos de esos solteros.

Abigail se estremeció. —Absolutamente no.

Mary suspiró. —O podrías simplemente permitir que ellos coquetearan contigo. Entonces podríamos ver si tu marido se pone celoso.

—No. Quiero que confíe en mí. Ya lo he lastimado en el pasado y me casé con otro. ¿Por qué demonios traicionaría su confianza de nuevo? —Abigail negó con la cabeza—. La primera vez era joven y mi padre me forzó la mano. Pero esta vez no tendría excusa.

Mary se desplomó contra los cojines del sofá.

—Viudas —dijo Amelia.

Abigail apartó la mirada.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Mary.

—La mayoría de la gente que aún está en la ciudad son solteros y viudas. Mujeres que están disfrutando de su libertad ahora que sus maridos han fallecido. No quieren quedarse enterradas en el campo.

Mary sonrió.

—Podemos ver cómo se comporta Cranston con estas otras mujeres. Si muestra alguna indicación de querer acostarse con una de ellas...

La voz de Mary se apagó cuando miró a Abigail.

Sabía lo que la mujer estaba viendo. Abigail sentía como si fuera a ponerse enferma. La idea de tener que presenciar a su marido coqueteando con otra mujer. Cerró los ojos para contener una mueca de dolor.

Amelia suspiró.

—Creo que es una buena idea.

—¿Y cómo te sentirías si fueran tus maridos los que estuviéramos lanzando a mujeres que quisieran acostarse con ellos? —Su tono fue más duro de lo que pretendía, pero no quería hacer esto.

—Abigail —el tono de Mary era comprensivo—. Eso sucede cada vez que salimos en sociedad. No importa cuán inocuo sea el evento. Siempre hay al menos una mujer que quiere atraerlos.

Amelia asintió.

—Ingenuamente pensé que ese comportamiento se detendría después de que nos casáramos, pero no fue así. Solo cambió de jóvenes que esperaban atraparlos como maridos a viudas y otras mujeres casadas que solo quieren un revolcón rápido.

Abigail exhaló un suspiro. Si lo que sus amigas decían era cierto —¿y por qué mentirían sobre algo así?— entonces esto era algo a lo que pronto se enfrentaría ella misma, con o sin sus planes.

Quizás era mejor superar esta primera prueba rápidamente. Si Cranston planeaba ser infiel, podría ser mejor para su corazón aceptar ese hecho lo antes posible.

Odiaba la frialdad de esta "prueba" que sus amigas estaban proponiendo, pero no tenía sentido retrasar lo inevitable.

—¿Qué tenían en mente?

CAPÍTULO DIECINUEVE

DECIDIERON ORGANIZAR una pequeña reunión en la casa de los Lowenbrock dentro de una semana. Amelia refunfuñó al respecto, pero Mary recientemente había pasado por la experiencia de planear su boda con una suegra un tanto abrumadora en su entusiasmo. Y ninguna de sus amigas consideraba apropiado que Abigail fuera la anfitriona de una reunión que bien podría conducir a su desdicha.

No habría cena formal ni baile, solo gente disfrutando de una velada de charla y aperitivos ligeros. La sala de música también estaría abierta por si alguien quería sentarse al pianoforte, pero no se esperaría que los invitados se reunieran alrededor como lo harían si Amelia hubiera organizado un recital más formal.

Las emociones de Abigail la hicieron dudar varias veces sobre la sabiduría de asistir al evento. Cuando finalmente llegó el día de la fiesta, casi le dijo a Cranston que tenía dolor de cabeza y necesitaba quedarse en casa. Últimamente había sufrido de ellos, así que podría creerle.

No necesitaba estar allí esta noche. Sus amigas podrían informarle lo que sucediera. Cómo se comportaba él con otras mujeres. Si parecía que estaba considerando tomar a una como amante. Pero Abigail se obligó a enfrentar esta primera prueba de cómo sería su futuro juntos.

Así que ahora estaba de pie con Amelia y Mary en el salón cerca de la parte trasera de la casa de los Lowenbrock. Era temprano en la

noche y las velas iluminaban la gran habitación. Las puertas que daban al jardín estaban abiertas, permitiendo que una agradable brisa nocturna refrescara la sala llena de gente.

Las amigas de Abigail charlaban con ella, fingiendo que no se daban cuenta de que observaba a su marido revolotear de un invitado a otro. Estaba particularmente interesada en sus interacciones con las mujeres.

Odiaba la forma en que sus miradas seguían a Cranston con avidez, como si fuera un manjar para disfrutar a su antojo. Si bien era cierto que hacían lo mismo con los maridos de Mary y Amelia, era un millón de veces peor con Cranston. Todos podían ver que sus intentos de atraer a Ashford y Lowenbrock eran inútiles porque los hombres estaban claramente enamorados de sus esposas. Pero era igualmente evidente que su marido... no lo estaba.

Lord Holbrook se acercó y le entregó una copa de ratafia.

—Disculpe mi atrevimiento, pero pensé que le gustaría un refrigerio.

Ella sonrió al vizconde mientras aceptaba la copa. Holbrook siempre vestía bien, pero esta noche se veía particularmente apuesto con su chaqueta azul oscuro y calzones dorados. Él mismo había atraído no poca atención.

Notó cómo sus amigas se alejaban, dejándola sola con el hombre.

Le sonrió, agradecida por su atención, y tomó un sorbo de la bebida.

—Has sido muy amable conmigo.

Él se encogió de hombros.

—Es una lástima que no haya baile esta noche. Se me ocurre que podríamos intentar poner celoso a tu marido en lugar de que sea al revés.

No se había dado cuenta hasta ese momento de que él había girado su cuerpo y que ella había seguido el movimiento inconscientemente. Ya no podía ver a Cranston desde este ángulo, y sería demasiado vergonzoso cambiar su posición ahora para poder observar lo que estaba haciendo.

—Sería un esfuerzo inútil —dejó escapar un suave suspiro, odiando lo observador que era Holbrook. Peor aún, se dio cuenta de que todos en la sala podrían estar sintiendo lástima por ella.

Él se inclinó para acercarse más.

—Nos está observando, y puedo asegurarte que está muy disgustado.

Ella miró a Holbrook, preguntándose por qué parecía complacerle intentar provocar a su marido. Pero ya les había dicho a sus amigas que no jugaría este juego y arriesgaría perder la confianza de su esposo nuevamente.

—Aprecio tu preocupación, pero puedo asegurarte que todo está bien entre nosotros.

Él le ofreció su brazo.

—¿Darías una vuelta por la sala conmigo?

Consideró rechazar su oferta pero decidió que sería lo suficientemente inocente. Este hombre la había llevado al altar en su boda. Seguramente su esposo no pensaría que tenía intenciones más que honestas hacia ella.

Y a decir verdad, se estaba irritando cada vez más por la forma en que Cranston había estado evitándola deliberadamente toda la noche. ¿Por qué no debería pasar tiempo con alguien a quien consideraba un amigo?

Tomó otro sorbo de su bebida antes de entregársela a un lacayo que pasaba. Luego deslizó su mano en el brazo de Holbrook.

—Espero que no sigas en la ciudad por mi causa. Aprecio la forma en que has estado cuidando de mí y de Gemma, pero no necesitas seguir posponiendo tus planes.

Él se encogió de hombros.

—No tengo familia esperándome allí. Me dirigía a la residencia de campo de los Holbrook para reunirme con el administrador y familiarizarme con la propiedad.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Aún no la has visitado?

Él negó con la cabeza.

—No, pero he estado en contacto con el administrador. Parece ser un tipo bastante capaz. Y mi abogado me asegura que la finca

está bien administrada, así que no hay necesidad urgente de que me apresure a volver.

—Se me ocurre que nunca te he preguntado por tu familia.

—Son un montón de rufianes —dijo con una mueca—. Tengo tres hermanos menores, y mi madre apenas puede controlarlos cuando están en casa durante las vacaciones escolares. Temo el infierno que desatarán en la ciudad cuando sean lo suficientemente mayores para venir.

—Siempre podrían unirse a ti ahora.

—Shh —dijo, mirando alrededor con exagerado desconcierto. Se inclinó más cerca—. Le dije a mi madre que la casa de la ciudad es un desastre y necesita reparaciones, y que me he estado quedando en un hotel.

—¡No lo hiciste! —dijo ella con una risa—. Eres incorregible.

Habían completado su vuelta alrededor del gran salón y se estaban acercando nuevamente a sus amigas.

—Bueno, he hecho lo que he podido —dijo con una ligera reverencia sobre su mano, y ella no pudo evitar notar la forma en que mantuvo su mirada durante varios segundos más de lo estrictamente necesario—. Te dejaré ahora en manos capaces, no sea que tu marido decida venir aquí furioso y retarme a duelo.

Ella solo pudo negar con la cabeza ante lo absurdo de sus palabras mientras lo observaba alejarse con paso ligero.

—¡Eso fue brillante! —dijo Mary mientras tomaba su brazo.

Amelia le sonrió radiante.

—A tu marido no le gustó que otro hombre te prestara atención.

Abigail dejó escapar un suave resoplido.

—Él sabe dónde estoy si quiere mi compañía. ¿Dónde está ahora?

—Él está... —la voz de Mary vaciló mientras miraba por encima del hombro de Abigail y su sonrisa desapareció.

A Abigail ya no le importaba ser obvia. Se giró para mirar detrás de ella y encontró a Cranston en un tête-à-tête con una viuda muy atractiva que se aferraba al brazo de su marido.

Un escalofrío le recorrió las venas y temió que iba a enfermar. Pensó que se había preparado para enfrentar esta posibilidad, pero

se había estado mintiendo a sí misma.

—Si me disculpan, creo que necesito un poco de aire —les dijo a las dos mujeres. Odiaba las miradas gemelas de consternación en sus rostros, lo que era prueba adicional de que no estaba malinterpretando la situación.

Se dirigió a las puertas del jardín que se habían cerrado en algún momento de la noche. Se dio cuenta del porqué cuando se deslizó a través de las puertas y sintió la ligera llovizna caer sobre su piel.

No le importaba que estuviera empezando a humedecer su vestido, solo necesitaba alejarse lo más posible de la vista de su marido con otra mujer.

Comenzó a descender por el sendero que conducía a la parte trasera del jardín. Mary le había dicho una vez que los Lowenbrock tenían un cenador oculto allí. Si pudiera encontrarlo, podría obtener algo de alivio de la lluvia que ya no era solo una ligera llovizna.

Después de varios minutos de deambular, una mano la agarró del brazo. Un grito se elevó en su garganta, pero lo contuvo y se giró para darle una reprimenda a quien la había agarrado. Se desplomó de alivio cuando vio que era Cranston.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Él le lanzó una mirada represiva y comenzó a llevarla de vuelta a la casa.

Ella intentó, pero no logró, soltarse de su agarre. —No puedo volver adentro. Estoy indecente.

Sus ojos se desviaron hacia el escote de su vestido azul pálido, y un músculo se tensó en su mandíbula. Con un asentimiento rígido, la condujo en la otra dirección.

Directamente hacia el cenador, que estaba oculto detrás de un pequeño hueco en los arbustos por los que acababa de pasar.

Era muy pintoresco, pintado de blanco con bancos de piedra que bordeaban el interior, pero lo único en lo que podía pensar era en Cranston mientras la arrastraba bajo el techo. Su abrigo lo protegía de lo peor de la lluvia, pero su cabello húmedo colgaba lacio.

Ignoró el impulso de apartárselo. La lluvia se había filtrado en su ropa y comenzaba a sentir frío, pero en su lugar se concentró en la ira que empezaba a crecer dentro de ella. ¿Tenía el descaro de

mirarla como si hubiera hecho algo malo cuando él era quien había estado coqueteando con esa mujer que casi se salía de su vestido?

Cuando se detuvo, ella sacó su brazo de su agarre y se volvió para mirarlo con furia. —Como puedes ver, estoy perfectamente bien. Y si viniste para asegurarte de que no estuviera teniendo una cita clandestina, puedo asegurarte que nada de eso ocurrirá.

¿Por qué el hombre simplemente la miraba así?

Ella dejó escapar un bufido de fastidio. —Puedes volver con tu amante... o futura amante... o lo que sea que ella sea para ti.

Se dio la vuelta, enojada con él, sí, pero aún más enojada consigo misma por permitir que él se metiera bajo su piel de esta manera.

—No voy a dejarte aquí, Abigail.

Ella soltó una risa sin alegría y se volvió para mirarlo con furia. —No, por supuesto que no. Has pasado la noche coqueteando con cada mujer disponible —y no disponible— aquí, pero *yo* soy la que no puede ser confiada.

No patearía el suelo ni lo golpearía, pero cielos, cómo deseaba hacerlo. Más de lo que le gustaba admitir.

Él se sentó en uno de los bancos que bordeaban el interior del cenador. ¿Qué estaba esperando el hombre?

Ella lo miró con el ceño fruncido. —Si no te apresuras, puede que encuentre a alguien más para calentar su cama esta noche.

Su boca se ensanchó en una sonrisa que hizo que sus dedos le picaran por darle una bofetada.

—Vaya, Lady Cranston, creo que estás celosa.

Ella cruzó los brazos bajo sus pechos y lo miró con furia.

NO DEBERÍA ESTAR DISFRUTANDO esto tanto como lo hacía.

Cuando la vio escabullirse hacia los jardines, había pensado lo peor. Que iba a encontrarse con Holbrook ya que el hombre de repente no se encontraba por ninguna parte.

Así que se disculpó con la mujer que se estaba volviendo una molestia y la siguió. La siguió por un rato, asegurándose de mantener su distancia. Pero cuando quedó claro que nadie la estaba esperando, y cuando la lluvia comenzó a caer con más fuerza y ella continuó deambulando por el jardín, se dio a conocer.

Sus ojos bajaron de nuevo hacia su escote. El escote no era escandaloso, pero la forma en que inconscientemente había levantado sus pechos le hizo recordar las deliciosas noches que habían pasado juntos. No habían hecho el amor con la frecuencia que a él le hubiera gustado.

Había esperado que esta noche sintiera un despertar de deseo por otra mujer. No tenía intención de tomar una amante, pero habría sido evidencia de que no estaba cayendo bajo el hechizo de Abigail. De nuevo.

Pero eso no había sucedido. De hecho, estaba en el proceso de rechazar una de esas ofertas de un encuentro rápido cuando vio a Abigail deslizarse por las puertas del jardín. Todo lo que le importó en ese momento fue asegurarse de que nunca más se le escapara. No le importó un comino la morena exuberante que había estado presionando su amplia generosidad contra su brazo.

Por supuesto que Abigail lo había notado, y aparentemente no le había agradado.

—Así que aquí estamos, solos en este cenador. —Bajó la voz—. He oído que Lowenbrock, así como Ashford, han disfrutado de la privacidad proporcionada por los altos setos que nos ocultan de miradas indiscretas.

Su boca se abrió de asombro cuando se dio cuenta de lo que estaba diciendo. Le resultó imposible ignorar el zumbido de deseo que comenzó a brillar en sus venas. —Quizás deberíamos unirnos a ese club selecto.

Ella guardó silencio durante varios segundos. —Yo... Tú... Hay gente... —Apretó los labios y lo miró con furia—. Eres un horrible bromista. ¿Arruiné tus planes de encontrarte con tu ramera aquí?

Él se puso de pie en un instante. La agarró por los brazos y la atrajo contra su pecho. —No te equivoques, Abigail. No necesito a nadie más cuando tú eres más que suficiente para satisfacerme.

Bajó una mano a su trasero y la presionó contra su erección dura como una roca.

El calor ardió en sus ojos. Estaba a un pelo de tomarla ahí mismo, al diablo con la amenaza de ser descubiertos, cuando la vio estremecerse.

Fue solo entonces que se dio cuenta de que tenía la piel de gallina en los brazos. Sus ojos se estrecharon sobre su boca, y vio que sus labios tenían un tinte azulado.

Con una maldición, se quitó el frac y se lo puso alrededor. —Nos vamos. Necesito llevarte a casa y calentarte.

CAPÍTULO VEINTE

NECESITO LLEVARTE A CASA Y CALENTARTE.

El recuerdo de esas palabras había bailado por sus terminaciones nerviosas durante el viaje en carruaje a casa. Él la había mantenido presionada contra su costado, y ella estaba agradecida por su calor. Había estado tan alterada que apenas se había dado cuenta de lo mojado que se había vuelto su vestido. Y no quería imaginar lo poco favorecedora que debía lucir su cabellera.

Cranston podría haberla enviado a casa y quedarse fuera, pero en su lugar había venido con ella. Y le había creído cuando dijo que no tenía interés en otras mujeres.

Después de acomodarse en el baño caliente que su esposo había ordenado para ella, se había puesto un recatado camisón y despedido a su doncella. Tan pronto como la mujer se fue, se cambió al más escandaloso de los camisones que Madame Argent había creado: una tela de satén rojo que realmente no podía clasificarse como una prenda de vestir. Era un milagro que se mantuviera puesto, razón por la cual llevaba una bata encima. Cranston se llevaría una sorpresa especial cuando se la quitara.

Luego se acomodó en su cama para esperar que su esposo se uniera a ella y cumpliera su promesa.

No se dio cuenta de que estaba quedándose dormida hasta que el sonido de maldiciones la despertó.

Los gritos venían de la habitación contigua. A sus sentidos adormecidos les tomó casi un minuto completo entender lo que estaba oyendo. Cranston estaba gritando.

Con el corazón acelerado, se sentó en la cama. ¿Había alguien allí con él?

Escuchó pero solo pudo oír una voz. La de él.

Lo que significaba que debía estar teniendo una pesadilla. Había oído a otras mujeres hablar sobre cómo sus maridos que habían regresado del servicio militar estaban plagados de ellas. Cranston no le había dicho que sufría de la misma aflicción, y ella no había pensado en preguntarle.

Se levantó de la cama y caminó hacia la puerta contigua, ajustando el cinturón de su bata en el camino. Dudó cuando se dio cuenta de que ya no estaba gritando. Estaba a punto de regresar a la cama, sin querer despertarlo si la pesadilla había terminado, cuando escuchó otro gemido.

Abrió la puerta sin pensarlo más. No podía borrar los recuerdos desagradables de todo lo que su esposo había visto y hecho durante sus años en el ejército, pero al menos podía poner fin a lo que lo atormentaba ahora.

Cranston estaba desparramado de espaldas en la cama, las sábanas enredadas alrededor de su cintura y el brillo del sudor cubriendo su torso desnudo. Ahora murmuraba palabras ininteligibles, con las cejas fruncidas en un feroz ceño. Sus manos se crispaban sobre las sábanas.

Ansiosa por ayudarlo, corrió al lado de la cama y puso una mano en su hombro.

—Cranston —dijo mientras lo sacudía. Cuando nada ocurrió, lo sacudió con más fuerza—. Estás soñando. Necesitas despertar.

Estaba inclinada sobre él cuando sus ojos se abrieron de golpe. Antes de que pudiera asegurarle que solo estaba soñando y que todo estaba bien, él la jaló hacia la cama y los hizo rodar de modo que su cuerpo quedó debajo de él.

Se quedó inmóvil, dándose cuenta de su error. Él pensaba que era uno de los enemigos contra los que había estado luchando.

—Gideon, soy yo. Abigail.

Él la miró fijamente, con confusión nublando sus ojos. Pero ella vio el momento en que se dio cuenta de quién era. Se apartó de ella bruscamente, moviéndose para sentarse en el borde de la cama.

—Estaba soñando.

Ella se levantó y se movió para sentarse a su lado. —Sí. Te oí gritar y entré para despertarte.

Él le lanzó una mirada de soslayo que ella no pudo descifrar. —¿No me tienes miedo?

—¿Qué? No, por supuesto que no. ¿Por qué habría de tenerte miedo?

Él negó con la cabeza y desvió la mirada. Le tomó unos momentos darse cuenta de lo que no estaba diciendo. —Esto ha sucedido con otras mujeres. Has tenido pesadillas cuando... —Cuando dormía con ellas. Su esposo no había sido un monje, y se preguntó cuántas otras mujeres sabían sobre sus pesadillas.

Era una tonta. Él no la necesitaba. Ella era solo una más en una larga lista de mujeres que habían sido íntimas con él. Que lo habían visto así. No era especial de ninguna manera.

—Ya que pareces estar bien ahora, te dejaré.

Se puso de pie pero solo había logrado dar un paso cuando él tomó su mano. Se quedó en su lugar, negándose a mirarlo.

—Después de la primera vez que sucedió, nunca pasé toda la noche con otra mujer. Me miró como si fuera un monstruo a punto de cometer un asesinato.

Abigail se volvió para mirarlo.

—Quizás ahora soy un monstruo. Las cosas que he hecho... —Negó con la cabeza. Luego la miró a los ojos. Una eternidad pareció pasar antes de que hablara de nuevo—. Pero tú no tienes miedo.

Ella dejó escapar un suspiro frustrado. —Por supuesto que no te tengo miedo. Cielos, te he dado muchas razones para odiarme, pero en cambio has sido amable. Y he visto cómo eres con Gemma. —Él aún sostenía una de sus manos, así que entrelazó los dedos de su otra mano en su cabello humedecido por el sudor—. Nunca podrías ser un monstruo.

Sus ojos escudriñaron los de ella, y esperó para ver qué haría. ¿La enviaría lejos?

—Abigail. —Su nombre en sus labios era casi una súplica—. Pasa la noche conmigo.

Ella asintió y se colocó entre sus piernas separadas. La sábana ya no cubría la mitad inferior de su cuerpo, y se dio cuenta de que dormía desnudo. —Solo tienes que pedirlo. Soy tuya, siempre.

Él negó con la cabeza nuevamente. —Desearía poder creerlo. Pero por ahora esto será suficiente.

Abigail se entregó al momento. Las palabras nunca lo convencerían, pero quizás con el tiempo sus acciones le demostrarían que nunca podría haber otro hombre para ella.

Cranston apoyó la cabeza en su pecho, sus brazos alrededor de su cintura manteniéndola cerca. Ella continuó acariciando su cabello con los dedos, dándole el tiempo que necesitaba para que la pesadilla pasara. Una calidez se extendió por su cuerpo, y deseó que él encontrara consuelo en su presencia.

A medida que pasaban los minutos, un ardiente anhelo comenzó a crecer dentro de ella. Junto con el deseo de hacer algo por este hombre que aún no habían compartido.

Se deslizó hasta quedar de rodillas entre sus piernas, sus manos moviéndose hacia sus muslos. Ante sus ojos, su virilidad, que ya estaba medio dura, comenzó a endurecerse y levantarse.

Él le tomó la barbilla y le inclinó el rostro hacia arriba. —No tienes que...

Sus palabras decían una cosa, pero el deseo en sus ojos le decía que no quería que se detuviera.

—Lo sé. Pero quiero hacer esto.

Sus manos se movieron por sus duros muslos, y se detuvo justo antes de llegar a su virilidad, alargando el momento. Llevó sus pulgares a los lados de su miembro, tocándolo muy ligeramente.

Los músculos de sus piernas se tensaron bajo sus brazos, y ella percibió que él se estaba conteniendo. No sabía si era porque temía lastimarla con la fuerza de su deseo o si pensaba que debía contenerse porque ella era una joven de buena cuna. Pero en ese momento, ella quería verlo perder el control.

Extendió la mano para acariciar la suave carne de su saco, haciendo rodar suavemente sus testículos en su mano. Su

respiración se entrecortó y luego la dejó escapar en un silbido cuando ella lo tomó en su boca.

—Abigail —dijo con un gemido, y el sonido de su voz ronca la incitó a continuar.

Al no haberlo hecho nunca antes, sabía que sus movimientos eran torpes. Las manos de él estaban ahora entrelazadas en su cabello, y cuando le echó la cabeza hacia atrás, pensó que iba a apartarla de él.

En cambio, la guió a un ritmo, su boca sobre él imitando el acto de hacer el amor.

—Chúpame —dijo él.

Ella obedeció, y su gemido le indicó que lo estaba haciendo bien. Le estaba dando placer en lugar de ser ella quien lo recibía de sus manos, y el pensamiento la hizo sentir mareada.

No podía tomarlo todo en su boca, así que movió sus manos para envolverlas alrededor de la base mientras continuaba moviéndose arriba y abajo por su longitud. Su mandíbula empezaba a doler por el acto poco familiar, pero no le importaba. Haría esto toda la noche si eso lo calmaba. Era suficiente con estar con él así.

Él dejó escapar otro largo gemido, y ella supo que estaba cerca. Tuvo un momento de preguntarse qué pasaría ahora. ¿Tragaría su semilla? ¿La hacía una desvergonzada que quisiera hacer eso?

Había empezado a acelerar, anticipando el momento en que él explotaría en su boca, cuando la apartó de él.

Ella hizo un suave sonido de protesta e intentó volver, pero él le inclinó la cabeza hacia arriba.

—Eres la mujer más hermosa que he conocido jamás. Pero ahora necesito estar dentro de ti.

Ella deslizó su mano arriba y abajo por su longitud, adorando la forma en que él apretaba los dientes ante su toque. Oh sí, había estado cerca de terminar en su boca.

Se puso de pie y sus manos fueron al cinturón de su bata. Sus ojos permanecieron fijos en él mientras aflojaba el cinturón y dejaba que la bata cayera al suelo.

Sus ojos se agrandaron. —¿Qué demonios llevas puesto?

La forma en que sus ojos, luego sus grandes manos, recorrieron el satén rojo, hizo que un calor líquido fluyera por sus venas. Él le acarició los senos, apretándolos, y luego dejó que sus manos se deslizaran por la tela, hundiéndose en todos los recortes por el camino. Abigail casi había tirado esta prenda, segura de que nunca tendría la confianza para usarla para él, pero ahora se alegraba de no haberlo hecho.

Él maldijo y la levantó sobre su regazo, con las rodillas a cada lado de él. Sin dudarlo, ella se bajó sobre su dura longitud con un suave maullido de satisfacción. De alguna manera parecía más perverso que él estuviera desnudo mientras ella llevaba el camisón que apenas la cubría.

Al parecer, él había terminado de permitirle estar en control de su acto amoroso, porque los hizo rodar hasta que estuvo encima de ella. Y entonces comenzó a hacerle el amor, sus caderas embistiendo en ella más fuerte de lo que nunca la había tomado antes.

Estaba tan excitada que no le llevó mucho tiempo alcanzar su clímax, jadeando su nombre en una plegaria. Él la siguió, embistiendo profundamente y llenándola.

Le encantaba la forma en que su peso la presionaba contra el colchón, y se quedaron así durante casi un minuto completo. Finalmente, él salió de ella.

Le había pedido que pasara la noche con él, pero ella casi temía esperar que hubiera querido decir esas palabras literalmente. Ahora que ambos habían alcanzado el clímax, contuvo la respiración, esperando ver si le pediría que se fuera. No iba a hacerlo por su propia voluntad.

En cambio, él alcanzó la sábana y la cubrió a ambos. Pasó su brazo sobre ella y la atrajo fuertemente contra su pecho, donde ella apoyó su mejilla.

—¿Gideon?

—¿Sí? —Su voz baja retumbó contra su mejilla.

—¿Por qué no viniste a mí esta noche?

Hubo una larga pausa, y pensó que no iba a responder a su pregunta.

Estaba a punto de quedarse dormida cuando él finalmente habló.
—Porque eres peligrosa para mis sentidos.

CAPÍTULO VEINTIUNO

ABIGAIL ATESORABA el recuerdo de aquella noche, durmiendo envuelta en los brazos de su marido. No volvió a ocurrir, pero Cranston ya no la evitaba. De hecho, visitaba su cama todas las noches antes de regresar a su propia habitación.

Él no tuvo otra pesadilla, así que ella no tenía excusa para visitarlo, por mucho que lo deseara.

A medida que se acercaba el momento de su periodo mensual, comenzó a preguntarse si podría estar embarazada. Habían concebido a Gemma después de estar juntos solo una vez, pero Abigail era mayor ahora. Había aprendido que a veces se necesitaba tiempo para que ocurriera la concepción.

Aun así, esperaba que, dado su reciente encuentro amoroso nocturno, pronto quedaría embarazada. Lo sabría en un día. Su periodo nunca se retrasaba y debía llegar mañana. Tenía que ser paciente hasta entonces, aunque su intuición le decía que pronto tendría buenas noticias para su marido.

Habían alcanzado un punto estable en su relación. Deseaba tanto darle otro hijo que le dolía por el deseo. Quería darle la oportunidad de estar con su hijo desde el nacimiento. Pero necesitaba esperar hasta que pasara el tiempo de su sangrado para no ilusionarlo solo para decepcionarlo después.

Ignoró el dolor de cabeza que la había estado atormentando todo el día y bajó las escaleras para unirse a Cranston y Gemma para la

cena, como era su ritual nocturno. Pero durante toda la comida, sus pensamientos seguían volviendo a la esperanza de que pronto serían una familia de cuatro.

Estaba imaginando cómo compartiría la noticia cuando la voz de su hija interrumpió sus pensamientos.

—¿Mamá?

Abigail miró a Gemma. —¿Sí?

—¿Podemos ir?

Abigail miró a Cranston, quien la observaba atentamente, y luego volvió a mirar a Gemma. —Me temo que estaba distraída. ¿Puedes repetir tu pregunta?

—La señorita Phillips estaba leyendo una historia que ocurría en África. Tenía monos.

—Y le dije que deberíamos ir a la Torre y visitar la casa real de fieras para ver los monos.

Abigail intentó sonreír a los dos amores de su vida, pero su dolor de cabeza era mucho peor que esta mañana.

—¿Te encuentras mal? —preguntó Cranston, mirándola con los ojos entrecerrados.

Ella asintió. —Estaré bien. Es solo un dolor de cabeza.

—Ayer tenías dolor de cabeza —dijo Gemma.

—Y el día anterior —añadió Cranston.

Levantó una mano hacia su sien. —No es la primera vez que tengo varios tan seguidos. Estoy segura de que pronto estaré mejor.

Cranston no parecía convencido, pero cuando miró a Gemma y vio cómo sus cejas se fruncían con preocupación, hizo lo que pudo para tranquilizar a su hija.

—Organizaremos esa visita tan pronto como tu madre se sienta bien. —Se volvió hacia ella—. Tal vez deberías subir y descansar un poco.

Ella asintió una vez, el dolor en su cabeza repentinamente peor. —Creo que es una buena idea. —Cuando Cranston parecía que iba a levantarse, ella puso una mano en su brazo—. Tú y Gemma deberían disfrutar del postre. Sé que la cocinera ha preparado un syllabub.

Sus ojos recorrieron su rostro. —De acuerdo. Pero te revisaré más tarde cuando acueste a Gemma.

Se puso de pie, ignorando cómo su visión se nubló por un momento. Se inclinó para besar la cabeza de Gemma y les dio las buenas noches.

Apenas había empezado a subir las escaleras cuando el momento de mareo regresó con fuerza. Gritó mientras se desplomaba. Su última acción antes de perder la conciencia fue elevar una oración por el niño que ahora estaba convencida de que llevaba.

—¿MAMÁ se va a poner bien? —preguntó Gemma—. Tal vez debería traer a Pepper para una visita.

—Estoy seguro de que sí. Pero creo que necesita descansar un poco antes de poder jugar con el gatito. —Estaba tratando de convencerse a sí mismo tanto como a su hija, pero en realidad estaba más que un poco preocupado. Tres días de dolores de cabeza parecían excesivos. Y se había ido poniendo más pálida con cada día que pasaba. Si no estaba mejor mañana, mandaría llamar a un médico.

Cuando la oyó gritar, se puso de pie de un salto. La silla hizo un horrible ruido al arrastrarla hacia atrás y corrió para ver qué había pasado.

Encontró a Abigail desplomada al pie de las escaleras, con la cabeza en el segundo escalón.

Su corazón ya latía aceleradamente mientras se apresuraba a su lado. ¿Desde qué altura había caído? ¿Se había golpeado la cabeza en la caída?

Los sirvientes empezaban a amontonarse en el pasillo.

Se agachó, sus años de servicio militar entrando en acción mientras la examinaba. No vio sangre. Después de asegurarse de que aún respiraba, miró el costado de su cabeza. No había sangre, pero un pequeño bulto comenzaba a formarse en su sien.

No se dio cuenta de que Gemma lo había seguido al pasillo hasta que la oyó jadear.

—¡Mamá! —Las lágrimas comenzaron a caer por su rostro.

—Traigan a un médico —ordenó al lacayo más cercano. Luego se volvió hacia su hija. Le costó mantener la voz firme—. Gemma, tu madre va a necesitar que seas fuerte por ella. ¿Crees que puedes hacer eso?

Ella asintió. Las lágrimas no se detuvieron, pero sí disminuyeron.

—Buena niña. Voy a asegurarme de que esté bien y luego la llevaré a su cama.

—¿Puedo quedarme contigo?

—Por supuesto —dijo—. Pero necesitamos ser fuertes para poder cuidarla.

Ella asintió. —Puedo hacer eso.

Se volvió hacia su esposa y comenzó a examinarla. Cuidadosamente examinó sus brazos y luego sus piernas para ver si tenía algún hueso roto. Dejó escapar un suspiro cuando no detectó ninguna fractura.

Había visto su buena parte de heridas en el campo de batalla, y esta era una tarea que esperaba nunca tener que realizar de nuevo.

Pasó sus manos por el cuerpo de ella, observando cuidadosamente su rostro en busca de la más mínima mueca de dolor. Contuvo la respiración mientras pasaba una mano por su columna vertebral, luego a lo largo de sus costillas. Finalmente, palpó suavemente su cuello. Había visto hombres con el cuello roto antes, y casi le provocaba náuseas considerar que su esposa pudiera estar herida de manera similar.

Cuando no detectó ningún signo de lesión aparte del pequeño bulto en su sien, movió su cuerpo con cuidado y luego la levantó en sus brazos.

Se movió más lentamente de lo normal, tratando de mantener su paso uniforme mientras la llevaba escaleras arriba y por el pasillo. No tuvo que pedirle a Gemma que abriera la puerta de la alcoba de Abigail, y luego la colocó en la cama con cuidado.

Cuando se quedó de pie junto a la cama, con un vacío doloroso en el pecho mientras miraba a Abigail, Gemma deslizó su mano en la

suya. La respiración de Gemma era irregular, pero su hija había hecho un trabajo admirable calmando sus lágrimas.

—Tengo miedo —dijo ella.

Que el cielo lo ayudara, él también. Pero no daría voz a esas palabras. Nada malo le pasaría a Abigail.

No podía perderla de nuevo.

No le sorprendió darse cuenta de que aún estaba enamorado de esta mujer. Que con gusto cambiaría de lugar con ella ahora mismo si eso significara que ella estaría bien.

Sus sentimientos habían estado ahí por algún tiempo, hirviendo a fuego lento justo debajo de su consciencia. Se había negado a pensar en ellos, centrándose en cambio en el hecho de que los dos se llevaban bien y que estaba contento con su matrimonio en su estado actual.

Llevarse bien.

Quería reírse de su propia estupidez. Por tratar de convencerse de que podía vivir con Abigail, hacerle el amor y mantener sus emociones encerradas.

Había querido protegerse, pero al final había fracasado en eso. Lo único que había logrado era hacerla infeliz.

Oh, ella trataba de ocultarlo, pero él podía ver el dolor en sus ojos cada vez que se alejaba de ella. Demonios, lo había visto cuando le dijo directamente que nunca podría amarla de nuevo.

Ahora necesitaba que ella viviera para poder decirle que había sido un tonto. Para poder suplicar su perdón y preguntarle si alguna vez podría volver a amarlo.

Hubo un suave golpe en la puerta, y luego se abrió y un hombre mayor entró en la habitación.

—Soy el Dr. Harris —dijo, sus ojos ya examinando a Abigail—. Díganme exactamente qué pasó.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

LA CONCIENCIA VOLVIÓ A ABIGAIL LENTAMENTE. Preguntándose qué hora sería, abrió los ojos y se volvió hacia la ventana. Las cortinas estaban abiertas y aún estaba oscuro afuera. Un alivio la inundó cuando se dio cuenta de que su dolor de cabeza casi había desaparecido. Levantó una mano hacia su sien y encontró que había algo en ella. ¿Un vendaje?

Entonces recordó su desmayo en las escaleras. Alguien debía haberla llevado a su habitación.

Se volvió para mirar el pequeño reloj que tenía en su mesita de noche y se sorprendió al ver a Cranston desplomado en un sillón que había sido movido a la habitación. Una oscura barba incipiente delineaba su mandíbula.

¿Se había preocupado por su caída?

Un terror helado se asentó en su vientre al recordar su último pensamiento antes de desmayarse. Con un suave sollozo, su mano fue a su abdomen. No necesitaba esperar hasta que se hubiera saltado su período mensual para saber que estaba embarazada. Los desmayos la habían afectado solo una vez más en su vida: cuando estaba esperando a Gemma.

¿Cuánto había caído? Claramente se había lesionado la cabeza, pero ¿también había puesto en riesgo su embarazo? Todavía era temprano, y sabía que las caídas podían causar que una mujer sufriera un aborto espontáneo.

Se incorporó en la cama hasta quedar sentada.

—¿Gideon?

Sus ojos se abrieron de golpe. Se levantó del sillón y se movió para sentarse en el borde de su cama.

—¿Me desmayé? —preguntó, sabiendo que la pregunta era tonta.

Él asintió.

—Te pido disculpas por preocuparte. —Su mano se elevó hasta su sien—. ¿Hiciste esto tú? ¿Me golpeé la cabeza en las escaleras?

Quería preguntar si había sangrado en alguna otra parte, pero temía escuchar la respuesta.

Él tomó una de sus manos. La intensidad de su mirada la asustó, y temió lo peor.

—¿Qué sucede? ¿Por qué me miras así?

—Abigail, te desmayaste en las escaleras hace dos días. Llamé a un médico de inmediato y él vendó tu sien. Yo... —Cerró los ojos, y un espasmo de dolor cruzó su rostro—. No sabíamos cuánto habías caído. Estaba tan asustado de que te hubieras lastimado... Y luego cuando no despertabas...

Ella apretó su mano entre las suyas.

—Solo había bajado dos escalones cuando sentí que la debilidad me invadía.

Sus ojos escudriñaron su rostro, y luego la arrastró hacia sus brazos.

—Nunca vuelvas a asustarme así. —Habló contra su cabello, su aliento cálido contra su cuero cabelludo, antes de depositar un beso en su cabeza.

—Lamento haberte preocupado —dijo ella—. Oh no, ¿qué le dijiste a Gemma cuando no bajé a desayunar ayer?

Él se apartó para mirarla como si hubiera perdido la cabeza.

—Te oímos gritar después de salir del comedor. Gemma estaba a mi lado cuando te encontré. Ha estado muy preocupada. Ha pasado sus días aquí, dibujando para ti y leyéndote.

Su mano fue a su boca, y ahogó un sollozo.

—Oh, mi pobre bebé. Debo ir con ella ahora.

Empezó a levantarse de la cama, pero él la mantuvo en su lugar.

—La revisé antes de venir aquí a cuidarte. Está profundamente dormida.

—Pero...

—Como me dijiste, la señorita Phillips tiene la habitación contigua a la suya. Si Gemma se despierta asustada, su institutriz la escuchará. Y tiene instrucciones de contactarme sin importar la hora que sea.

Abigail respiró hondo, tratando de calmar su preocupación.

—Odio que haya tenido que verme así.

—Nuestra hija es una maravilla. Has hecho un trabajo increíble con ella. Se asustó cuando te vio por primera vez, pero se recuperó rápidamente y mostró una fortaleza de espíritu que me asombró.

Abigail dejó escapar un suspiro.

—Siempre me ha recordado a ti. La forma en que todos la aman, cómo su espíritu se niega a ser intimidado.

Cranston negó con la cabeza.

—Abigail, acabas de describirte a ti misma.

Ella hizo un suave sonido de burla.

—Recuerdo que no te caía muy bien, y eso no fue hace mucho tiempo. Imagino que pasaste años odiándome.

Una esquina de su boca se elevó.

—Tal vez, pero era un tonto enamorado que había sido frustrado. Mis sentimientos hacia ti después de ese hecho no eran exactamente razonables.

Ella apartó la mirada ante su recordatorio de que su amor por ella estaba firmemente en el pasado.

—¿Por qué no me dijiste que estabas embarazada?

Su mirada se volvió hacia él.

—¿Qué?

—El Dr. Harris me dijo que cree que estás embarazada. Los desmayos y dolores de cabeza pueden ser un síntoma en los primeros días.

Su mano fue a su abdomen.

—No sabía lo de los dolores de cabeza. En cuanto a lo otro... No quería decir nada hasta estar segura. Aún no me había saltado mi período.

—Pero sabías lo de los desmayos.

Ella asintió.

—Sucedió cuando estaba embarazada de Gemma. Pero esta fue la primera vez que me he desmayado desde entonces. —Se mordió el labio, temerosa de hacer la siguiente pregunta.

Él tomó la mano que cubría su vientre y la sostuvo entre las suyas.

—Pareces preocupada.

—Mi caída... Es posible que haya... —Su voz se quebró, y tuvo que empezar de nuevo—. Podría haber perdido al bebé.

Él llevó su mano a su boca y depositó un beso en su palma.

—Tu doncella ha estado revisando, y no ha habido señales de sangrado.

Ella no pudo contener su sonrisa.

—Eso significa... que estoy llevando a nuestro hijo.

Su boca se ensanchó en una sonrisa complacida.

—Eso parece. Pero parece que tendré que asignar a alguien para que te acompañe al subir y bajar las escaleras.

Ella negó con la cabeza ante su tono de broma.

—Normalmente me molestaría tu tono autoritario, pero yo tampoco quiero correr ningún riesgo con la vida de nuestro hijo.

Él acunó su mejilla con su otra mano.

—Ni con tu vida, Abigail.

Su respiración se detuvo.

—Bueno, no, por supuesto que no. Prometo tener cuidado hasta que nazca el bebé.

Él negó con la cabeza.

—Me malinterpretas. Cuando te vi desplomada al pie de las escaleras... —Su expresión se volvió sombría—. No puedo perderte de nuevo, Abigail.

No podía estar escuchándolo correctamente. Miró fijamente sus ojos y vio la misma mirada atormentada que había visto cuando lo había despertado de su pesadilla.

—¿Qué estás diciendo, Gideon?

Pasó el pulgar por su labio inferior. —Estoy diciendo que aparentemente sigo siendo un tonto porque nunca he dejado de

amarte.

Su corazón latía con fuerza. —No bromees con eso. No necesito que finjas...

Sus palabras fueron interrumpidas por un beso abrasador que la dejó sin aliento. Finalmente, cuando la había dejado sin palabras, se apartó y la miró fijamente. —Nunca mentiría sobre algo así. Te amo, Abigail.

Ella dejó escapar un suave sollozo y le echó los brazos al cuello. Él la rodeó con sus brazos, apretándola fuertemente contra su pecho.

—Nunca he dejado de amarte. Pero no podía permitirme creer... —Se apartó, invadida por una sensación de maravilloso asombro. La última vez que se había sentido así fue cuando Cranston le profesó su amor hace tantos años y le pidió que se casara con él.

Él le acunó el rostro entre las manos y la besó de nuevo. —Creo que tenemos que recuperar el tiempo perdido.

—¿Ya no me mantendrás a distancia?

Una comisura de su boca se elevó en una sonrisa pícara. —Absolutamente no. A partir de ahora, te quedarás firmemente entre mis brazos.

—Es el único lugar donde quiero estar.

EPÍLOGO

Febrero de 1818

ABIGAIL SE DIRIGIÓ al estudio de su marido media hora antes de que Gemma se uniera a ellos para cenar. Al deslizarse en la habitación, se tomó un momento para observar a su esposo. Todavía no podía creer que el hombre que en ese momento garabateaba con el ceño fruncido por la concentración fuera ahora una parte importante de su vida.

Se aclaró la garganta, y Cranston soltó un distraído —Solo un momento— mientras continuaba tomando notas. Finalmente, dejó la pluma y levantó la mirada.

—Abigail. Pensé que eras uno de los sirvientes —saltó de su asiento y la condujo a uno de los dos sillones ubicados en una esquina del estudio—. No deberías estar de pie.

Ella se rio.

—Estuve de pie durante dos minutos.

Él se agachó frente a ella y colocó una mano sobre su vientre. Todavía faltaban tres meses para que naciera su bebé, pero últimamente ya le resultaba difícil sentarse y volver a ponerse de pie. Temía lo grande que estaría si el bebé en su interior seguía creciendo a este ritmo alarmante.

Cranston se trasladó al segundo sillón. Se inclinó hacia adelante y tomó su mano.

—No voy a disculparme por querer que estés segura.

Ella sacudió la cabeza divertida, incapaz de creer cuánto había cambiado Cranston en el corto tiempo que llevaban casados.

—Vi a tu hermano hoy en el Parlamento. Se unirá a nosotros para cenar esta noche.

—Oh, esas son excelentes noticias —dijo ella—. Apenas lo he visto en las últimas dos semanas desde que llegó a la ciudad.

Cranston se encogió de hombros.

—Ha estado ocupado resolviendo asuntos con la casa de la ciudad de tu padre y con los abogados. Probablemente estará ocupado durante algún tiempo mientras se adapta a su papel como el nuevo Conde de Hargrove. Aun así, logré aplicar suficiente culpa sobre cuán desesperada estás por verlo.

Abigail intentó fruncir el ceño, pero ambos sabían que él estaba diciendo la verdad.

—Debería decirle al mayordomo que lo deje entrar en cuanto llegue...

Empezó a levantarse, pero Cranston negó con la cabeza.

—No es necesario. Ya le he dicho al personal que tu hermano es bienvenido aquí en cualquier momento.

Otra oleada de afecto la invadió. Sabía que el embarazo la estaba haciendo más emocional, pero le encantaba cómo Cranston había sido tan acogedor con su único familiar restante. El único, en realidad, que alguna vez la había apoyado.

Se oyó un suave golpe en la puerta. Ante la orden de Cranston, la puerta se abrió y, casi como si lo hubieran invocado con sus palabras, Geoffrey entró en la habitación.

Negó con la cabeza mientras miraba sus manos entrelazadas.

—Padre se estaría revolcando en su tumba si pudiera verlos ahora.

—¡Geoff! —Abigail se puso de pie más lentamente de lo que le hubiera gustado y abrazó a su hermano.

—Hargrove —dijo Cranston a modo de saludo mientras se levantaba.

Su hermano hizo una mueca.

—Creo que nunca me acostumbraré a eso. Especialmente porque el mero pensamiento del anterior conde es suficiente para hacer hervir mi sangre hoy.

—Oh, no —Abigail entrelazó su brazo con el de su hermano y lo guió fuera del pasillo hacia la sala de estar, donde todos podrían sentarse cómodamente—. Quizás no debería haberte abandonado cuando lo hice para venir a Londres.

Cuando soltó el brazo de su hermano, Cranston la ayudó a sentarse en el sofá y se acomodó a su lado.

—Bueno, yo por mi parte me alegro de que vinieras a la ciudad cuando lo hiciste.

Geoffrey se desplomó en un sillón, con las piernas y los brazos extendidos.

—Ustedes dos son nauseabundos.

Abigail sonrió con cariño a su marido antes de volverse para examinar a su hermano. No pudo evitar sentir una punzada de culpa. Su padre se habría enfurecido mucho cuando ella escapó de sus intentos de forzarla a otro matrimonio de su elección.

—Ha pasado más de un mes desde que falleció. Puedes hacer lo que quieras ahora sin su interferencia.

Su hermano resopló.

—Recibí una carta esta mañana de Lord Appleby. El padre de mi prometida.

Ella no podía haber escuchado correctamente.

—No sabía que estabas cortejando a alguien.

—Yo tampoco. Padre lo arregló cuando era joven y no consideró apropiado decírmelo hasta que estaba en su lecho de muerte.

Cranston resopló.

—¿Por qué no me sorprende? —Se dirigió al aparador y sirvió una bebida, luego regresó y la puso en la mano de su cuñado.

Con un gesto de agradecimiento, su hermano bebió el contenido del vaso de un trago y lo dejó en la mesa auxiliar.

Su marido volvió a su lado.

—¿Has investigado el asunto? Si fue simplemente un acuerdo verbal, debería ser bastante fácil anularlo. Podría conocer a alguien que pudiera aconsejarte.

—Pensé que el viejo estaba mintiendo cuando me lo dijo. Había estado tratando de que cortejara a Lydia Pearce durante algún tiempo. Se volvió particularmente insistente hacia el final cuando quedó claro que no iba a recuperarse.

—Si no se hizo ningún acuerdo formal... —Abigail se encogió de hombros—. Seguramente no sería diferente a cuando huí de casa para evitar que padre me presionara para casarme con Lord Gravenhurst.

—¿Gravenhurst? —Su marido frunció el ceño—. No me habías contado eso.

Ella puso una mano tranquilizadora sobre su rodilla. —Nunca iba a suceder. Con el apoyo que estaba recibiendo del heredero de mi esposo, padre no podía obligarme a casarme de nuevo. —Y especialmente no con otro hombre mayor al que le gustaba casarse con mujeres jóvenes. Gravenhurst ya había pasado por dos esposas. Sin duda estaba considerando a Abigail solo porque ella había demostrado que no moriría durante el parto.

Geoffrey soltó una risa sin gracia. —Vi al abogado de la familia esta tarde, y existe un acuerdo formal.

El corazón de Abigail se hundió. —Debe haber alguna forma de salir de esto.

—Según los términos del contrato, ambas partes deben estar de acuerdo para que se rompa el compromiso. Y según la carta que recibí hoy, la señorita Pearson está bastante ansiosa por casarse conmigo. Llegarán a Londres dentro de una semana.

Abigail se encontró con la mirada preocupada de su marido antes de volver a mirar a su hermano. —Tal vez os llevéis bien. O por el contrario, ella estará igual de opuesta al compromiso y podréis dejar de lado el acuerdo.

—A menos que sus padres estén forzando el matrimonio y ella no tenga opción en el asunto —dijo Cranston.

Su hermano le lanzó una mirada fulminante. —Qué rayo de sol. Ya veo por qué te casaste con él, Abby.

El sonido de pasos apresurados anunció la llegada de Gemma mucho antes de que irrumpiera en la habitación.

—¡Tío Geoffrey! —exclamó antes de lanzarse a sus brazos.

Su hermano se puso de pie e hizo girar a Gemma en un círculo, para deleite de su hija.

—Bueno, ya es suficiente de temas sombríos. —Puso a Gemma en el suelo y tomó su mano—. Tu padre me dijo que ahora tienes un gato. ¿Te gustaría presentárnoslo antes de la cena?

Gemma les dirigió una mirada suplicante a ella y a Cranston. —¿Puedo?

Abigail sonrió. —Por supuesto. Pero la cena se servirá pronto, así que tendrás que ser rápida.

Los vio marcharse, Gemma contándole a su tío cómo Pepper se había metido en la cocina hoy e intentado probar la carne que la cocinera estaba preparando para su cena.

Abigail se volvió hacia Cranston. —Quizás las cosas salgan bien.

Cranston alzó una ceja. —¿Has conocido al vizconde Appleby y a su esposa? ¿O a su hija, para el caso?

El tono de su voz no era prometedor. —No, pero...

—Tu hermano tendrá mucho trabajo por delante intentando salir de este matrimonio. Y no tengo duda de que querrá hacerlo.

Ella se apoyó contra él, y él colocó su brazo alrededor de sus hombros. —Espero que padre no haya condenado a ambos hijos a matrimonios infelices. Al menos mi esposo era mayor y el matrimonio de duración relativamente corta.

Él le dio un rápido beso en los labios. —Veremos qué podemos hacer para ayudarlo.

GRACIAS

Para ver una lista de los libros de Suzanna, visite su sitio web:

https://www.suzannamedeiros.com/

ENCANTAR UN LORD

Bailando con el duque

Amando al Marqués

Seduciendo al Conde

Encantando al Conde

Mi Enemigo el Duque

Descubriendo al Marqués

El Vizconde Reacio

Reencuentro con el Barón

Cortejando al Conde

Tentando al Vizconde

ESCÁNDALOS NAVIDEÑOS

Un Vizconde para Navidad

Un Salteador de Caminos para Navidad

Un Canalla para Navidad

Un Compromiso para Navidad

LA AUTORA

Suzanna Medeiros, autora de bestsellers del USA Today, nació y creció en Toronto, Canadá. Su amor por la palabra escrita la llevó a obtener una licenciatura en Literatura Inglesa en la Universidad de Toronto. Luego obtuvo una licenciatura en Educación antes de decidir dedicarse a su primer amor: la escritura.

Suzanna está casada con su propio héroe y sobrevivió a la crianza de gemelos. Cuando no está escribiendo, le encanta leer, ver ciencia ficción y jugar videojuegos.

Le gustaría agradecer a sus padres por mostrarle que el amor a primera vista y el felices para siempre realmente existen.